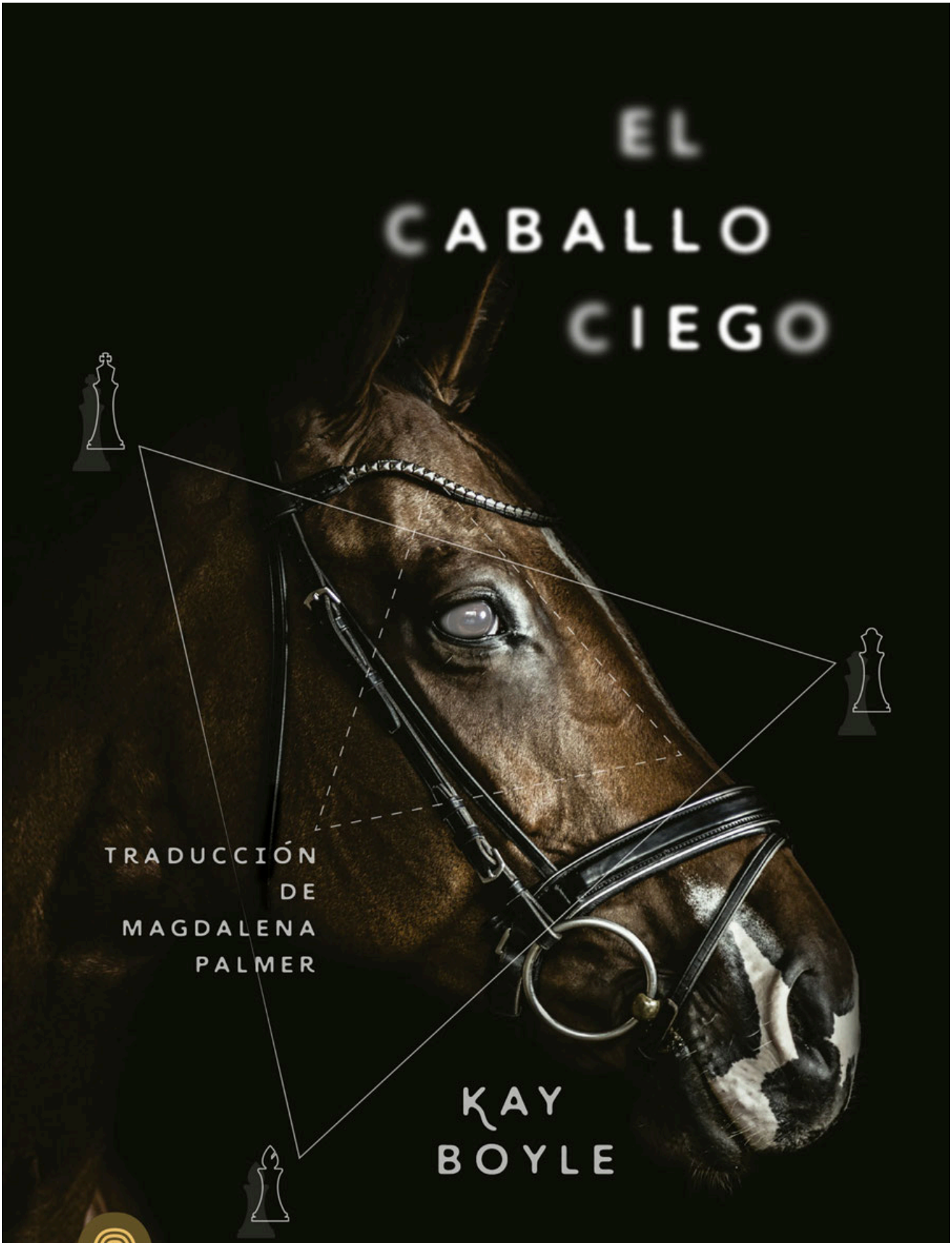
EL CABALLO CIEGO



TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER

KAY BOYLE

MUÑECA INFINITA

El caballo ciego

Kay Boyle

Epílogo de Joan Mellen

Traducción de Magdalena Palmer

MUÑECA INFINITA

Título original: The Crazy Hunter

© The Estate of Kay Boyle
Por acuerdo con Trident Media Group

© del texto: Kay Boyle, 1940

Primera edición en Muñeca Infinita: mayo de 2022

© Muñeca Rusa Editorial, S. L. U., 2022
Calle del Barco, 40, 3.° D ext.
28004 Madrid
editorial@munecainfinita.com
www.munecainfinita.com

© de la traducción: Magdalena Palmer, 2022

Diseño de colección y cubierta: Juan Pablo Cambariere
Maquetación: Carmen Itamad
Edición y corrección: Esther Aizpuru

ISBN: 978-84-123937-6-7
eISBN: 978-84-125956-2-8
Código BIC: FA

Impresión: Kadmos
Depósito legal: M-14104-2022

Impreso en España

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

[El caballo ciego]

TOPÓNIMOS, JOAN MELLEN

A James Stern,
sin que importe cuántos océanos ni setos se interpongan

1

La mujer y la joven empezaron a desnudarse en los arbustos próximos al agua. Se quitaban las prendas con recato, guardando las distancias y dándose la espalda para no sorprender la púdica carne de la otra. Aunque débil, el sol calentaba entre los capullos que se abrían y las prietas hojas que centelleaban en sus ramas y moteaban con sombras las dos cabezas gachas, las piernas y los brazos desnudos. La joven lanzó lejos el jersey que se había sacado por la cabeza y se libró bruscamente de las sandalias; la falda de tweed estaba tirada de cualquier manera entre la florida maleza primaveral. Después de subirse el ceñido bañador de lana azul sobre el vientre y los pechos, se incorporó, se acercó a la orilla mientras se abrochaba una tira del hombro y contempló el agua: las blancas piernas desnudas, juntas y esbeltas, la piel delicada como las flores del cerezo silvestre, la cabeza recta sobre el cuello fino, las sienes descubiertas y el pelo negro recogido detrás de las orejas, hasta tocar casi los hombros. La pureza desenvuelta de la piel y el cabello, así como los ojos separados y altos, unos ojos transparentes de apariencia vidriosa, narcotizada, le daban un aspecto tan ajeno a lo inglés como es el Oriente. Y entonces la mujer apareció en bañador recogiendo sus prendas con cuidado, doblándolas y colocándolas sobre la hierba del prado, por encima del muro de juncos que crecía en la orilla.

—Dobla tus cosas, Nan. Recoge tu ropa y deja todas las prendas juntas en un sitio, para que al salir sepas dónde están —dijo la mujer, no tanto por voluntad o costumbre sino por la necesidad de atajar cualquier atisbo de silencio entre ambas.

Los brazos, como el cuerpo que cubría el bañador negro con falda, eran grandes, de un blanco inmaculado: tanto estos (de huesos largos y prominentes pese a su belleza sin mácula y con la piel floja) como los grandes hombros caídos y el cuello señalaban la acción del tiempo en la carne. A partir de ahora llegaba el declive, el deterioro hacia la vejez. Solo las manos que alisaban y doblaban la blusa de cuadros, y la cara y los pies estrechos enfundados en zapatillas negras de tenis, seguían formando parte de una corporeidad femenina más esbelta y tímida: quizá la de una mujer que no se había casado voluntariamente ni tampoco había parido, sino que seguía indecisa, todavía virgen, todavía indefinida.

—Nan, recoge la ropa antes de meterte en el agua —dijo mientras su mirada lenta, aún inocente, buscaba imperfecciones en el suelo, hablando sin esperanza a la impenetrable sordera de la juventud.

Pero la chica ya tenía el frío en los pies y el agua le subía lentamente por las piernas blancas mientras se adentraba en la corriente: bajó la cabeza, en parte por placer, en parte por temor, para ver la fría línea plateada que superaba los tobillos y ascendía por la carne hasta las rodillas, y seguía subiendo hasta que le agarró la cintura, los pechos, la garganta, y por un instante retorció su cara de pura consternación. Luego sus brazos empezaron a moverse y nadó contracorriente, con los dientes castañeteando de frío. La última vez que hice esto, hace dos años, tenía quince, empezó a pensar rápidamente mientras se enfrentaba a las veloces losas de agua. Todavía no me había ido y no tenía miedo. Aún no sabía lo que era. Ahora siento que todo se detiene, el corazón, la sangre, los músculos se endurecen como si estuviese atravesando hielo y transformándome en hielo, y la tierra y el cielo se espesaran a mi alrededor.

La madre, plantada en la hierba sobre sus grandes piernas desnudas, contempló el reflejo del sol en el suave pelo corto que sobresalía, negro, contracorriente, y los esbeltos brazos de la chica que subían y bajaban, los hombros y los brazos doblados que caían blancos como la tiza en las aguas oscuras impulsándola con brazadas breves y rápidas, como alguien que sube deprisa por una escalera de mano o asciende por una cucaña en una fiesta campestre.

—¿Cómo está, Nan? —gritó—. ¿Fría? —Y entonces fue su cuerpo el que se abrió paso entre los juncos y las hierbas para entrar en el rápido y profundo cauce del río. Nadó vigorosamente, con la boca cerrada y la barbilla alta; luego se volvió perezosamente de espaldas y el gorro de goma azul le enmarcó la cara larga y pálida, mientras sus grandes brazos se desplazaban hacia atrás—. Está buena —gritó tranquila entre el rápido murmullo del agua—. Solo que al zambullirte se te corta la respiración.

De la misma manera que te la corta nuestra casa y no te la devuelve, porque cada año de juventud sigue ahí, en los muebles y en las alfombras y en las marcas del cristal. Aquí, en todas partes, me acompaña una multitud de niñas, y cada una de ellas es la niña que yo fui, corriendo por el muro cubierto de hiedra de la casa, los establos y los pastos; esta casa que me vestía con faldas cortas y ponía libros ilustrados en los estantes de mi habitación. La niña que hizo ese dibujo con un imperdible en el interior de la barandilla, por encima del sexto barrote del primer tramo de la escalera, sigue siendo tus huesos, tu piel, tu músculo ocular, tu uña y tu diente, es la misma niña físicamente proyectada que ahora muere en el agua helada. Dejó que la corriente la arrastrara hacia el gorro de goma azul y pasó junto a la cabeza flotante perlada de agua que reposaba boca arriba, hacia el sol que iluminaba débilmente los prados y los árboles.

—No soy tan buena como antes —dijo Nan—. Voy a salir, madre. Después de nadar allá, se me ha olvidado lo que es nadar en agua fría.

—Escalar montañas debería darte la resistencia suficiente —dijo la mujer flotando tranquila en el río, inmensa, amplia, abotagada, los brazos y las piernas colgando, hinchados bajo el agua.

—A veces, cuando aprendes una cosa olvidas otra —dijo Nan tiritando. Se agarró a las raíces del sauce

para impulsarse y salir del agua—. Yo hablaba alemán hasta que aprendí francés, y en Italia olvidé todo el francés que sabía. —Buscó la toalla a gatas, entre los arbustos, apartando la falda de tweed y el jersey sobre la tierra centelleante—. Un año sé álgebra y al siguiente geometría. Nunca sé las dos a la vez el mismo invierno. —Se volvió aún de rodillas, regresó a la orilla y se sentó encorvada en la toalla, temblando, las uñas de los pies azuladas en los bordes—. O cuando fui medianamente buena dibujando al carboncillo olvidé cómo pintar al óleo, y el año que estudié diseño arquitectónico fui incapaz de dibujar con modelo. —Empezó a secarse el pelo por detrás, con la mano dentro de la toalla, frotando los suaves tirabuzones negros—. Y ocurre lo mismo si admiro algo —añadió deteniéndose parar coger una brizna de hierba aplastada en su rodilla, en la sombra de la toalla—. Cuando me encantaba el Renacimiento, no podía…

—Te has acomodado, eso es lo que pasa —dijo la mujer desde el agua, impulsándose hacia atrás con los brazos—. Sigues creciendo y te has agotado de tanto estudiar. Pero ayer vi algo —dijo mientras flotaba, grande y serena—: no has olvidado cómo montar a caballo.

Ni tampoco se me ha olvidado respirar o hablar en mi lengua materna, solo he olvidado cómo entrar en casa y desplazarme por sus habitaciones como si este fuera mi hogar, o nadar en aguas que me conocieron de niña, o sentarme bajo este árbol que tantas veces ha visto que lo escalaban mis piernas, o cómo mirarla y hablar con ella, porque sigue hablando desde el Pasado y yo voy por delante, pienso en lo que me espera o en el Presente. Ahora estoy en casa, este es mi hogar, pero no tengo un sitio aquí porque todos los espacios están ocupados por esa niña que no morirá.

—Creo que ya he parado de crecer —dijo—. Al menos mis pies, eso seguro. Calzo el mismo número desde hace dos años. Tengo los de ante azul marino que me puse cuando cumplí quince años para ir a Pellton, a la fiesta de Mary, y me los sigo poniendo sin que me hagan daño.

—¡Mira tus pantalones de montar! —dijo la madre flotando junto a los juncos—. Has crecido diez centímetros, como mínimo, desde septiembre. Y esa es la razón de que no quiera comprarte un vestido de sarga carísimo. Dentro de seis meses te vendrá pequeño. No vale la pena.

—Sí —dijo casi con dolor—, sí.

Y, como si se hubiese zanjado el tema, se sentó sin hablar, apartándose el pelo mojado de la nuca, con la mano en el interior de la toalla. Madre, conozco mis huesos, vivo dentro de esta carne, sé que he dejado de crecer. Mírame, soy otra mujer sentada aquí en la hierba, solo que aún no soy una mujer reconocida como tal, establecida, pero es una mujer la que está sentada aquí, viendo cómo le niegas al río su corriente con tu voluntad. Solo déjame decir esto y decirlo sin mirarte: Llevo aquí tres días, no, tres noches y dos días, y no puedo quedarme. Es junio, pero aquí solo estamos en primavera porque este año todo se ha atrasado. Esa es la razón de que el agua esté fría y los capullos no se hayan abierto del todo y las juncias tengan el aspecto de los juncos en mayo; todo se ha atrasado un mes, como mínimo, de lo que correspondería para la estación. Pero en otros países, en los países meridionales, las cosas son muy distintas: las rosas crecen fuertes, cálidas y dulces en los jardines, y los estudiantes, los poetas, los pintores que regresan a sus habitaciones junto al río no se parecen a nadie, sus ojos son diferentes, sus voces no se parecen a las de otras personas y sus zapatos son más viejos, y sus cabezas están descubiertas, como lo ha estado la mía todo el invierno en las galerías y los museos de arte e incluso en las iglesias, porque en Italia no parece importarle a nadie que te cubras la cabeza con un pañuelo como señal de respeto. Al mediodía sales de las calles calurosas y del sol y tu sangre está consagrada, se vuelve fresca y piadosa con el devoto paso de tus pies sobre los adoquines, y te arrodillas bajo las columnas en la penumbra de granito, y crees, crees. No es religión, ni catolicismo, ni la fe de la Iglesia anglicana, sino tu espíritu por fin arrodillado, aprendiendo a pronunciar las palabras. Los estudiantes —no lo decía en voz alta, estaba sentada en silencio, secándose con la toalla los fríos pechos—, sus caras son distintas de otras caras porque siguen aventurándose, buscando algo que aquí nadie desea ni ha oído que deba desear: el conocimiento o el camino del conocimiento o simplemente el camino, eso de lo que las familias o la convención adolecen, para mantener la curiosidad y mantenerse libres. Todo el pasado invierno me vestí igual que ellos, como si yo fuera una estudiante y no me limitara a aparentarlo, y caminé igual que ellos, y entonces vio que su madre salía del agua, que la delgada mano femenina se agarraba a la soga húmeda que era la raíz descubierta del árbol. La mojada tela de la falda del bañador dibujó los músculos firmes de las piernas que subían a la orilla, y contrita y desesperanzada, la joven sacó el brazo desnudo de debajo de la toalla y vio la piel de gallina que le salpicaba la blanca carne hasta la muñeca al tensarlo para ayudar a subir a la otra mujer. Cuando sus dedos se encontraron y se cerraron en los otros, la chica se ruborizó, ferviente, modesta, ansiosa, pero entonces la madre se echó a reír, resbalando y forcejeando con las anchas rodillas metidas en el lodo. Tanto si sabía lo que le aguardaba o sin saberlo, pero temerosa de cuáles serían las palabras, se incorporó en la hierba riéndose, se quitó el gorro azul de goma, agitó el pelo rizado, corto y cano, y miró rápidamente el horizonte.

—Se está yendo el sol, Nan. Tienes la mano fría como un témpano —dijo con ligereza, hablando solo para oír el sonido de su voz—. Ha sido una tontería que no te quitaras el bañador al salir del agua. Te has enfriado. —Avanzó con el trasero levantado, tanteando con las manos y las rodillas mojadas, hacia la pila de ropa doblada—. Vamos, recogeremos tus cosas y subiremos a los potreros.

Fue ella quien encabezó la marcha por la vereda hollada por el ganado y el hombre que discurría entre el seto silvestre y los juncos del agua, y la hija la siguió, escuchando una conversación que acabó versando sobre dinero y allí se quedó. El precio de la séptima yegua de cría y lo que había costado traer el semental; y así

siguió la voz de su madre, hablando de comprar pastos más amplios mientras su brazo grueso y la bolsa de baño rozaban la hierba alta del camino. Nan la siguió sobre la hierba aplastada del sendero, los pies calzados con sandalias y la mirada soñadora en la maleza y las ramas que se mecían al sol mientras el agua se deslizaba por los prados, y la voz de la mujer continuó, delante de ella:

—No hay peor negocio que lo que tenemos que hacer, criar caballos en el mismo terreno año tras año. Sigo devanándome los sesos para solucionarlo y conseguir otros potreros que podamos usar en años alternos, como hacen los ricos que crían sementales, cuando el dinero no es un problema. Ya sabes el dicho de lo buena que es la oveja para la hierba, y eso es lo que ha salvado el terreno para los caballos. —La voz siguió rápida, incesante, amarga, algo beligerante, en la cambiante luz del atardecer. La nuca asomaba, amplia y gruesa, por debajo de la gorra marinera, y el pelo corto, mojado por el baño, estaba pegado a la piel de un blanco ceniciento—. Meter y sacar ganado de los potreros, dentro y fuera mientras crían los caballos, me parte el corazón. Salar la hierba más basta para que el ganado se la coma o segarla y luego meter las ovejas es el cuento de nunca acabar. —Golpeó la hierba alta con la bolsa—. Yo sé lo que haría —dijo con ferocidad, llegando a su amarga declaración— si tuviera suficiente dinero. Pasto forrajero en buenas condiciones porque la tierra ha podido descansar, ¿comprendes, Nan? Hectáreas de grama, ballico, heno gris. Ah, me lo imagino perfectamente, pero ¿qué puedo hacer? Cualquiera que entienda de caballos lo vería, pero el hombre que vive de esto va gastando el dinero en otras cosas…

Eso no era el principio, ni estaba cerca de serlo: era solo el meollo de la historia replanteado para poder contarlo de nuevo. Había empezado con esas cartas enviadas al internado de señoritas de Florencia que cruzaron mar y tierra hasta llegar a otro país e irrumpieron bruscamente en la amplia habitación italiana de tres camas: «Nan, tenía algo de dinero ahorrado para comprar nuevos pastos y a tu padre no se le ha ocurrido otra que comprar un caballo capón con cara de venado, una decisión sin pies ni cabeza, porque había bebido demasiado».

Él no tiene preferencias ni voluntad propia, seguían las cartas o la voz de delante, en el sendero del ganado. Lo hace, cómo expresarlo, Nan, no diría por rencor, pero sí algo parecido, solo que más extraño, porque soy yo la que tiene dinero, la que nací con él, la que lo ha mantenido y duplicado tras la muerte de tu abuelo, y tu padre tiene que demostrar que es alguien y que tiene algo, aunque solo sea porque sí. Quiere demostrar, a mí y a todo el mundo, la clase de hombre que es saliendo a comprar un animal que yo no haya tocado ni visto, y firmar el cheque para que todos crean que el dinero es suyo, después de tomarse unas copas para alardear de que es un hombre con firma y cuenta corriente. Y él sabe que yo lo permitiré; en eso confía, en que yo siempre lo apoyaré. Hará unos siete, ocho años, se gastó una fortuna en ganado cuando sabía, al menos lo supo cuando estaba sobrio, que con los caballos solo podemos tener ganado mocho. Cuando fue a la feria, llevaba una lista de razas en su cuaderno: le había anotado que comprase Galloway, Red Poll o Aberdeen Angus, así tendría la satisfacción de ser él el responsable de adquirirlas. Pero después de tomarse algo en el Ship, a saber qué, seguro que pensó Yo le enseñaré a mi mujer. Si ella es británica y el dinero es suyo, yo soy canadiense y soy quien decido. Después me pasé una semana llorando, pero no sirvió de nada, y una vez revendido el ganado, solo obtuvimos la mitad de lo que nos había costado, y también tuve que tragarme eso. Y lo siguiente fue ese caballo que compró en lugar de un semental de primera, sin siquiera comprobar su pedigrí. Siempre que sea posible, hay que buscar la línea materna como cruce predominante y no fijarse en la línea paterna, se lo dije desde el principio. Se lo anoté, pero nunca le ha importado nada que sea científico. Si le gusta el aspecto de algo, o si está harto de alguien que sabe más que él, o si se ha tomado un par de copas, se empeñará, cueste lo que cueste, y volverá a casa con ese caballo, y tendremos que apechugar con la birria que nos ha caído en las manos. Aunque se lo pongas por escrito, no se le puede enseñar a un canadiense nada sobre la sangre dominante de un caballo. Ay, lo de tu padre ha sido desolador, Nan. Si se limitara a pintar o a los tableros de ajedrez sería una cosa, pero empieza a beber en las ferias y se le mete en la cabeza que es un entendido. Te rompería el corazón. Pero yo nunca me he puesto firme sobre la cuenta conjunta del banco, y es algo que tendría que haber hecho desde el principio. Siempre le he dejado retirar dinero en consideración a su hombría, o me ha gustado darle alguna clase de trabajo u ocupación porque nunca ha tenido una propia. ¿Y por qué sigo permitiéndolo, como una boba? Solo porque cuando se da cuenta de la tontería que ha hecho, viene llorando y disculpándose y asegurando que nunca se volverá a repetir, está arrepentidísimo, y jura devolver hasta el último penique a cuenta del dinero del tabaco, o promete que pintará un cuadro mucho más valioso que todo lo que ha perdido…

—Solo ha malgastado el dinero dos veces, madre —dijo la chica. Sin sombrero, sin medias, caminaba detrás mientras sus ojos soñadores contemplaban la maleza y las ramas que se estremecían al sol.

—¡Tres veces! —gritó la mujer que iba delante—. ¡La del ganado con cuernos, el semental inútil y ahora ese tarado caballo de caza! Ha traído ese animal de pacotilla con cara de venado por el precio que pagarías por un purasangre, sin pensar siquiera, después de todo lo que ha bebido, en que lo revise un veterinario. Vuelve tan campante sin un solo certificado, y el hombre que se lo ha vendido se ha largado del país. ¿Y por qué hace tu padre algo así? ¡Solo para demostrarme que me puede sacar dinero cuando le plazca! Tenemos un criadero de caballos, no una escuela de equitación, le dije. Pero el dinero ya había volado y el precio de los nuevos potreros ha vuelto a dispararse…

—¿Ha sido mucho dinero? ¿Tanto como eso? —dijo la chica, el pelo negro apartado de las sienes cóncavas, los ojos violeta tiernos y compasivos, los pies surcados de venas azules y calzados con sandalias avanzando

distraídos y silenciosos junto al río.

—Ah, no, no tanto como el precio de un nuevo terreno —dijo la madre golpeando la hierba alta con la bolsa—. Nada comparado con lo que se paga por un buen caballo, con lo que Sir Malby Deeley pagó por Solario, por ejemplo —añadió con amarga ironía—. No ha pagado cuarenta mil libras, por supuesto, pero para mí ha sido mucho dinero. Lo suficiente para dejar de mirar terrenos o nuevos potreros hasta el año que viene, como mínimo, hasta que podamos recuperarnos de ese dispendio…

La chica empezó a hablar quedamente detrás de ella:

—Candy dice que ha comprado a Brigand para mí. Dice que quiere que lo monte y que haga con él lo que me apetezca. Le he dicho que ya no quiero cazar y me ha dicho que me lo quede igualmente si lo quiero, o sea, si me quedo…

—Es patilargo —interrumpió la madre, casi lo bastante rápido para detener el sonido de las últimas palabras de su hija antes de oírlas, y luego siguió hablando en voz alta y acelerada—: Tiene mala sangre por algún lado, sea por parte de madre o de padre; le falla algo. Tu padre lo escogió fijándose en los hombros, pero cualquier que sepa de caballos te dirá que eso es una extravagancia. Un mal caballo puede engañar a un novato una y mil veces por sus hombros bonitos.

Solo lleva tres días en casa, empezó a pensar ahora la madre nerviosamente, y ya pone esa cara como si la hubiesen condenado a cadena perpetua, ya está empezando con las insinuaciones. Siguió avanzando junto a la orilla, irritada, golpeando impaciente las hierbas altas, pensando en la joven que la seguía a unos pasos, diciéndose La culpa es de lo guapa que se ha vuelto. Nadie se podía imaginar ese cambio, y aunque aún soporta desperdiciar el verano aquí en casa, pronto querrá ir allá donde los comentarios de conocidos o de hombres por la calle sean su sustento. Ah, sé muy bien lo que quieres, pensó maliciosamente, reconociendo al mismo tiempo, con impaciencia, esa malicia, y soy tu madre y lo impediré tanto tiempo como pueda. Todo eso está muy bien, Nan, pero aún no; tienes diecisiete años y puedes esperar hasta cumplir los veinte para saber lo que quieres y oír las cosas que los hombres siempre tienen que decir de tu cara y tu figura.

—Tu padre… —empezó, pero de pronto, como si despertase de un estado de sonambulismo y gritara en sueños, la chica exclamó:

—¡Madre, mira ese pájaro ahí arriba!

Una vez iban andando por esa misma vereda hacia los potreros, quizá hacía ya dos años, seguro que antes del internado en Florencia, y también algo las había obligado a detenerse en el sendero; y ahora la madre, como entonces, se volvió con la bolsa de baño en la mano y una gorra marinera idéntica (que quizá no era la misma de un verano a otro, pero bien podría haberlo sido) y se protegió la cara de lo que no era sol ni siquiera luz, sino la mera ausencia de lluvia. No puedo mirar, no puedo mirar otra vez ahí abajo, no puedo. No soporto verlo, no puedo volver a mirar, dijo la voz de Nan a los dos años de casi haber olvidado aquel bulto y cómo yacía en el fondo del agua, en el barro.

—Pero ¿qué estás diciendo, Nan? —dijo la madre sin alterar ni la voz ni la expresión del rostro, ni con más o menos impaciencia, diciéndolo ahora exactamente igual a como lo había dicho dos años antes.

—Madre, mira, hay un pájaro atrapado ahí arriba, en los árboles —dijo la chica pensando Hace dos años eso yacía en el agua y yo no pude volver a mirarlo. Clavé la vista en la cara de mi madre hasta que ella se volvió y bajó la cabeza para verlo, la visera de la gorra también bajó y ya no pude verle los ojos, solo las narinas palideciendo y las comisuras de la boca que se abrían para articular un sonido pero sin llegar a hacerlo, y luego soltó la bolsa en medio del sendero. Tenemos que sacarlo enseguida, dijo su madre. Nan, yo bajaré a cogerlo y, si tú puedes tirar de sus brazos desde la orilla mientras yo empujo desde abajo, lo conseguiremos. Todavía lleva la gorra puesta. Madre, no puedo, no puedo hacer nada, dijo Nan agonizante. No puedo. Estoy demasiado asustada.

Muy despacio, con ella como único testigo porque la chica se había quedado acurrucada en la vereda cubriéndose la cara con las manos, la madre dio la vuelta al cuerpo que yacía en el río, se había arrodillado vestida en el cauce mientras el agua corría fría por sus piernas dobladas y sus caderas. Es Sykes, dijo al levantar la vista. Lo que me imaginaba, es Sykes. Está muerto. Y despacio, jadeando por el esfuerzo, lo arrastró hasta los juncos y luego lo subió ella sola por la ribera, pensó Nan, mientras yo me quedaba aquí sentada, temblando y llorando, evitando ver nada. Pero lo vi igualmente, porque recuerdo que la cabeza cayó hacia atrás y se dio contra la hierba y el cemento junto al poste del potrero, y que la nuez de la garganta subió y ahí se detuvo, no volvió a bajar como haría la de un hombre vivo. La recuerdo a ella diciendo: Debió de ahogarse la noche del sábado (y estaban a lunes por la tarde), borracho perdido, quizá estuvo bebiendo con tu padre. Se incorporó y lo miró, y luego le bajó la visera de la gorra de cuadros para que le cubriese la cara. No era un buen mozo de cuadra, había dicho la madre limpiándose las manos en el pañuelo. He estado dos días pensando que se escabullía del trabajo por algún motivo deshonroso, pero no hay nada deshonroso en esto, pobre borrachín, dijo.

Ahora, con la bolsa en la mano, la madre miró hacia la pequeña arboleda que se alzaba solitaria en medio del prado y dijo:

—¿Dónde? ¿Un pájaro atrapado? No lo veo, Nan. ¿Dónde? —Como se había dado la vuelta para mirar, estaba de espaldas a los potreros que, ocultos por los sauces, se extendían tras el siguiente meandro del río, y esa era la última pizca de paciencia que le quedaba, porque ya olía los caballos en el aire—. ¿Dónde puedes haber visto un pájaro atrapado? —dijo casi con irritación.

—Allí —indicó la chica, y la mano levantada, estrecha y angulosa como la de un muchacho, no acababa de encajar en el extremo del brazo blanco—. Está enganchado a ese árbol de ahí, o hay algo que lo tiene atrapado —dijo con la mano levantada, señalando, una mano de dedos cuadrados y decididas uñas cuadradas muy cortas, las manos de una persona de acción, no de una soñadora.

Los árboles eran variados y de verdores distintos. Se alzaban, hermosos y altos, recortados en el cielo brumoso, mientras sus verdes pálidos y oscuros, intensos y extravagantes, se estremecían en una brisa que no alcanzaba la cara de la mujer ni de la joven. Ahora que la madre también había visto el pájaro, recorrieron juntas la escasa distancia que las separaba de la arboleda, entre la hierba a medio crecer. Llegaron a los árboles: probablemente un puñado de semillas, todas distintas, había llegado volando años atrás —roble, fresno, haya, enebro, saúco y maleza— y una isla casi circular de mástiles y follaje incongruente y desigual había brotado aquí, en medio del mar abierto de hierba. La madre y la hija no hablaron mientras andaban con la vista fija en las ramas de roble donde colgaba el pájaro, que intentaba subir y volvía a caerse.

—Tiene un cordel en el cuello —dijo la mujer, que se detuvo debajo del pájaro y dejó la bolsa en la hierba.

—¡Han intentado ahorcarlo! —gritó la joven furiosa—. ¡Chicos, cómo no! ¡Lo han dejado ahí colgado solo para divertirse!

—Tonterías —dijo la mujer. Se quedaron quietas, la madre más alta y fuerte, con las caras levantadas mirando al pájaro que aleteaba, cautivo—. Él ha metido la cabeza ahí, a saber cómo. Es un tordo alocado y ladronzuelo, que ha salido a buscar algo para su nido y se ha metido en este embrollo.

Lo observaron. El pájaro aleteó furiosamente hacia arriba y se posó, aterrorizado, en la rama. Allí se detuvo, con el débil pico abierto y un ojo brillante, herido y desesperado, clavado en ellas. Debajo colgaba el cordel que lo tenía atrapado, meciéndose como una hamaca en la brisa delicada.

—¿Te has dado cuenta del lío en que te has metido? —le dijo la mujer desde el suelo—. ¡Ahora ya sabes qué pasa si te vas a curiosear por ahí en lugar de quedarte en el bosque, que es tu sitio!

El pájaro estaba muy quieto en lo alto de la rama, con el pico como si le forzaran a mantenerlo abierto, el cuerpo inmóvil palpitando bajo las hojas como un corazón herido, cubierto de plumas.

—No sabes cuánto me tienta dejarte ahí, a tu suerte —dijo la madre. Y añadió—: Está demasiado arriba para alcanzarlo desde aquí.

—Puedo escalar hasta él —dijo la chica—. Puedo subir al árbol y alcanzarlo.

Se inclinó para desabrocharse las sandalias, después las manos de muchacho se alzaron para agarrarse a las ramas más bajas del roble y sus pies se elevaron del suelo. Los pies descalzos subieron ágiles por la piel del tronco, y la joven se plantó en la primera horquilla rodeando con un brazo el contorno del árbol. Al verla allí, tan alta y amenazadora, el pájaro volvió a caerse de la rama y se quedó colgando, revolviéndose, mirándola con un ojo pequeño, brillante, alerta, mientras tiraba del extremo del cordel. Será como tener una polilla volando en la habitación de noche, pensó la chica subiendo un poco más. Notaré la carne reptando por la espalda, juraré no estremecerme y estaré todo el tiempo sintiendo escalofríos de terror. Cuando mis manos lo rodeen para bajarlo, tendré que cerrar los ojos, y ni siquiera así conseguiré soportar la sensación de sus plumas palpitando en mi piel.

—Acércate a él desde esa rama, ahí donde estás —gritó la madre desde abajo. Tenía la cara alzada y la visera de la gorra le cubría la frente y las orejas.

—Sí —dijo la chica sin moverse—. Eso es lo que voy a hacer.

O la sensación de sus patas, no seré capaz de resistirla. Estarán frías, desnudas, insoportables, como algo enfermo, como los dedos de un bebé agonizante. Si lo toco, tendré que estrangularlo de puro terror, tendré que partirle las piernas, no podré evitarlo. Se agazapó en la segunda horquilla del árbol y esperó un poco antes de empezar a apartarse del tronco, con sus dedos y sus pies descalzos agarrados a la dura corteza. Vio ante sí el cordel enrollado en la rama, una fibra similar a la de un sedal. Exactamente igual que un hilo de pescar, pensó, mientras sus ojos se desplazaban enseguida del cuerpo colgante del pájaro que aleteaba entre las hojas a su lento avance por la rama curvada.

—Un metro más y ya lo tienes —dijo la madre moviéndose despacio, siguiendo el mismo ritmo que ella desde el suelo; y entonces la rama se dobló un poco bajo el peso de la chica, descendió y crujió mientras la madre indicaba con prudencia—: Avanza un poquito más y entonces yo podré cogerlo desde aquí abajo.

—Pero ¡no tires de él! —dijo la chica. Deteniéndose, agazapada como un animal, de pronto entendió lo que había ocurrido—. ¡Es un hilo de pescar! ¡Mira! Se ha tragado el gusano y el anzuelo, eso es lo que ha hecho…

Empezó a desenrollar el sedal de la rama con el brazo extendido, en cuclillas sobre las piernas y los pies descalzos, y aquella vida espantosa y salvaje, liberada de la rama, tiró del sedal que ella tenía en las manos y empezó a forcejear entre las hojas, frenético y aterrorizado, como un pez se revuelve bajo el agua con el anzuelo que lo tiene atrapado. Se va a arrancar la lengua y me volveré loca, pensó la joven mientras bajaba el sedal a su madre, y desde abajo la mujer levantó los brazos y las manos vacías.

—¿Puedes cogerlo? ¿Lo tienes? —dijo la chica cerrando los ojos para no ver más, y se quedó ciega y agazapada, aturdida en el árbol con la pesadilla de aquella vida frágil y desesperada que tiraba, pico, garra y ala, de la vena del sedal que tenía entre los dedos.

—Sí, suelta el sedal —susurró la madre—. Suéltalo. Lo tengo.

Y el movimiento cesó de inmediato, con una brusquedad más próxima a la extinción que a la liberación, cuando la mujer acogió al pájaro en sus manos levantadas.

La chica bajó de la segunda horquilla a la primera antes de saltar al suelo. La mujer lo tenía bien sujeto, con el pico abierto entre los dedos mientras su mano derecha manipulaba el anzuelo que el pájaro se había clavado en el fondo de la garganta. La madre resollaba de forma audible mientras trabajaba con la cara suspendida sobre el ave y fue esa cara lo que la chica miró, no al pájaro, al detenerse a su lado. Miró las mejillas largas y pálidas y los labios decididos y dijo, sin decirlo en voz alta: Madre, tú puedes tocar estas cosas, tú puedes tocar la muerte y después limpiártela de las manos con un pañuelo, y tocar el dolor sin arredrarte, pero ya no puedes abrazarme cuando estoy contigo y tengo miedo. Madre, dijo en silencio sin mirar al pájaro, sal de tu pétrea carne y tócame también, y mira qué alta estoy, mis ojos casi a la altura de los tuyos, y qué grandes están mis manos y mis pies, como los de una mujer. Pero la mejilla no se alteró ni cambió de color y entonces la chica se obligó a mirar al pájaro. Por un instante no vio ni rastro de sangre, solo la garganta y la lengua tensas por las arcadas, hasta que de pronto esta brotó, oscura y fina como un hilo sobre la sustancia en apariencia muerta del pico y por el dedo de su madre que lo mantenía abierto.

—Ya está —dijo la mujer. Tiró el anzuelo y el sedal y acercó el pájaro que tenía en el puño para observar los secretos desesperadamente defendidos y traicionados de su garganta y de su vista. Y entonces, sus ojos ante los de ella, el pájaro cerró el pico violentamente en su dedo, con la diminuta cabeza erizada de indignación; el pico atacó y se cerró una y otra vez, proyectándose del minúsculo cuerpo emplumado en un paroxismo de odio.

—¿Y qué va a hacer ahora? ¿Podrá comer? —susurró la chica observando, y, mientras lo decía, la mujer abrió la mano y el pájaro forcejeó, las plumas humedecidas por la presión de la palma y los dedos, por el sudor humano y por el hilo de sangre negra que le cruzaba el pico y el pecho. No echó a volar enseguida. Primero defecó en la mano de la mujer antes de alejarse aleteando débilmente bajo los árboles.

—Todavía no puede volar recto —dijo la madre agachándose para limpiarse la mano en la hierba—. Quizá después de pasar toda la noche ahí colgado…

Y entonces, como si un reloj hubiese dado la hora exacta para hablar, como si aquel fuese el momento inesperado y fugaz de ternura o fragilidad, el momento único que habían estado esperando, la chica se llevó la mano a la frente para proteger sus ojos del compromiso absoluto de la vista y empezó a decir:

—Madre, quiero saberlo ahora, tengo tantas ganas de saberlo, porque así estaré segura… He intentado decírtelo desde mi vuelta… Quiero saber si Candy y tú me dejaréis… Quiero saberlo para hacer planes y hablarlo y escribir cartas… O sea, si me dejaseis volver en septiembre… Ahora es junio, es decir, en tres meses yo podría, yo…, estudiar en algún sitio, por supuesto, no solo pasármelo bien sino aprender de verdad…

La madre se había apartado y se inclinó, y con la cabeza gacha recogió la bolsa que había dejado en la hierba.

—¿Dónde? ¿Adónde quieres ir? —dijo mientras las manos unían las asas de la bolsa, con la cara oculta bajo la visera de la vieja gorra y los labios secos temblando un poco, hablando quedamente.

—He pensado que podría volver a Florencia, aunque no…, no quiero volver a la casa de la señorita Easter… He pensado…. Verás, quiero pintar. He pensado que puedo vivir con una familia en París o en Florencia o en algún sitio así, e ir a clase… He pensado… O sea…

Se detuvo cuando su madre se volvió con la barbilla levantada.

—No digas disparates. Piensa en lo que dices. Una chica de tu edad suelta en una ciudad. No tardarás en ver la insensatez de lo que propones.

La madre volvía a mirar la corriente de agua, la vereda, los sauces que en el meandro del río ocultaban toda la exuberancia, fragante y fértil, que había detrás. Había echado a andar hacia allí, de espaldas a la chica, con la bolsa al hombro; escapaba hacia el aroma del aire, la infinidad de sonidos y pasos, la inquieta sustancia y corazón de los caballos en sus potreros. La chica se quedó un momento atrás, esperando, temblando, silenciosa, antes de emprender también la marcha.

—No suelta, madre. No estaría suelta…

Pero las lágrimas que se le agolpaban en la garganta detuvieron con dolor sus palabras.

2

Después de abrir el portón del establo y dejar que entrara el sol, la joven se quedó observándolo un instante: tenía la cabeza alzada pero en calma, las orejas vivas, el flanco color caoba resplandecía a la luz del portón entreabierto. Desde la penumbra le llegó la voz inmutable del mozo de cuadra hablando en la apaciguadora lengua de los caballos, constante como el murmullo del agua, mientras ella avanzaba por los maderos redondeados, arañados por los cascos equinos, hasta donde el caballo de caza aguardaba detrás de su cancela. El lomo y la grupa brillaban, firmes, y estaba bien plantado sobre las cuatro patas, sin un casco ladeado, apacible incluso.

—Brigand, gamberro —le dijo a media voz, y él volvió la cabeza sobre los hombros para mirarla mientras Nan entraba y corría el cerrojo, y luego cambió el peso al otro lado. Cuando se acercó a su cabeza, ella levantó el brazo desnudo y posó la mano, enguantada hasta la muñeca, por debajo de la crin.

La ilusión de oscuridad fue desvaneciéndose, menguó rápidamente hacia la luz a medida que sus ojos se habituaban: vio los nudos en los tablones de la cuadra y, al otro lado del tabique, la cabeza y el cuello de la yegua, el hombro veteado y los mechones de crin blanca, como de bruja, que le caían sobre el cuello.

—Me gusta este caballo, Apby —dijo la chica con la mano bajo la crin del caballo de caza. Contempló la cuadra de al lado, entre la oscuridad que se disipaba, la cabeza de la yegua y al invisible mozo agachado, y habló en respuesta a las buenas tardes del mozo y sus incesantes susurros. Las ventanas estaban abiertas en toda la longitud del establo y surcaban el aire limpio unas avenidas de luz resplandeciente, llenas de sol, que llegaban hasta el forraje de avena y lo prendían como una llama—. Me gusta, Apby. Me gusta cómo se portó ayer. Es un buen caballo.

La chica llevaba un viejo pantalón de montar, demasiado estrecho y con las rodillas zurcidas, y un polo abierto al cuello. Los guantes, que ya habían perdido los botones y cuyo cuero marrón blanqueaba en la punta, estaban vueltos del revés en las muñecas y caían sueltos sobre las manos.

—Sí, señorita —dijo el mozo sin levantar la voz, sin dejar de susurrar—. Las abejas que llevaban aquí toda la mañana los inquietan. Había enjambres en las ventanas y en la madera. Tranquila, quieta —siguió susurrando con suavidad a la yegua, en cuclillas a su lado, aplicando la legra al casco sin herrar. Después añadió, en el mismo tono quedo y pausado—: El otro lado de la pared estaba negro, de tantas que había. A ellos no les gustan las abejas, ¿verdad, señorita? No les gustan para nada, no señor. Las he ahuyentado con azufre, lo he quemado en platos aquí y allá, dentro y fuera.

—Apby, ¿qué te parece como caballo? ¿Qué piensas de él? Resulta que es mío —dijo la chica. Se quedó mirando el ojo oscuro y nítido del caballo cuyas pestañas negras y espesas como un helecho se mecían en el párpado, y notó que se le caldeaba la sangre y que algo se fundía en su interior por el poder de aquel cuerpo rápido y delicado que respiraba a su lado—. ¿Qué opinas de este advenedizo, de este Brigand y su cara huesuda?

El olor de su pelaje era agradable, y notó el arco del cuello firme y carnoso bajo su mano.

—Diría que tiene buenos hombros. Eso le da presencia, le da cierto porte. Pero yo nunca…

—Es un alocado, mi maravilloso caballo —dijo la chica con amor mientras le bajaba delicadamente la oreja y se acercaba la punta peluda a la cara. Y entonces, como si acabara de reconocer las palabras que el mozo había empezado a articular, o comprendiendo ahora su significado, como si tuviera algún retraso en el oído, se detuvo bruscamente y miró la cabeza y los hombros de la yegua que ocupaba la cuadra contigua, y al mozo que no alcanzaba a ver—. Pero ¿tú nunca qué? ¿A qué te refieres?

—Nunca se me habría ocurrido comprar precisamente ese caballo. Pero que tenga el perfil hundido, como dice la señora Lombe, no es un impedimento para montarlo. Nadie le va a pedir nada más, por lo que he entendido —dijo el mozo. No alzó la vista; la cabeza y la manchada gorra marrón siguieron bajas sobre el casco de la yegua mientras él trabajaba a un lado sin interrumpir su murmullo apaciguador—. Ese perfil hundido no pasará a ningún potro. Sean cuales seas sus defectos, o sus virtudes, con él se acaban y no perjudican a nadie, o al menos así es como lo veo yo.

La chica detuvo la mano bajo la crin negra y su mirada obsesiva y arrebatada se desplazó por la oreja en movimiento y la testuz pasiva, y luego bajó hasta los huesos de los ollares con ojos casi adormecidos, sumidos en una suerte de estupor, y se detuvo a la altura del ojo orgulloso, apacible y brillante del caballo. Conque eso es lo que piensan de ti, caballo mío, le dijo en silencio. Levantó la otra mano y tocó el hueso amplio y duro del carrillo. No eres ni mi primer caballo, ni el segundo, ni siquiera el tercero; esta vez eres mi caballo como forma de protesta, mi caballo como desafío: no uno de raza y nervio, eléctrico del cuello a la grupa, sino mi monstruo de patas huesudas al que cuidar y murmurar a solas en defensa de los errores de mi padre, la encarnación de la identidad y la revuelta y el amor a la que asirse hasta que pueda verte como la oriflama de algo tan extremo como Candy y yo andando del brazo por la calle de otro país, dijo ella mientras la mano enguantada se desplazaba por el cuello, bajo la crin áspera y lustrosa. Levantó con un dedo el belfo aterciopelado, observó los descubiertos dientes superiores de su boca y respiró el cálido aliento endulzado por el heno mientras el dolor físico del amor la apuñalaba. Él apartó la cabeza de la mano, pero dócilmente, los

ollares abiertos rosados y secos como la seda, estremeciendo las vibrisas del vulnerable belfo.

—¿Cuántos años le pones, Apby? —preguntó mientras veía con orgullo grave y apasionado que los dientes superiores e inferiores se encontraban de modo uniforme, tocándose de una forma casi vertical.

—Yo le echaría unos cinco —dijo el mozo desde la otra cuadra, y la chica levantó bruscamente la vista, y las orejas de Brigand se movieron en su cabeza alzada.

—¡Cinco! ¡Anda ya, Apby! ¿Te has tomado la molestia de mirarlo en lugar de decir lo que se te ocurre sin…? ¡Fíjate!, los incisivos laterales no están crecidos. Yo diría que tiene unos tres años.

—El día 1 de julio le pondría seis —dijo el mozo sin alterar la voz serena y siempre reconfortante—. Apenas asoman los caninos y quizá eso la haya confundido. —Pero cuando la oyó sacar la brida del gancho, se puso de pie en la cuadra de la yegua—. Se lo preparo enseguida, señorita, si va a montarlo.

—No, ya lo hago yo —dijo ella, concisa—. No sé cómo ibas a tratarlo, pensando lo que piensas de él. —La mano enguantada sacó el copete de la frontalera y ciñó las piezas de los carrillos con movimientos rápidos, decididos y enfadados—. Te cuentan cualquier cosa y te la crees, sea verdad o no —añadió sin mirar la cuadra de al lado, donde el mozo seguía de pie, los brazos cortos colgando de las aberturas del chaleco y los dedos rechonchos y manchados toqueteando la legra con humildad lenta y preocupada.

El mozo vio que el sol que entraba por la ventana abierta caía sobre la cabeza de la joven mientras le aflojaba al caballo la correa del cuello: el pelo suave, oscuro y largo iluminado por la intensa luz y la cara y el cuello pálidos y la boca de un color cálido, pero también pálida, mientras él decía como expiación:

—Hay todo tipo de tretas que ni se puede imaginar, a menos que esté avisada. Los tratantes liman el gancho de los siete años de la dentadura, algo imposible de ver si atrapan a un comprador despistado. Hay que tener los ojos muy abiertos, se lo advierto, uno no puede fiarse de nadie, hay que estar al tanto. —Se la quedó mirando desde la otra cuadra, jugueteando con la legra entre los dedos, como si seguir hablando, de lo que fuese, bastara para arreglar la situación—. Otro truco es que acortan los dientes, liman los centros y los oscurecen con ácido si así creen que podrán vender un caballo de diez años como si tuviera seis. —Y añadió dolorosa y bruscamente—: No era mi intención ofenderla con la edad del caballo, señorita —dijo con la parte delantera de la gorra marrón hacia atrás, mirando al caballo como haría un curtido gladiador inmovilizado en pleno combate, caído del carro, perplejo y desarmado.

Cuando le dijo eso por encima del tabique, la joven levantó los párpados y lo miró con sus ojos adormecidos y separados desde el otro lado de la madera mordisqueada, unos ojos que a la luz del sol eran transparentes como el cristal y de un luminoso azul gélido.

—Bien —respondió levantando la silla por encima de la cancela.

Se agachó para cincharlo, y el mozo volvió a su trabajo y su voz a las zalamerías, diciéndole a la yegua, o a la joven, o al silencio de ambas: Así lo he dicho o eso es lo que pienso, o Eso lo explica y esa es la verdad, apaciguando, arrullando, acunando para adormecer con ese murmullo grave, algo quejumbroso, con el que se consolaba mientras levantaba el casco delantero de la yegua y se lo ponía en la rodilla.

Una vez ensillado y embridado, el caballo esperó mientras ella descorría el cerrojo y luego se dio la vuelta en su cuadra para seguirla afuera. Iba con la cabeza baja y las riendas sueltas al cuello, pero las orejas estaban erguidas y expectantes y los cascos resonaron con fuerza en los tablones del suelo. El movimiento de los hombros era fluido bajo la piel bruñida y la crin colgaba, oscura y brillante, por el lado izquierdo del cuello. En el portón del establo, la chica se volvió, cogió las dobles riendas y se las pasó por el brazo; cuando levantó la manija y empujó para abrir la mitad, la luz cayó como una cuña en la oscuridad.

—Apby —dijo volviéndose, y el mozo se incorporó y respondió: «Sí, señorita», tocándose la gorra mientras aguardaba, impotente, desesperado, en la cuadra junto a la yegua—, ahora Brigand es cosa mía. Vendré a hacerme cargo de él todas las mañanas.

Y el mozo volvió a responder, desolado: «Sí, señorita», y se tocó de nuevo la gorra, y de pronto empezó a decir:

—A veces hasta los que llevan más tiempo en el oficio se equivocan, como un criador al que una vez engañaron con los caninos, que salen entre los cuatro y los cinco años nueve veces de cada diez, pero esta vez de la que hablo fue la excepción que confirma la regla, como suele decirse, y conociendo el caballo, que yo conocía desde que nació, el potro alazán más bonito que haya visto…

—Bien —dijo la joven desde el umbral, la voz fría e implacable.

—Este Brigand tiene un aspecto que podría ser la excepción a la regla —dijo el mozo hablando en voz más alta, como si el simple sonido de su súplica lo arreglase todo, independientemente de sus palabras—. Cuando el señor Lombe lo trajo hará cosa de un mes, le dije enseguida a la señora Lombe, le dije, si alguna vez he visto un caballo que parezca…

—Bien —dijo ella apartándose del rayo de luz—. Bien. —Comprobó que el caballo la seguía y añadió—: Bien, Apby, ya me ocuparé yo de él cuando regrese. No hace falta que esperes.

Y cerró el portón.

Candy Lombe se había puesto el sombrero de fieltro verde oscuro y observaba en el espejo largo del vestíbulo su cara redondeada, suave y radiante, y los ojos hinchados y afligidos. Se bajó el ala del sombrero; la mano pequeña con el sello granate en el dedo ajustó el pañuelo estampado con sabuesos que se le echaban al cuello, y apartó la cabeza para situarse bajo la luz mientras se pasaba los dedos por los cortos pelos del bigote

y olía el jabón de afeitado y la colonia masculina. Aquella tarde salió de casa sintiendo la pesada maldición sobre él: el flagelo y la injusticia de que su vida no tenía forma ni la había tenido desde la juventud (y qué daba forma a la juventud, sino la promesa de esperanza), y ahora la juventud se había ido y solo quedaba la maldición de que no había nada que esperar. Los cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años (no podía o no quería recordarlo) eran, desde hacía ya mucho tiempo, fragmentos descartados a lo largo de un periodo indeterminado de espacio o tiempo: vestigios de algo tan irremplazable como la vida, que se le había dado entera y que él había dejado caer, los pedazos dispersos, perdidos en países distintos, antes de entender el valor que tenía, o de saber siquiera que la llevaba entre las manos.

Ah, problemas, problemas, los hay de dos clases distintas, pensó mientras ascendía amargamente por los verdes campos de junio: los que das y los que recibes. Yo doy, doy sin reservas, le dijo a la maldición, al flagelo, a la injusticia de su vida. Es más virtuoso dar que recibir, así que yo doy. Di problemas en casa hasta los veinte años, solo por el calvario del arte; no por el hecho o la consecución del arte, sino por el sacrificio organizado de lo que los ociosos decían que no era Arte, el Glorificado, el Loado. Di problemas año tras año por el asesinato deliberado de que lo que Ellos (la familia) reconocían como la comodidad de un ratón en su agujero en Mí (individuo), que debía (por razones que el tiempo nunca ha aclarado) ser rescatado de la mediocridad mediante el reconocimiento supremo, amplio y definitivo. Vestía guardapolvo y boina en las calles de Montreal, eso vestía Candy Lombe, por Dios, y qué es ahora sino un hacendado vestido con chaqueta de hacendado, paseando por el campo con un buen sombrero de fieltro, diciéndose que conseguirá un boceto, una vista aérea, en lugar de una patada en el trasero por sus cuarenta y pico años de molestias, sin fingir ya ahora, sin cargar una caja de acuarelas ni una paleta ni tubos de pintura ni tableros, sino con un pantalón de golf bien ajustado a los tobillos y un corazón podrido en su interior.

Porque nunca nadie me hizo entender que dependía de mí, ni nadie me ayudó ni me indicó qué tenía que hacer, dijo la petulancia, las quejas que ni siquiera el enojo creciente podía dignificar con su ardor; yo, un oriundo de las colonias en Inglaterra, pobre, pintor; país, estatus y convenciones imponen su segregación. Todos alzan la mano contra lo que tengo que ser: el intruso en tierra ajena, cuando debería haberme quedado en casa y continuar la estela de mi padre (el visionario, el predicador); el intruso que vive del dinero de su mujer, aunque le hubiese dado mi apellido a cambio; y mi último intento de intrusión, abandonado en otro tipo de ocupación masculina. Yo, el pintor, seguidor de la tradición de Goya y Velázquez; yo, dibujando bocetos al carboncillo en escuelas nocturnas, pintando acuarelas de paisajes hasta los treinta como si fuese un colegial, colgando pequeños lienzos en salas elegantes junto a la porcelana estampada y los manteles bordados a mano, todo a la venta, incluso los bonitos lienzos color pastel, todo a un precio para las señoras que van a tomar el té. Yo, un artista, nunca fui capaz de memorizar correctamente las frases de un papel que no iba a pronunciar ni a oír el pie para salir a escena, pero intenté igualmente participar en la representación y entré y salí del escenario abochornado, balbuceante, siempre de espaldas y por el lado equivocado.

El sendero al que había llegado estaba bordeado de espesos setos y tenía surcos secos y pronunciados. Unas hierbas largas y pálidas brotaban de las medias lunas que habían dejado los cascos de los caballos en la elevación central, entre las depresiones, duras como la piedra, socavadas por las ruedas de sus carros. Sabía que poco después vería la granja lechera, que aparecería no de pronto, sino paulatinamente, a pedazos: primero el muro cubierto de musgo que empezaba a serpentear en meandros bajos e ininterrumpidos detrás de los árboles del huerto, las piedras claras como la cal pero ligeramente doradas, y después el resplandor de un gato blanco de cola rojiza que pasaba junto a las lecheras de latón puestas al sol para endulzar la leche; paso a paso se acercaría a la familiar escena rural empapada de lluvia, o bien soleada y silenciosa. Podría haber sido una impresión o una postal, o quizá se pareciese más a una fotografía levemente coloreada, unida con un cordel de seda con borlas a un calendario de pared. C. Lombe, hacendado, dijo mientras se dirigía hacia allí en silencio, con paso mesurado, llevando sus cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años de protestas, de sueños, de ruegos susurrados o pronunciados o gritados a la noche, a este escenario dispuesto para la acción inmóvil, este anfiteatro silencioso y sin pretensiones donde el drama clásico de la neurosis pudiera representarse hasta la destrucción; Candy Lombe sacando esta tarde a pasear el fracaso ni siquiera colosal de esos años desperdiciados, como hice ayer por la tarde y como haré mañana, exactamente igual a como se saca un caballo, dos horas de ejercicio suave al día para así cansarlo y serenar su cuerpo, y agotarlo hasta la pasividad de su alma. Engaña así a los días uno tras otro, pues los años han sido llevados con engaños a un lugar solitario donde no puedan oírse sus gritos, les han rebanado el pescuezo y los han arrojado, todavía vírgenes, sobre los montones de estiércol, los rastrillos del establo, las vísceras equinas de esta parte de Inglaterra. No pueden apestar más que los criaderos hieden a sexo, a cópulas monstruosas y a partos más brutales que asesinatos.

A través de las suelas podía notar las cicatrices que las herraduras de los caballos habían dejado en el barro del sendero, una forma tan bien incrustada en la suela de cuero como en su memoria: la herradura de boca de cántaro, la de media luna, la común, la Rodway. En ninguna parte de esta región es posible librarse de las huellas de los caballos en la tierra, del olor de los caballos, de los excrementos de los caballos, de los clavos de herradura de cabezas rosadas encastrados en senderos y caminos, y dispersos por los pastos. Los caballos tiraban de los carros cuando yo era joven, pensó mientras andaba; no significaban nada para mí, ni me gustaban ni dejaban de gustarme. Nunca formaron parte de la sustancia de la vida; su lugar estaba asignado, no era el mío. Ellos no eran el orden establecido y yo el paria ajeno a la sociedad y las relaciones humanas, a

falta de un término adecuado. Y ahora, para escapar de la extravagante y salvaje posesión de los caballos, en lugar de firmar óleos, Candy Lombe pasea por unas tierras que apestan a caballo, que hieden a caballo, unas tierras horadadas y pisoteadas por ellos, aquí está él, encerrado en su mediana edad en un cercado, sin acceso a pastos ni a forraje, amarrado y castrado, engordando al viento.

—Cuánto lo siento por Candy, aunque parezca un dandi —empezó a improvisar declamando en voz alta—. Blanca y negra es su casaca de hacendado y lleva su algo bien ajustado. Cuánto lo siento por Candy, aunque parezca un dandi —volvió a empezar—. Lleva el bigote acicalado, pero le asquea el olor a caballo. Cuánto lo siento por Candy, tarará-tararín. Antes era joven y bien parecido, pero ahora su tripa lo ha vencido. Cuánto lo siento por Candy…

Empezó a vislumbrar la lechería entre los manzanos y abandonó los versos para contemplar las bambalinas y el adorable telón de fondo por el que corría algo de brisa y las familiares construcciones a derecha e izquierda. Ahí estaba el escenario, la encantadora escena rural, sin todavía ningún actor visible, ni tampoco rastros de excremento equino que mancharan la tierra donde el sendero se ensanchaba poco a poco hasta enlazar con el terreno de la granja y detenerse. Oh, Candy Lombe antes pintaba, se dijo, el ocioso caballero que una tarde de junio a la pintoresca vaquería se encaminaba. Pero las alabanzas que recibía eran escasas. Pensó Si dejo de cantar estoy perdido, si dejo de decir Oh, Candy Lombe, que sonreía antes de darse a la…, si dejo de decirlo veré la maldición colgando ante mí, lastrada y ahorcada, muerta e incongruente al sol como un cadáver vestido con su vieja ropa, colgando del cuello y meciéndose suavemente detrás de la casa, o como un vagabundo muerto en un vagón de mercancías con su carga de manzanas rojas. Oh, Nancy, Nancy, escúchame, siguió, como silbando en la oscuridad: ¡Corre a tu padre, querida! Oh, Candy Lombe salió de casa, volvió a empezar rápidamente, y entonces vio el primer atisbo de vida, un movimiento furtivo y rápido como algo que se desliza en la media luz del amanecer o del ocaso: el gato blanco pasó fugazmente por delante de las lecheras como había hecho la tarde del día anterior, solo que un poco antes, justo cuando él estaba unos metros más atrás, cruzando el huerto. Ahora había sonado por fin la obertura que daba paso a la acción, y acto seguido los patos, pulcros e inmaculados como la ropa blanca, doblaron lentamente la esquina de la lechería y se dirigieron al abrevadero.

Al cabo de un rato, mientras seguía allí, vestido con sus bombachos grises y sus calcetines de lana ceñidos con ligas, contemplando los patos que se entretenían solemnemente en la superficie del agua, que sumergían y revolvían los picos por debajo del borde, oyó unos cascos que se aproximaban. Al principio no volvió la cabeza para ver quién era, ni tampoco quiso conjeturar; siguió con las manos en los bolsillos de la chaqueta, mostrando los pulgares estrechos y pulcros por la manicura, el ala del sombrero elegantemente baja, mientras parecía que miraba los patos en el agua aunque quizá no viese nada más que la imagen perdida y corrupta de su juventud ni oyese nada salvo el sonido de su desesperación. Pero cuando el caballo se acercó y el jinete tiró de la rienda, él se volvió sintiéndose culpable, con el brazo derecho levantado de forma involuntaria, en parte como saludo y en parte para protegerse de la violencia de ver o ser visto por quienquiera que se le hubiese acercado estando él indefenso y desprevenido.

—Hola, Candy —dijo Nan a lomos del caballo, y sus ojos se encontraron por debajo de la curva del hombro color caoba, los mismos ojos maravillosamente vidriosos e indolentes se miraron de soslayo, casi con timidez, recorriendo la distancia y la pendiente que iba de la montura al suelo, y sus bocas sonrieron.

—Caramba, hola, Nancy —dijo el padre con un entusiasmo americano y desproporcionado surgido de la turbación y la vacilación, que tan solo intentaba disfrazar, ocultar, la timidez del alma.

—Te estaba buscando —dijo la joven—. Lo he traído cabalgando hasta aquí porque he pensado que te encontraría.

—Tengo la costumbre de pasear por aquí todas las tardes —dijo él en un tono animado y sociable, casi, pero no, como si quisiera ocultarle sus razones para estar allí. Posó una mano, con la palma hacia abajo, sobre el omóplato del caballo y levantó la cabeza para mirarla por debajo de la elegante ala del sombrero de fieltro. Mientras su boca pequeña y su barbilla empezaban a reírse por debajo del bigote, añadió—: Así me alejo del criadero. Creo que aquí arriba esto parece más campo y menos negocio. Nadie hace nada, ni siquiera los patos. —Le sonrió esgrimiendo esa pequeña defensa, manteniendo una reserva expectante, como si ella fuese una dama a la que hubiese conocido tomando el té—. Puedo flâner les boulevards, por así decirlo.

Cuando llevó la mano a las riendas para sostenerlas mientras la joven desmontaba, ella lo detuvo diciendo:

—No lo sujetes, por favor. No lo sujetes. No se moverá.

—Solo hace dos días que lo montas —dijo Candy, pero contuvo la mano, indeciso, y la observó mientras desmontaba.

—Lo han adiestrado muy bien, a tu caballo —dijo ella—. Cuando lo monto se queda quieto sin mover un músculo mientras ajusto las riendas o los guantes o el cinturón o los estribos. —Pasó las riendas por encima de la cabeza del caballo y se las puso sobre el brazo—. Esta tarde hemos hecho ejercicios al trote: la figura del ocho en una pista, giros y cambios de dirección. Nos llevamos muy bien.

Caminaron uno junto al otro. Dejaron atrás la lechería, la joven con el caballo siguiéndola dócilmente y el hombre con las manos en los bolsillos de la chaqueta, uno al lado del otro por el camino rural.

—Lo único que le molesta un poco son las voces. Le gusta que le hablen en voz baja y tranquila, como a ti. —Volvieron a mirarse de soslayo, y el padre se echó a reír—. Se ha encabritado dos veces, una en la cerca y otra en un árbol, un minuto antes de llegar a la lechería. Le he dicho que no se lo iba a permitir.

—Escúchame. No quiero que el caballo te dé problemas —dijo Candy. Ahí estaba de nuevo el peligro, la amenaza de los caballos, la monstruosa promesa de mutilación en sus huesos y en su piel, el mal fatídico que podían infligir a la paz activó una alarma que le atravesó los nervios y se mostró en la trepidación de su cara —. Oye, Nancy, quiero que tengas cuidado con él.

—Es solo un juego al que le gusta jugar. Fingió que no veía bien la cerca y vaciló al saltar. Habrá visto exhibiciones de otros caballos y se cree lo bastante listo para imitarlos, ya sabes, como algunas colegialas imitan o pretenden imitar la forma de hablar de las actrices en películas que han visto…

—Esas tontas adolescentes —dijo Candy con severidad.

—Ah, no te rías —dijo su hija, y el caballo la siguió dócilmente—. Está buscando su personalidad, como se hace cuando eres joven. No siempre puedes decidir enseguida lo que quieres ser. A veces juega a ponerse tozudo y se comporta como habrá visto que hacen los caballos de carreras. Pero eso no quiere decir nada, es solo una bobada que hace. Cuando subíamos la colina, se ha parado a mirar una mata de botones de oro como si nunca hubiese visto nada igual, o quizá como si no pudiera verlos, y luego ha seguido andando y no he podido sonsacarle ni una palabra. Pero se nota que es un caballo…, o sea, debajo de todo lo demás, es un caballo al que le asusta mucho no sentirse apreciado. Salta a la legua, con solo mirarlo, que es un caballo muy presumido.

—¿Ah, sí? —dijo Candy volviéndose para mirar al caballo por debajo del ala del sombrero—. Con el debido respeto, Nancy, dónde…

—¡Ah, no te burles de él! —dijo ella de pronto dolida—. Todos lo ridiculizan y se burlan de él como si fuese un bicho raro, ¡solo porque no puede engendrar ni parir, ni es un potro ni sirve para adiestrar, ni puede hacer nada de lo que se espera que haga! Lo ven como un jamelgo inútil, pero no creo que tú pienses eso de él.

Andando en silencio a su lado, Candy le pasó el brazo por debajo de la manga blanquinegra, por el desnudo interior del codo, y la atrajo hacia él hasta notar en su ropa de hacendado el movimiento de las costillas y el pecho bajo el polo, y siguieron andando al mismo paso en silencio, la pequeña cadera de la hija rozando la gruesa cadera del padre.

—Nancy, lo siento. Siento haber dicho eso, no era mi intención.

Un bicho raro y un jamelgo inútil como yo, pensó él con una culpabilidad amarga y vengativa. Y así siguieron andando por los festones de sol y sombra, la sombra que proyectaban los árboles espesos e inclinados y el sol que brillaba débilmente en los espacios abiertos; cada uno pensando en el caballo, no en el que andaba tras ellos al final de las riendas sueltas, sino transformado para simbolizar la separación de dos interpretaciones y de dos desesperaciones aisladas.

—Esta tarde estaba pensando en caballos —dijo el padre—. Tú te has criado con ellos, pero yo no. De joven nunca tuve un caballo cerca, a menos que tirase del carro de la leche o del vagón de un tranvía. Quizá siga pensando en caballos sin saber que pienso en ellos así, como alguien que tiene todo el equipo comprado y dispuesto y ha prometido participar en una expedición de caza mayor y empieza a pensar en las presas, ya sabes, los elefantes y leones y demás. Claro que hablo de alguien a quien no le gusta la caza mayor ni los animales, alguien a quien ni siquiera le gusta disparar. Es decir, alguien a quien sencillamente no le gusta pensar en leones ni en elefantes ni en otros grandes animales salvajes, que preferiría pensar en otra cosa. Pues bien, de eso se trata —dijo empezando a sonreír con incomodidad bajo el bigote—. Tengo que desahogarme burlándome de los caballos. Si no me burlase, tendría que subirme a uno y cabalgar, y nunca me ha gustado ni acercarme siquiera a ellos. Me he encaramado a lomos de caballos durante casi veinte años y los respeto, y los aprecio y creo que poseen todas las cualidades que les reconocen las autoridades ecuestres pertinentes. Pero no me gusta relacionarme con ellos. Me gusta mirar una buena carrera de caballos o de obstáculos y apostar algo de dinero, pero no me gusta mezclarme con ellos. Quizá se deba a que no me interesa lo más mínimo demostrarles, ni a ellos ni a nadie, que mando yo. No me gusta obligar a nadie a que me obedezca y esa es la razón de que no me guste ir al establo ni tener mucha relación con los caballos. No me importa que este amigo de aquí detrás nos acompañe porque no es arrogante como la mayoría, pero no me apartaría de mi camino…

—Conocí a un hombre el invierno pasado —dijo ella, con el brazo de su padre enlazado al suyo mientras andaban, sus ojos mirando el suelo—. También se había criado entre caballos, como yo.

Siguieron andando del brazo en silencio, con el caballo siguiéndolos.

—En un té del miércoles en casa de la señora Paddington, en Florencia, allí lo conocí —siguió al cabo de un minuto—. Era irlandés, de unos veinte años. Su familia criaba caballos de caza y el de su madre era uno de los mejores criaderos de Irlanda, ella era una de las grandes para los fanáticos de la caza; no me lo dijo para alardear, sino bromeando —dijo ella volviendo rápidamente la vista a un lado, hacia la cara de su padre—. En realidad, a él no le gustaba cazar. Le ponía enfermo. Y en cuanto lo dijo yo supe que sentía lo mismo, solo que nunca había sido capaz de explicarlo. Él se había ido de casa tras una discusión o algo así, creo, pero en cualquier caso no soportaba a esos cazadores aristócratas con los que se había criado. Escribía un libro sobre ellos. Es uno de los primeros escritores que he conocido.

Siguieron cogidos del brazo al mismo paso, y los ojos del padre miraron de reojo la tierna piel de la nuca de su hija y el lóbulo de la oreja pálido como el coral y la vulnerable sien donde la vida palpitaba de forma visible y exquisita. Cuidó el tono, volviéndolo desenfadado y alegre, para que sus palabras no la ahuyentaran.

—Parece un tipo interesante —dijo carraspeando, la mirada clavada en el suelo.

—Candy —dijo la chica con voz suave y vehemente, pero sin volver la cabeza—, quiero volver en septiembre. No me refiero a volver a casa de la señorita Easter, sino a París o un sitio así. Quiero hacer algo. Tengo que hacer algo. No puedo quedarme aquí. O sea, quiero seguir estudiando pintura o arte o quizá escultura y he pensado que al cabo de un tiempo seré capaz de ganarme la vida y no tendré que estar todo el año aquí. No es —dijo sin levantar la vista del camino, viéndolo desaparecer sin cesar bajo sus pies en movimiento—, o sea, no tiene nada que ver con…, con que no te quiera a ti o a nadie, pero en las ciudades y en otros sitios, sabes, hay gente de todo el mundo, como ese irlandés, que dicen cosas diferentes todo el tiempo y aquí nadie oye lo que dicen y…

—Nancy —dijo el padre con voz tensa y débil, pero también desenfadada—. Supongo…, es decir, si es verdad supongo que te gustaría decirlo, ¿es posible que él te gustase mucho?

—Oh, no —respondió ella—. No me refería a eso. Solo lo vi un par de veces más. No pensaba quedarse mucho tiempo en Florencia, iba de camino a España. —Siguieron andando del brazo, contemplando el suelo que retrocedía bajo sus pies, el camino que se deslizaba en la sombra y en la luz, bajo la sombra de los árboles, mientras andaban, diminutos, con voces humanas y piernas humanas, bajo las altas y frondosas ramas verdes—. Iba a España a luchar contra Franco, pero no podía decirlo delante de los italianos. Aquí no oirías a nadie decir algo así, ¿verdad, Candy? O si lo leyeses en el periódico lo olvidarías, porque no oirías la voz de la persona al decirlo, ni verías el aspecto de su cara.

—No —dijo Candy apretando el brazo contra el suyo—. No. Lo sé.

—Por lo que he pensado que si pudiera hacer algo, algún tipo de trabajo, es decir, primero aprender a pintar, por ejemplo, como hiciste tú —siguió ella, viendo moverse el suelo.

Como yo, pensó él. Aprender la espera solitaria en una sala, enfrentarse al lienzo en blanco y a un cuaderno con un par de bocetos, los pinceles limpios, la pintura preparada, la luz adecuada, el caballete colocado, y sentarse allí sin pintar nada, sin atreverse a pintar nada, quedarse sentado temiendo pensar con la misma impotencia que se teme actuar. Aprender a sentarse quieto, aterrorizado, ante nada, aprendiendo, como el convicto aprende de memoria las palabras de su sentencia, el vacío de la propia indecisión y lo esquivo del idioma, la pronunciación, el sonido incluso, de la propia intención sin propósito.

—Y he pensado que si pudiese volver allí, o sea, a París o a Roma o a algún sitio en septiembre —siguió diciendo ella, y él siguió pensando en silencio Aprenderlo sin protestar a gritos ni destruir como venganza, y lenta, débil, gradualmente, deslizarse de la primera copa de consuelo a la segunda, hasta que Beber se convierte en aquello que se espera en el vacío de la sala y del alma, no la aparición de la pura y perfecta sustancia del Arte que prometía la juventud—. He pensado si podría decidirse ahora, para que yo lo supiera —estaba diciendo ella—, y así podría aguantar aquí el verano sin…

El camino retrocedía a su paso de forma lenta y desigual entre las luces y las sombras, entre las sombras y las centelleantes luces del atardecer, vertiéndose despacio sobre los surcos y las piedras mientras andaban con la cabeza baja, la misma carne y los mismos huesos elegantes y bien formados, los mismos ojos soñadores y aletargados observando el lento e interminable discurrir bajo sus pies.

—Sí, así es como debí de sentirme —dijo el padre— cuando tenía tu edad, hace casi treinta años, quizá hace unos veintisiete o veintiocho años…

—Podría alquilar una habitación con una familia o algo así, o vivir en un club para señoritas. Así ya no os tendríais que preocupar por esa parte, en lo que a mí respecta. Podrías acompañarme, Candy, y encontrar los cursos adecuados para mí, y conocer a los profesores y buscarme un alojamiento. —Ahora hablaba más deprisa y su respiración también se había vuelto más rápida, como si el nombre de la calle, el tamaño de la habitación, los utensilios del arte en sí fueran a especificarse en un minuto si ella podía alcanzarlos allí donde estuvieran—. Candy, hasta podrías averiguar a qué debería dedicarme —dijo, y su voz tembló.

—Sí —dijo su padre sosteniendo con fuerza el brazo descubierto de su hija, los dedos posados en la muñeca—. Tendrás que encontrar un profesor muy bueno; no te conviene que alguien impreciso te enseñe las cosas que debes aprender. Ya sabes, que los huesos están aquí y la estructura está ahí —dijo animadamente mientras dibujaba con los dedos en la muñeca de su hija, donde el pulso latía ligero y veloz en las venas—. El viejo esqueleto está ahí, debajo del resto; bajo toda la sofisticación y toda la imprecisión al final hay que descubrir que está ahí, cómo funciona y cómo se mueve. Nunca presté suficiente atención a eso, Nancy. Y quizá a eso se deba que no consiguiera salir adelante. —Miró fugazmente, incómodo, el perfil de su hija antes de apartar la vista, y pensó Quizás ya es demasiado tarde, quizá ya no me queda nada más que ocultarle. Desde que mi hija ha tenido uso de razón, quizá se ha acostado todas las noches sabiendo lo que soy mucho mejor de lo que yo nunca lo he sabido, me ha visto más claramente, pensando en esa acuarela colgada en la sala de arriba y en la de la habitación de invitados detrás de la puerta, sabiéndolo exactamente sin que nadie se lo haya dicho. Y dijo en voz alta, incómodo, tímido y atrevido a un tiempo—: Debes profundizar desde el principio si quieres llegar a alguna parte. Yo probé demasiadas cosas: me interesaba una fase de algo, experimentaba una cosa tras otra, y a veces eso no te lleva a ningún sitio. Podría haber hecho mucho más si me hubiese apoyado en algunas certezas desde el principio. Quizá habría llegado a pintar algo bueno…

—Candy, eres un gran pintor —dijo la chica con gravedad.

—Oh, no —dijo él bajando la vista al camino, con un atisbo de sonrisa en los labios—. Oh, no.

Se habían olvidado del caballo mientras seguían oyendo, sin saber que lo oían, el lento y suave repiqueteo

de sus cascos detrás de ellos, pero ahora las riendas se tensaron en el brazo de la joven, que se detuvo y se volvió hacia el caballo inmóvil. Tenía la cabeza levantada y algo vuelta a un lado, y cuando ella pronunció su nombre la movió despacio y luego con ferocidad, lleno de desconcierto. Se había detenido a la distancia que marcaba la rienda, como un animal que ha llegado al agua y no cruzará, las patas delanteras clavadas por delante del resplandeciente pecho, los cascos perplejos bien adelantados para equilibrarse con la tierra. No había empezado a retroceder ni se aventuraba a avanzar, sino que se quedó donde estaba mientras sus patas se abrían cada vez más, el cuello se curvaba hacia atrás, voluptuoso como el de un cisne, y sacudía la cabeza alzada despacio, despacio, como si buscase desprenderse desesperadamente de una extraña máscara de confusión.

—Brigand —dijo la joven con suavidad, acortando la rienda—. Brigand, no seas bobo. Tranquilo, estate quieto.

Nancy se había vuelto y empezó a andar hacia él, pero en cuanto la rienda se aflojó en su boca, el caballo se tambaleó de forma lenta y enfermiza hacia atrás, roto el último vínculo con la autoridad y la corporeidad humana, sin dueña ni jinete, vacilante, perdido en las profundidades oscuras e incomunicables de su dolor.

—¡Cuidado! —gritó de pronto su padre—. ¡Apártate de él, Nancy!

Nancy lo vio saltar hacia delante, el color escurrido en la cara y en la boca, para arrancarle la rienda de la mano mientras el caballo se revolvía presa del pánico, se tambaleaba hacia la cuneta y los árboles y, como si intuyese que no había peligro allí, se detenía justo en el borde.

—¡Apártate de la grupa del caballo! ¡Puede empezar a cocear, Nancy! —gritó Candy—. ¡Ha tenido una apoplejía! ¡Ten cuidado! ¡Va a desplomarse!

—Calla —dijo brutalmente la joven—. Calla, calla —dijo al hombre y al animal y al terror que palpitaba en los huesos de ambos. Volvía a estar junto a la cabeza del caballo y retiró la rienda de los dedos cerrados y temblorosos del padre, hasta quitársela de la mano—. Calla, quieto, escúchame —dijo, y al oír su voz la cabeza del caballo se volvió hacia ella de un modo extraño pero dócil, desalentada, las orejas trémulas, vulnerables como antenas, la cara derrotada, sin dirección, ciega y muda—. Tranquilo, tranquilo —dijo Nancy interponiéndose, con los brazos desnudos y la cabeza descubierta, entre el miedo que el hombre y el caballo se tenían y el miedo al misterio violento, potente y desatado que había atacado como una parálisis, con mano tan insensible como la piedra, y que podía volver a alzarse y atacar ante ellos—. Tranquilo —dijo, e hizo que el caballo bajara lentamente la cabeza, y mientras hablaba deslizó los dedos enguantados bajo la frontalera y la crin negra de la testuz. La mano enguantada salió mojada, oscurecida como si hubiese tocado sangre, y la chica se la quedó mirando—. No ha galopado y todavía sigue sudando así…

—Nancy —dijo el padre pasándose la lengua por los labios—. Nancy, por lo que más quieras, déjalo ir.

—Tiene fiebre, mi pobrecito, mi pobrecito —dijo ella sosteniendo la boca floja y la cabeza firmemente en las riendas, bajo la barbilla—. Se ha estado preocupando por las lombrices, o pensando en su árbol familiar. —Le acarició lo alto del huesudo hocico, similar a una proa, mientras pensaba De un momento a otro Candy volverá a gritar o la dolencia que ya ha atacado una vez puede volver con más fuerza como un golpe de fusta y romperle cráneo y fibra del hueso frontal—. Ha estado comiendo demasiado, eso ha hecho mi caballo, y se ha intoxicado y le han dado temblores. Le ha dado un ataque y tiene que beber agua, eso le irá bien —siguió diciendo, pensando Tengo que seguir hablando para que no haya tiempo para nada más ni espacio para ningún otro sonido, debo seguir con esta voz porque esta es la voz que le dice—: Ahora volveremos tranquilamente a casa porque no le ha pasado nada a mi grandullón, le daremos sal y un cubo de agua tibia para apaciguarlo y le frotaremos la barriga con un manojo de paja…

—Nancy —dijo el padre con calma, con una voz no exenta de miedo, pero que mostraba más asombro que temor—. Míralo bien, Nancy —casi susurró.

Candy buscaba algo en su bolsillo; la chica apartó la vista, preguntándose qué sería, y se volvió hacia el caballo. Sosteniéndolo bajo el tembloroso belfo, observó la huesuda testuz, el tupé húmedo y las orejas que vibraban, buscando; contempló las cuencas, profundas como un foso, que palpitaban sobre los ojos, y se demoró en la mirada fija de los ojos marrones y brillantes antes de descender por el acusado declive de la cara hasta los ollares cóncavos, dilatados, convulsos por el dolor.

—Mírale los ojos, Nancy —dijo Candy, que ya había encontrado la caja de fósforos y la sostenía en la mano con dedos que aún temblaban cuando frotó la frágil cerilla en el lateral de la caja y protegió la llama del aire que soplaba entre los árboles.

Levantó el brazo y el caballo no hizo gesto alguno, pero a medida que la cerilla ascendía en la mano del padre, la chica empezó a hablar de nuevo como medida de precaución, murmurando con esa voz invariable, suave y calmada:

—Y su madre tiene que llevárselo de vuelta al establo, donde estará más fresco, y ponerle paja y frotarlo y limpiarlo bien, y secarlo y darle…

—Míralo —dijo Candy en voz baja, y la llama de la cerilla, insignificante a la luz del sol que atravesada el follaje pero que ardía de forma sostenida, llegó a la altura de los ojos del caballo y se detuvo, y el animal no reaccionó—. No puede verla —dijo el padre sobrecogido, sin apenas respirar—. Ni siquiera sabe que está ahí.

3

—No fue coser y cantar, desde luego —decía la madre, sentada con las rodillas separadas para que se secara la lluvia de su falda de tweed; les hablaba mientras fumaba un cigarrillo con aire distraído, solo concentrada en parte en su comunicación con otros seres y en parte en sus meticulosas ideaciones mientras contemplaba el fuego del hogar—. Fuimos de sorpresa en sorpresa en cuanto pisamos sus costas. Para empezar, nadie nos había insinuado que iban a cosernos dentro de nuestra ropa.

—Ja, ja —sonó la risa tensa del veterinario, y quizá porque descubrió que sus botas, abajo en la alfombra, tenían barro del establo y del camino pese a habérselas limpiado en el felpudo, se revolvió con una incomodidad triste y contraída en el extremo de la vieja butaca—. Ya imagino que tuvo que ser algo chocante —dijo, y las pálidas pestañas se desplazaron desesperadamente por la habitación en busca de consuelo.

—Reconozco que no lo olvidaré mientras viva —dijo la señora Lombe. Apartó la vista de su contemplación, de la otra cuestión secreta que la ocupaba, y siguió hablando despreocupadamente de un viaje del que el veterinario ya habría oído hablar parcial o totalmente en otras ocasiones, en el establo o en los potreros, o sentado como estaba ahora en esa misma habitación—. Para empezar nos envolvieron con paja los pies y las piernas, y después cada uno de nosotros tuvo que ponerse tres capas de lana alrededor del cuerpo y los brazos… —Siguió gesticulando, la boca abierta, las palabras brotando rápida, casi alegremente; solo cuando miró la cara de su marido y de su hija, sus ojos tensos e impacientes se afilaron, irritados. Esta es la forma de afrontarlo, podrían estar diciendo las piernas relajadas bajo la falda de lana, el cigarrillo despreocupado en los labios y la charla trivial. Si por una vez en vuestras vidas tenéis que enfrentaros a la verdad, aceptadla así, con la cabeza alta y todas las banderas ondeando al viento; no os quedéis ahí sentados, convirtiéndolo en tragedia. Pero en los ojos reverberaba un ansia implacable como la intolerancia, pues sabía y había sabido desde hacía mucho tiempo, con irritación y amargura, que era inútil pedirles eso ni nada que fuese sensato. Ahí estaban, sentados en el sofá, algo echados hacia atrás, padre e hija, mirando el fuego desde el otro lado de la alfombra y de la mesa sin parecer verlo, ni oír lo que se allí se decía—. Y luego nos cosieron dentro de todas esas capas —le siguió contando al veterinario, al joven rubio y rubicundo que estaba sentado con los brazos en las rodillas y la cabeza apoyada sobre sus tensas manos entrelazadas, de grandes muñecas—. Nos tuvieron tres semanas cosidos —añadió con un bufido, divertida de su propia audacia—. ¡Tres semanas! Fue toda una experiencia, se lo aseguro.

—¡Tres semanas! ¡Cielo santo! —repitió el veterinario con una voz que se había vuelto aguda e impropia en su intento de cortesía social. Miró esperanzado al señor y la señorita Lombe para ver si se unían por fin a la conversación, pero en cuanto vio sus caras apartó la vista. Se pasó lentamente la mano por la pálida barba incipiente que le cubría la barbilla partida y tragó saliva, pensando ahora, como llevaba pensando todo el tiempo, que él no había ido allí para oír historias sobre el viaje de la familia en primavera, sino para ver al caballo de caza, al que ya había visto y ya había diagnosticado, y el acto que debía ejecutarse seguía sin llevarse a cabo. Y seguían ahí sentados mientras diluviaba fuera, hablando de Finlandia o en silencio, sin mencionar el asunto en cuestión.

—Claro que nos habíamos llevado todo un surtido de chaquetas y prendas de abrigo, pero nos dijeron que las dejásemos donde estaban. Nos dijeron que ni hacía falta que las sacáramos del equipaje, que las dejásemos tal cual en el hotel hasta que volviésemos. —La mujer repitió la palabra «hotel» con un súbito escarnio, volviendo a levantar la cabeza del fuego y dirigiéndoles la misma mirada extraña, ansiosa, admonitoria—. Hotel, por favor. Se trataba de un lugar lamentable, como se puede imaginar; incluso para aquel lugar del mundo era todo lo malo que podía ser. Pero así lo llamaban, por aparentar supongo, y allí fue donde dejamos nuestras pertenencias, debo decir que con algunas dudas. El señor Lombe y yo bromeamos mucho al respecto —añadió mientras arrojaba el cigarrillo al fuego y se sacudía la ceniza de la falda—. No teníamos ni idea de si volveríamos a ver nuestras cosas, pero al parecer había que hacerlo así. Afortunadamente para nosotros había otros ingleses en el grupo, y nos dijeron que unos amigos que habían estado en Finlandia les habían asegurado que aquello era algo habitual. Y después, por la mañana, me aguardaba otra sorpresa. Trajeron el reno y yo no sabía, a juzgar por las pinturas y fotografías a las que prestamos más o menos atención, sencillamente no me había planteado ni por un momento que un reno tendría el tamaño de un gran danés de buenas dimensiones. Siempre me los había imaginado como unos animales imponentes, más del estilo de una res, aunque no tan grandes como un caballo.

Y entonces se detuvo, dejando la palabra ahí, inesperadamente desamparada y sola. Incapaz de mirar a ninguno de ellos, echó mano del atizador y lo hincó en la leña que ardía vivamente. Sentada con las rodillas separadas bajo la falda y la cabeza apartada, partió el tronco con pericia y al menos el veterinario vio, desde su butaca, la lluvia de chispas sobre la ceniza muerta del hogar y las ascuas de madera chamuscada que caían delante, humeando, sobre la piedra. En el otro extremo de la sala el viento y la lluvia golpeaban las ventanas, y negándose a pensar Ese caballo, ese loco caballo de caza está ahí en el establo completamente ciego, incurable, ciego como un topo, la señora Lombe reanudó allá donde había dejado su forzada, casi alegre, narración de la otra historia:

—Y entonces, cuando nos habíamos recuperado de la impresión, nos dijeron que teníamos que tumbarnos en los trineos, cada uno en su trineo individual, es decir, justo detrás de las pezuñas de los renos. —Dejó el atizador en su sitio y con el borde del zapato devolvió una astilla chamuscada al hogar—. Cada uno de nosotros tenía su propio trineo y reno, y cuando nos tuvieron tumbados así, más como momias egipcias que como humanos, ¡empezaron a arroparnos, como en un capullo! ¡Miré al señor Lombe, preguntándome si aquello iba a ser de su gusto!

Tras haber recuperado cierto grado de jocosidad, pudo mirar al veterinario y a Candy Lombe (quizá porque el miedo de Candy a los cascos, las pezuñas y el vigor de los animales le daba a ella cierta ventaja), pero no a la cara grave y pálida de su hija.

—Le dije que había oído que en Rusia iban al revés, es decir, con la cabeza delante, y que guiaban el trineo con las manos, con un artilugio, mientras tenían la cara prácticamente bajo los talones traseros del reno, pero aquello no pareció reconfortar al señor Lombe, y reconozco que hubo momentos en que me pregunté cómo acabaría todo. Mientras trotásemos por terreno llano, la navegación sería fluida, pero en cuanto empezásemos a descender por las pendientes, al ritmo que llevaban, los trineos irían más rápido que los renos, ¡y eso tenía sus inconvenientes! Pero aquellos renos estaban muy bien adiestrados y debo decir que actuaron con mucha inteligencia. En cuanto notaban que el trineo se les adelantaba, saltaban a un lado de la pista, pasaban a la nieve de los laterales. Me pareció muy divertido —continuó—. Pasamos cuatro días y cuatro noches de marcha, durmiendo en la nieve, y nos dijeron que cuando acorralaban a los ciervos salvajes, a veces se producían estampidas. Nos aseguraron que nadie, es decir, ningún extranjero, se había lastimado jamás, pero cuanto más lo pensaba durante aquel trayecto, más aliviada me sentí de que mi hija no nos hubiese acompañado.

Y después de pronunciar la palabra «hija», de haber admitido en un distorsionado simulacro de declaración ¡Me preocupo por ella!, pudo levantar la cabeza y mirar más allá de la alfombra y de la mesilla donde los bailarines de Dresde —la mujer con unas enaguas blanquísimas bordeadas de encaje que tenía varias capas de porcelana de grosor y una floreada falda abullonada encima, el hombre con levita de seda azul— danzaban con una inmóvil precisión formal, más allá de las manos entrelazadas y tensas del veterinario, de los brazos acodados en las rodillas y la cabeza gacha de pelo claro, al sofá donde la joven estaba sentada con su falda oscura y su jersey. Allí la mirada de la madre se detuvo de forma persuasiva y vehemente, hasta que se disolvió, grave, sobre ella.

—Mi hija tenía entonces unos catorce años, y aquellas noches a la fría intemperie habrían sido toda una experiencia para ella, una experiencia algo rigurosa para una chica de constitución no robusta que todavía estaba creciendo. En realidad, no sé si a todas las mujeres les gustó tanto como afirmaban. A mí me encantó, pero había dos francesas en el grupo y estoy convencida de que les pareció muy diferente de lo que estaban acostumbradas, sus peluquerías, su vida en los cafés y demás.

Los otros dos, el padre y la hija, seguían inmóviles en el sofá, algo separados el uno del otro. Parecían no oír nada, no ver nada, como las personas que en hospitales o en cárceles aguardan el veredicto sin esperanza, pero con una entereza sorda y dócil. Cuando anoche lo metí en el establo, repetía la joven para sí, pronunciándolo lenta y cuidadosamente una y otra vez como si esa precisión se la exigiera un juez y un jurado o la gravedad de la vida o la muerte, pensé Debo empezar enseguida a actuar exactamente igual que siempre, para que él no creyera que lo que le había pasado iba a cambiar las cosas. Pensé Aunque haya perdido la vista, y entonces la palabra la asfixió como un nudo que se cerrase sobre ella: ciego, está ciego, completamente ciego. (Cíñase a la historia, por favor, le reprochó el frío, duro y silencioso núcleo de la audiencia. Cuéntenos lo que ocurrió en realidad, no lo que usted pensaba). Lo llevé a su cuadra, siguió ella con la vista fija al frente en la sala, y empecé a cepillarlo sin más. No quería que sospechara nada, pensé que si lo llevaba a casa así, hablándole, sin montarlo, él comprendería que no había sido el mundo ni la parafernalia del mundo lo que había desaparecido o se había alterado siquiera, sino que lo que había ocurrido era algo tan personal y transitorio como un dolor de muelas. (Muy bien, dijo el tribunal golpeando el mazo con impaciencia. Siga sin dramatizar, por favor). Empecé a cepillarlo con fuerza, siguió la joven, y entonces vi que el cepillo le molestaba porque las púas estaban gastadas, le pedí otro a Apby y me lo dio por encima de la cancela. Apby se quedó ahí todo el tiempo mirándome mientras yo cepillaba a Brigand y eso hice a conciencia, y me llevó una hora. En el establo hay un cartel que mi madre hizo imprimir y colgar; pone: «Nadie puede cepillar un caballo sin sudar», y a la media hora estaba acalorada y tuve que parar para secarme el sudor de la cara con un pañuelo. Sabía que, cuando se entra en el establo por la mañana, después del cepillado hay que pasar la mano del revés por el pelaje para comprobar si se ha hecho bien, y si se ve la línea gris cerca de las raíces del pelo el mozo tiene que repetir el trabajo; y también sé que, cuando acabé, Brigand no podía estar más limpio. Después pensé que mientras yo siguiera con vida nunca dejaría que nadie, nadie, le pusiera una mano encima. (Por favor, aténgase a los hechos, le reprendió el silencio del juez o del jurado. El tribunal no puede admitir como prueba el hilo de pensamiento, por muy sentimental que sea, que discurre por su mente o por la de ningún testigo). Entonces le dije a Apby que me trajera agua templada, siguió ella con la vista clavada al frente. Sabía que tenía que lavarle los ojos con la esponja, que evitarlo sería aún peor. A lo mejor él estaba esperando que lo hiciese, que le tocase los ojos, y eso hice, y entretanto seguí hablándole con toda naturalidad mientras veía la película que le cubría los ojos, una capa blanquecina que los difuminaba, pero seguí lavándole los ollares y luego le lavé el maslo y los cascos. Mientras le secaba un talón delantero, vaciló un

poco como si hubiese perdido el equilibrio y me atrapó el zapato debajo del casco. No hice ningún ruido, juro que no, porque pensé que si él creía que perder la vista también le causaba aquello, es decir, que la ceguera le había lisiado las patas o le había privado del sentido del equilibrio, sería su final. No quería que él… (A menos que testifique del modo que ha especificado el tribunal, dijeron los acentos fríos y controlados de la autoridad, su testimonio será considerado irrelevante). Luego le cepillé la crin y la cola, repitió la joven despacio, le quité los abrojos, separando tanto como pude los pelos de la crin, y le dije que entretanto mantuviera la cabeza baja. Después de lavarle la crin con agua, le cepillé la cola mechón a mechón desde la raíz, mientras le contaba lo que estaba haciendo. Decidí que le lavaría la cola a las siete de la mañana, es decir, de esta mañana, y que lo sacaría del establo para que le diese el sol. Pero esta mañana ha empezado a llover temprano, así que no lo he hecho. Y anoche, a eso de las seis y media, le puse yo misma la comida. Le di un kilo de grano y medio kilo de heno cortado, y, por lo que le había pasado, también un puré de linaza. Le puse la comida en el suelo, como siempre. Apby dijo que quizá sería mejor ponérsela más arriba, en un comedero o un pesebre donde la encontrara más fácilmente, pero le dije que ni hablar. Nuestros caballos siempre han comido del suelo, como harían si se alimentaran de hierba, y le dije que seguiría poniéndole la comida en el suelo para que creyera que lo que le había pasado no podía ser tan malo como se había imaginado al principio, para asegurarle que todo seguiría exactamente igual. Mi padre había llamado al veterinario de Pellton y esperé en el establo para ver si Brigand comía. Olfateó un rato por los alrededores y después de que le hablase bajó la cabeza hacia donde estaba la comida porque él sabía que siempre había estado ahí aunque ahora estuviese ciego, lo comprenden, estaba totalmente ciego, no podía verla… (Muy bien, dijo el silencio, indiferente, impasible, ya es suficiente, señorita Lombe, con eso basta). Pero ¡tengo que contárselo!, gritó la joven y se levantó súbitamente del sofá con una mano extendida, como si intentase detener el irrevocable cierre de una puerta. ¡Esperen!, gritó. ¡Esperen!

—No permitiré que lo maten. No permitiré que nadie lo mate —dijo en voz alta, y contempló toda la sala, perpleja por estar de pie y hablando; miró sorprendida a su madre, sentada junto al fuego con la cara levantada y ofendida, y al veterinario, que se revolvía incómodo en el borde de la butaca, con la cabeza gacha contemplando la sucia costra de barro que se secaba en la alfombra, bajo sus pies. No se volvió para mirar a Candy, sentado en el sofá detrás de ella, sino solo a las dos fuerzas reunidas en su contra, a esos otros dos rostros y cuerpos, y se detuvo, una a una, en las diferentes piezas del mobiliario, en la leña que ardía en el fuego, en los bailarines de porcelana de Dresde, como si viese por primera vez lo que eran—. No creo que sea algo incurable —añadió, los ojos pesados y sutilmente empañados moviéndose de cara en cara y de objeto en objeto, y regresando a tientas, objeto a objeto, de nuevo a las caras, como si atravesara la oscuridad—. Nadie me convencerá de que no puede curarse si se toman las debidas medidas y cuidados.

—Siempre se puede pedir una opinión de Londres —empezó a decir el veterinario sin levantar la cabeza, inclinado sobre sus manchados pantalones de montar a rayas y los brazos apoyados en la tela tirante de las perneras, moviendo los grandes y rechonchos dedos al hablar, frotando los nudillos entre sí, con la vista baja, como si se avergonzara de sus polainas de cuero marrón manchadas de barro—. Sería el primero en afirmar que esperemos hasta tener una segunda opinión. Para mí es una clara y simple retinitis, consecuencia quizá de una gripe, aunque no me pareció convaleciente cuando el señor Lombe lo trajo hace dos meses. La retina se afloja y la vista se va así, de repente, y de no saber lo contrario es posible que haya en su sangre una herencia de debilidad ocular. Pero tener otra opinión quizá facilite las cosas para todos. Sacrificar un caballo no es del gusto de nadie.

—Ah, ya estamos —dijo la señora Lombe con tono neutro y paciente. No miró al veterinario, sino a las profundidades del fuego, para encontrar la resolución que buscaba; contempló con calma, con resignación masculina, las vacilantes llamas, pero fue al veterinario, el otro único discípulo de la cordura en aquella sala, a quien habló—: La consanguinidad será la tragedia del país antes de que seamos capaces de reconocerlo. Basta ver a nuestros mejores perros, enloquecidos de histeria por haberse criado en la endogamia generación tras generación. Dicen que es seguro que la madre engendre con el hijo o el padre con la hija, pero no entre hermanos ni entre primos primeros. Pero ¿adónde nos llevan estas reglas generales? Aquí tenemos un caballo de caza con un historial de debilidad ocular, un historial por partida doble si consideramos su consanguinidad, y nadie —dijo, pero no miró a su marido— lo habría tocado ni con un palo si se hubiese tomado la molestia de consultar su pedigrí y hacer que pasara una revisión veterinaria. No estoy defendiendo la importación generalizada de perros y sementales extranjeros, pero haría mucho bien que entrase sangre nueva de las colonias.

Siéntate, Nan, pareces una tonta ahí de pie; no lo dijo en voz alta, pero la joven miró de pronto a ambos lados, perpleja, y luego se sentó vacilante. Enseguida, y por primera vez, el padre se volvió para mirarla a la cara y tomó la mano de su hija entre las suyas.

—Creo que deberíamos mencionar la cuestión del patriotismo —siguió la madre, y verlos ahora a los dos de la mano, sentados tan cerca en el sofá, tan invulnerables y graves como estatuas o figuras de cera, le causó un furia intensa e inexplicable. Sintió que le subía el calor por la cara y se apartó irritada del fuego, pensando que palabras como patriotismo, purasangre y pedigrí, un buen pedigrí, los fustigarían si tenían sentimientos naturales—. Este país es la patria de los purasangres, solía decir mi padre —dijo mirando los hombros y las fuertes piernas de jinete del veterinario, envueltas en las polainas—. Probablemente lo conozca por su reputación, en Chelton habrá oído hablar del mayor Husen, aunque eso fue antes de que usted llegase aquí.

Me he preguntado a veces si un hombre no nacido ni criado en Gran Bretaña puede tener talento o saber realmente de caballos. —No miró a su marido sino al veterinario, que levantó inseguro la cabeza, la miró y separó los labios, pero en lugar de hablar tragó saliva, la zona del cuello sonrojada de forma permanente y cubierta de una barba incipiente, blanca como el pelaje de una cerda—. El mayor Husen…, tu abuelo, Nan —añadió como adusto reproche—, luchó año tras año contra la exportación de nuestros purasangres clásicos, luchó con uñas y dientes, fuera y dentro de temporada, hasta que pasó de los setenta. Asistía regularmente a las ventas e intentaba por todos los medios mantener a nuestros ganadores clásicos a este lado del charco, lo que consiguió en numerosas ocasiones. Se pasaba las noches de invierno en casa leyendo el registro genealógico equino hasta sabérselo de memoria. Los conocía tan bien como si fuesen de sus propios establos, esos sementales y yeguas de primera que, por el bien del país, no debían perderse en criaderos extranjeros. —Se dio la vuelta apartándose del fuego, las rodillas todavía separadas, y los miró, al padre y a la hija, con ojos orgullosos y decididos, pero también irremediablemente derrotados—. Un año evitó que Navan Flyer fuese a Argentina y al siguiente que perdiésemos a Phronella frente a Alemania. ¡No temía dar la cara y decirles lo que pensaba! —exclamó, la cabeza levantada, orgullosa y patética, y la lengua en la boca juzgándolos despiadadamente por la debilidad y la feminidad, mucho peor que el sentimiento, que los mantenía sentados silenciosamente en el sofá, cogidos de la mano—. Él mismo se trajo a Peacemaker a su propio criadero, y el discurso que pronunció en la feria se publicó en todas partes. «Las ofertas tentadoras, sobre todo de extranjeros —citó con el tono exacto de irritación y cortés desprecio en la palabra “extranjero”— parecen naturalmente difíciles de rechazar, pero gracias a Dios hay al menos aquí, entre vosotros, un inglés de sentimiento patriótico, y gracias a Dios, ¡la determinación de un solo inglés basta para mantener a un buen caballo en su terruño!».

(Un verano, quizá en la época en que Candy volvió a casa borracho después de comprar ganado con cuernos en lugar de las Galloway o las Red Poll, yo estaba arriba en la cama, quizá tendría entonces diez u once años, y Candy salió al jardín y se tumbó en la hierba, a oscuras. Esa fue la primera vez que salí por la ventana, crucé el tejadillo del porche y bajé por la cañería, y, aunque había estrellas, estaba oscuro y no veía bien, supe que Candy se había echado cerca del seto quizá porque otras veces, desde hacía meses o años, ya sabía que se tumbaba ahí aunque no lo viera; quizá mientras yo dormía lo había oído, año tras año, abrir la puerta de abajo y salir cuando estaba borracho, y recordaba, como en un sueño, todas esas veces que lo había hecho. Yo no llevaba zapatillas, solo el camisón, y manteniéndome alejada de las luces amarillas de la casa que se proyectaban en el jardín, corrí por la gravilla y la hierba hacia donde él estaba de espaldas, meciendo el cuerpo y con las manos en la cara, lamentándose. Mi madre estaba dentro, yo sabía que estaba dentro tejiendo, aunque no la veía, y sonaba la radio, y quizá Candy no me vio allí, pero en cualquier caso supo que había alguien sentado a su lado, y empezó a murmurar con voz llorosa:

«Quiero a mi mujer. Quiero a mi verdadera mujer. Quiero que mi joven mujercita salga y me cuide y me salve de lo que soy. Quiero que vuelva ahora, mi pobre y flaca mujercita agonizante; quiero que suba la montaña conmigo como antes, quiero que se canse y no pueda seguir y tenga que sentarse y echarse a mi lado, sobre las agujas de los pinos. La quiero, quiero que vuelva —dijo la voz a la que quizá esa misma mujer nunca había oído llorar ni gemir, con las manos en la cara—. Allí, muriendo en plena juventud, viviendo en un sanatorio cuyos balcones daban al sol —dijo no a mí, sino a quienquiera que estuviese sentado a oscuras en la fría hierba, a su lado—. Construyeron un café-bar en la acera de enfrente, al que los enfermos podían llegar con facilidad; antes de morirse, podían bajar al vestíbulo y cruzar la calle si nadie los veía y sentarse en un taburete si les quedaban fuerzas, y tomarse una o un par de copas para que después, esa noche, la muerte no los encontrara demasiado sobrios. —Empezó a temblar por el llanto, sus hombros y sus brazos levantados y su cuerpo temblaban, y las manos seguían cubriéndole la cara mientras se mecía en la hierba—. Solía sentarme a esperarla allí, mirando en el balcón del otro lado de la calle la cama donde ella se acostaba, mirando la puerta del café por donde ella entraba, y viendo la nieve en las ventanas todo el verano, esperándola y esperándola como un loco, mi pobre chiquilla, mi pobre y joven esposa agonizante».

Era una historia que yo nunca había oído antes y me quedé allí en camisón, tiritando, escuchándola, apretando los dientes y temblando porque entonces supe que yo no significaba nada para él; antes había existido esta mujer, esta chica, esta otra esposa de la que nosotras nada sabíamos y que ahora que estaba borracho él sacaba de la cama y de la tumba para vestirla con los harapos de sus recuerdos. Yo ya no era su hija porque no había sido hija de ella, yo no era nadie porque no compartía nada de ellos, yo era solo una cualquiera sentada allí cerca, en la oscuridad, para que él repitiera lo mismo, una y otra vez. Al pensar en ella, tuve que morderme la mano para que mis dientes dejaran de castañetear, y lloré, en parte por ella y en parte por lo que había creído que era para Candy antes de saber de ella.

«¿Por qué lloras? —me preguntó él poco después. Se había apartado las manos de la cara y me miraba aunque no podía verme en la oscuridad, tan solo distinguía el borroso camisón blanco y mis brazos alrededor de las rodillas—. No tienes ningún motivo para llorar. Tú no has perdido nada —dijo, y yo le dije sí, he perdido algo. Lo dije con los dientes apretados, sin sonido, he perdido algo que creía que tenía».

Él contó la historia una y otra vez hasta que yo podría haberla repetido sin cambiar ni una coma o escribirla palabra por palabra en un cuaderno, y ya entonces, esa primera noche que la escuché, supe qué aspecto tenía él aquel agosto cuando subía por el camino de la montaña con su caja de acuarelas, y el aspecto que tenía ella, la joven delgada en el balcón del sanatorio construido allí para los enfermos, cuando lo vio por

primera vez y dejó caer la pequeña pluma verde de una boa o de un plumero porque quería que él alzara la vista y sonriera.

Allí sentada, en camisón, lloré clavándome los dientes en un lado de la mano, lloré en la oscuridad por su belleza y su enfermedad y su muerte. Él, ya sin moverse, me contó el resto de la historia, y yo estuve un buen rato sin entender.

«La perdí. Nunca la conociste joven y enferma. Tú conociste a alguien que llegó mucho tiempo después».

Durante los cinco o seis años posteriores a su boda, él dejó de pintar para llevarla de montaña en montaña y de sanatorio en sanatorio; y entonces empecé a comprender que ella no había muerto, que no podía haber muerto porque la habían curado; quizá gracias al dinero que tenía, mucho dinero de su padre, criador de caballos, o quizá por haberse casado por amor, o quizá porque dio a luz a esa niña que ahora escuchaba en la oscuridad, se había curado de por vida, de modo que pudo suceder a su padre en el negocio y seguir con la cría de caballos. Y Candy volvió de nuevo la cabeza, apoyó un lado de la cara en la hierba y siguió, con el habla espesa por el alcohol:

«De vez en cuando, alguna que otra vez, cuando se despierta por la mañana o cuando lee a solas en una habitación, conserva algo, algo en su nuca o en su muñeca o en la forma en que le crece el pelo, pero por lo demás es como si hubiese muerto. ¿Entiendes lo que te digo? —dijo, su voz deslizándose al sueño o al estupor en la oscuridad—. ¿Puedes entender lo que intento decirte? Si ella no hubiese querido volver aquí a vivir en este país, quizá nunca habrían existido las dos, es decir, la que yo conocí primero y tú no, y la otra que ahora está sentada en esa casa. A veces, cuando vuelvo a casa y he bebido un poco o no hay mucha luz, veo a mi joven esposa muerta sentada en la sala y me acerco con sigilo para no asustarla, y la rodeo con mis brazos antes de que tenga tiempo de volverse y empezar a hablarme, y yo de volver a saberlo —dijo, y las palabras me llegaron despacio por la hierba mientras su lamento ebrio y lánguido se deslizaba hipnóticamente al sueño —. Lo he sabido una y otra vez y no quiero volver a saber que no hay juventud y madurez, que solo hay vida y muerte»).

Ahora él levantó la vista del sofá para mirarlos; desde el otro lado de las figuras de Dresde dirigió una mirada animada y agradable a su mujer y al veterinario, que observaba con perplejidad el sucio destrozo que sus zapatos habían causado en la alfombra. Candy Lombe podría haber sido solo el hombrecillo animado, de tez lozana y bien vestido que sostenía la mano de su hija, de nariz corta, bonita y estrecha, la boca blanda bajo el bigote bien cortado que empezaba a aclararse, salvo por los ojos que se alargaban hacia las sienes, asombrosamente abrumados por un sueño sin nombre, nunca revelado.

—Bien, la cuestión es que todos intentemos ser lo más razonables posible al respecto —dijo dirigiendo a su mujer una mirada alegre, casi sociable, como si acabara de conocerla ese día tomando el té y quisiera causar una buena impresión—. Naturalmente Nancy quiere que hagamos todo lo que esté en nuestra mano antes de llegar a una decisión definitiva sobre Brigand. Creo que la sugerencia de Penson de que…

—Pero un caballo ciego, un caballo con una ceguera incurable —empezó a decir la madre, pero entonces, como si Candy, en lugar de mirarla desde el otro lado de la porcelana de Dresde, hubiese pronunciado su nombre, o hubiese pronunciado un nombre específico que hubieran usado mucho tiempo atrás en otro país y tuviese una profunda importancia, ella dejó de hablar.

—¿Acaso te gustaría? —gritó de pronto la chica—. ¿Cómo te sentirías si cuando estuvieras enferma los demás quisieran…? —Se sentó en el sofá sin mirar a nadie, la vista ferozmente clavada en la tela oscura de su falda, la cara blanca, sus dientes mordiendo el trémulo sonido del llanto—. ¿Y si porque ya no puedes ver, o ya no puedes comer, o…, o…, si ya no te quedaran fuerzas para nadar… o subir una montaña sin…, sin quedarte sin aliento y tuvieras…, tuvieras que pararte a descansar, y si…?

—Calla, Nancy —dijo Candy con suavidad, sosteniendo la mano tiesa y firme—. Calla, Nancy.

—¿Y si te pusieras enferma y nadie…, nadie viniese a cuidar de ti, si solo dijeran «Métele una bala en el cerebro», te gustaría morir? —siguió la voz tensa y entrecortada—. ¡Cómo iba a gustarle morir a alguien que aún es joven y todavía no está preparado para eso! Cuando en otro tiempo tú eras una mujer joven y enferma, no hubieses estado dispuesta a morir solo porque personas mayores decían que no ibas a curarte y que lo mejor era pegarte un tiro —dijo mientras las lágrimas empezaban a bajarle por la cara, pero todavía sin mirar a nadie—. Tú no lo habrías aceptado solo porque unas personas que no te querían dijeran que era lo más amable…

—Calla, Nancy, calla —dijo Candy acariciándole la mano.

El veterinario se levantó, carraspeó y sacó el reloj que llevaba en el bolsillo del chaleco, miró la hora y volvió a guárdaselo.

—Si deciden que quieren que llame a Londres —dijo abrochándose la chaqueta con sus dedos grandes y rechonchos, y la señora Lombe respondió:

—Ha tenido una paciencia extraordinaria con nosotros, señor Penson. Le haremos saber la decisión que tomemos… —De pie, alta y resignada, lo miró con ojos cansados—. Supongo que no sabrá cuánto cobra un veterinario de Londres por venir hasta aquí, ¿verdad? —le preguntó.

4

A finales de semana llegaron los dos: el veterinario de Londres y también de Londres la carta del irlandés. Después de todos esos meses, llegó la carta diciendo que había vuelto de España hacía diez días con una herida en el brazo, y que le gustaría verla pero que no sabía si esa era la dirección correcta o si aquella tarde ella le había dicho que se llamaba Nancy o Nellie Lombe. «Le dijo a la señora Paddington de Florencia que quizá volvería a casa en verano, por lo que pruebo suerte, si es que me recuerda», había escrito, y también Señorita N. Lombe en el sobre, con caligrafía rápida, tímida y nerviosa. Nancy guardó la carta bien doblada en el bolsillo de su jersey, sujetando los extremos con fuerza entre los dedos, cuando salieron y siguieron al veterinario de Londres de camino al establo, la gravilla limpia y mojada donde había llovido por la mañana, aferrándose a ella como si la simple inflexibilidad del papel bastara, independientemente de lo que decía. La madre y el veterinario de Londres caminaban algo adelantados y Candy seguía en la casa, donde le había gritado desde el otro lado de la puerta del baño:

—Nancy, tu viejo padre sigue con sus abluciones —su voz, amplificada por la profundidad del agua en la bañera y el eco de los azulejos, asombrosamente clara y fuerte—. Os alcanzaré cuando haya terminado —añadió, y el sonido del agua borboteó en el espacio. No dijo en voz alta ni se lo articuló siquiera a su blando cuerpo desnudo inclinado en la bañera: No cruzaré ese camino ni entraré en el establo para oírlo, sino que lo evadiré quedándome aquí, envuelto en espuma de afeitar tan fragante como la primavera. No dijo: Me da miedo ir.

El veterinario de Londres ya no era un hombre de campo sino que se había convertido en un anciano próspero como la figura aceptada del capitalismo en una caricatura política: ahí estaban los carrillos bien alimentados y la barriga y las manos peludas y regordetas. Entró de inmediato en la cuadra del caballo de caza con la respiración congestionada goteándole por la nariz, y una vez allí le subió los párpados; primero una perla apagada asomó entre los pulgares del veterinario y luego la otra mientras el caballo levantaba la ciega cabeza y la apartaba, cauteloso. La cálida luz amarilla y brumosa que entraba por la ventana iluminó el pelo cano y las gafas del veterinario mientras él decía, no a los conceptos y percepciones del caballo, sino a su oído intuitivo: «Habrá que sacrificar a este pobre muchacho». Miró el ojo lechoso del animal y dijo que el veterinario local podía encargarse, ya que él no había venido preparado. Y la madre, plantada sobre el lecho de avena del establo, dijo que habían prometido darle tiempo a la dueña para decidirse, que le habían prometido esperar un poco.

—Mi hija —dijo de la chica que estaba detrás de él y detrás del caballo, fuera de su campo de visión, aferrada a la carta del bolsillo y oyendo la respiración que se congestionaba en la nariz del hombre, mientras aquello continuaba según habían leído en los manuales: si el tirador tenía dudas o si iba a hacerse cargo un novato, había que trazar una línea de tiza sobre la frente del caballo desde la oreja derecha al centro y de la oreja izquierda al centro, y cruzar con otra línea vertical el punto de unión.

—No sé por qué hay que hacerlo, no lo comprendo —dijo la chica con una voz ronca, trágica y joven que surgió súbitamente de las sombras del establo.

El veterinario no se volvió para mirarla cuando dijo que el lugar donde había que apuntar y disparar era la intersección exacta de las líneas de tiza, el inconfundible centro del hueso frontal entre los ojos.

—No —dijo la chica, esta vez solo a media voz—. No.

Pensó Esto es una ilusión y en realidad es de noche y yo no estoy protestando despierta porque estoy acostada, dormida en la cama, con esta carta en mi mano debajo de la almohada. No es el veterinario quien respira así por la nariz, sino que se trata de mi propia respiración. Estoy durmiendo en la cama y estos son los monstruos de la infancia: el reptil disfrazado de autoridad con un traje de lana azul oscuro con caspa en los hombros, la forma que mi madre ha adquirido, un monumento erigido a todos los miedos infantiles. Digo «No, no, no» en sueños, y ellos no pueden oírme. El olor a heno y a caballo es solo un recuerdo y la luz es fría y borrosa como la luz de un recuerdo reciente mientras la marea de la respiración sube y baja, sube y baja con las profundas y extrañas maquinaciones del corazón dormido. Si no se le puede devolver la vista a un caballo, no solo a este sino a cualquiera, al caballo de mejor y más fastuoso pedigrí, se le entrega a la muerte mediante un tercer ojo en la frente, se le ofrece un atisbo del paraíso a través de un agujerito de bordes negros. Se hace por el caballo, no por el dueño ni por el mundo; se hace por el animal flaco de patas misteriosas y boca suave que, mudo de pánico, se tambalea de oscuridad en oscuridad. Le quiebras la frente de un solo disparo como el puño de un hombre fuerte quiebra los frágiles paneles de una puerta para que entre la luz, y el constante sueño de la nada en su inconstante mundo de piel trémula, hombros elásticos y orejas elegantes se hace añicos ruidosamente, como cristal en la oscuridad. Estás despierto, Brigand, mueve la crin. El sueño de tu ceguera ha terminado, querido. Ya no estás ciego, estás muerto.

—¡No! —gritó llevándose los nudillos a la boca—. ¡No! ¡No lo harán! ¡No lo permitiré!

Salió corriendo del establo, jadeante pero todavía sin llorar, y subió por la gravilla casi seca, algo humeante, en dirección a la casa. Detrás siguió la conversación, armada ahora con una compasión eficaz e implacable: traer a los mozos, al veterinario local, a los cazadores para que le cuenten sus experiencias con

caballos ciegos o lisiados, darle un libro para que ella pueda entenderlo con la perspectiva adecuada. Si el caballo es suyo, aplacemos el asunto un par de días hasta que lo comprenda bien y del todo: la compasión primero y después la necesidad. Decirle que no se le puede enseñar a un caballo a que asuma su ceguera porque su mundo es pura visión, y pronto ella lo aceptará, verá la humanidad de hacerlo cuanto antes. Ah, tendrá que aceptarlo, por el bien de todos; no somos un hospital para tullidos y necesitamos el espacio para el negocio que intento sacar adelante contra viento y marea. Contra Dios, casi, pero en cualquier caso contra el hombre que seguía encerrado detrás de la puerta del baño, silbando.

—¡Ya voy! —gritó cuando la chica aporreó la puerta—. ¡Ya voy, Nancy!

Se apoyó desesperada contra la puerta justo antes de que él la abriera: primero oyó que cesaba el silbido, luego que la llave giraba en la cerradura y después lo vio allí, con los labios fruncidos para iniciar de nuevo la melodía, pero los ojos, a través de la bruma del baño, retrocediendo ante el desastre y refugiándose en su azul extraño y narcótico. Tenía las manos levantadas para ponerse colonia por el pelo, las mangas de felpa habían resbalado por sus brazos llenos y femeninos hasta los codos, y ella se le echó encima llorando.

—¡Lo harán si no los detienes! ¡Van a hacerlo si no los detienes!

Las lágrimas cesaron en cuanto oyó su voz pronunciando aquella verdad. Por un instante creyó que la fuerza era algo que se podía dar o tomar, que se la podía dar Candy o cualquier hombre, o que podía tomarla de la carta del irlandés. De pronto empezó a verlo como era en realidad, como lo vería un salvaje que luego lo dibujase con el jugo de unas bayas o algún color igual de primitivo, o lo bordase con cuentas o hilo en una tela: la pequeña isla solitaria y desamparada del yo, fuera del alcance de la voz o del nadador, entre las dispersas islas inaccesibles de los otros seres. En las tres noches posteriores a la carta del irlandés en que el caballo seguía vivo, vio ese paisaje desolado y las aguas inabarcables que lamían eternamente las islas incomunicadas, y se tocó los huesos que estaban en la cama con ella, los huesos del hombro, del brazo, de la mano, los huesos del muslo que yacían tenaces en su carne y la inexorabilidad del cráneo debajo del pelo. Si hay alguna fuerza, está aquí, en estos huesos, no en correr en busca de la ayuda de Candy ni en escribir: Querido señor Sheehan: Fue una alegría recibir noticias suyas y espero que su herida esté curándose. Me siento muy mal porque el veterinario de Londres al que hemos llamado dice que tendrán que sacrificar a mi caballo. Mi padre ha sugerido que quizá podría usted venir una tarde, que él le recibiría encantado en la estación. Sé que me comentó que entendía de caballos, por lo que quizá…, acostada en la cama de noche, despierta, repitiendo una y otra vez esas palabras que había escrito en papel y se leerían en papel, pensó en el mundo no escrito, no documentado, autónomo del caballo, un mundo de imágenes, texturas y olores, un mundo móvil de innumerables sensaciones crédulas, y así, acostada noche tras noche, una frase que había leído se volvió más clara en el insomnio y la oscuridad de la habitación hasta que su claridad se convirtió en el impulso de levantarse, andar descalza a la ventana abierta y repetir: «Al caballo le asusta el arbusto porque el arbusto se vuelve inesperadamente y mueve una rama».

Se puso el jersey pero no encontró las zapatillas en la oscuridad, por lo que se encaramó al alféizar de la ventana sin ellas, cruzó el tejadillo del porche y se deslizó cañería abajo con el camisón de algodón tirante entre las piernas. Era una noche cálida, por una vez de una tibieza italiana aquí en Inglaterra; hasta la hierba estaba cálida bajo sus pies cuando cruzó el extremo del césped. Como la gravilla le lastimaba las plantas descalzas, siguió andando por la hierba y los arriates, avanzando con decisión hacia el establo, y cuando el camino se curvó, abandonó el mullido césped y lo cruzó a toda prisa aguantando el dolor. Ningún hombre, ni mujer, ni chica, ni irlandés, ni doctor, ni veterinario ni ciencia, ninguna clase de sabiduría humana puede salvarlo ni devolverle la vista, pensó mientras abría el portón; se quedará ahí temblando, paralizado por el miedo, en ese estado de ceguera incurable y terror incurable hasta que lo sacrifiquen. Caminó descalza por el suelo del establo hasta donde estaba el caballo, abrió la cancela de su cuadra a oscuras y lo llamó por su nombre. «Brigand», dijo en voz alta, y sin verlo ella notó el estremecimiento de miedo y angustia que recorría el cuerpo del caballo, aunque este no se movió, quizá por no saber si tenía que desplazarse a la derecha o a la izquierda para dejarla pasar.

No había luz, solo el olor del caballo, el dulce olor a caballo limpio en el aire, y oyó que la yegua de la cuadra contigua despertaba y se movía. Ahí estarás día tras noche, noche tras día, sin distinguir uno de la otra, hasta que se te acabe el tiempo, dijo ella. Lo sintió fuerte como la piedra, vivo, cuando pasó a su lado. Te quedarás aquí, preparándote para morir y temblando de miedo a menos que me escuches. Ella le acercó la cabeza a la curva de su brazo con firmeza, casi sin ternura. Deja que el arbusto se vuelva inesperadamente y te toque el flanco para que notes la bofetada de sus hojas sin ver cuándo se vuelve, intentó decirle, y luego empezó de nuevo: Tus ojos, amigo mío, se te han coagulado en la cabeza. Sin embargo, el camino sigue fluyendo bajo tus pies, la valla sigue inclinándose debajo de ti cuando levantas las patas para saltar, la casa sigue girando en el jardín, mostrándote primero un ángulo y luego otro, los setos no han dejado de fluir como agua, los árboles nunca han dejado de bailar ni las nubes de escorarse. Eres tú, mi corcel, quien tiene que comprender el movimiento sin las limitaciones de la vista, ya que hemos prescindido de esta. Deja que el arbusto te abofetee la cara y reconocerás su presencia igual que cuando lo veías volverse inesperadamente y mover una rama.

La primera noche solo lo sacó al sendero del jardín, guiándolo despacio por la oscuridad con el cabestro. No había estrellas ni viento, los árboles seguían mojados por la lluvia caída durante el día y las hojas del viburno y del laurel rozaban, ligeras y húmedas, sus caras. Ya pasaba de la una de la madrugada, quizá fuesen

las dos, pero en el pueblo cercano no había campanas que diesen la hora como en Italia mientras la joven andaba junto a él, su hombro rozando el hombro del caballo de caza. Ella dijo: La próxima vez me pondré las zapatillas, maldita sea, mientras sentía el dolor de pisar la gravilla, y con ese gran animal que nada veía y a quien nadie veía andando inseguro a su lado, empezó a hacer planes Ella ha dicho que me darán dos semanas. Gracias a Candy, me ha dado dos semanas. Escucharé la explicación de Penson otra vez y también a los mozos, y leeré el libro. Pero ella me ha dado dos semanas para prepararme para la muerte. Tengo eso. En esos quince días pueden pasar muchas cosas.

La tercera noche le puso la embocadura y la rienda, y la cuarta lo llevó por la linde de los potreros y por la vereda que bordeaba el río. Como era estrecha, iban en fila india, la joven delante y el caballo detrás cogido por la rienda, y cuando la orilla empezó a descender ella lo condujo al agua diciendo en voz alta:

—Si conozco este lugar en la oscuridad sin ser capaz de verlo, tú también puedes creer en él, puedes reconstruir la imagen a partir del caos y las ruinas de la memoria.

Pero el caballo se mantuvo alejado del agua; el cuerpo fuerte y monstruosamente ampliado por la noche se detuvo y levantó la cabeza con perpleja inocencia. «Ven —dijo ella—. Ven». El brusco tirón cuando se quitó las zapatillas no lo asustó, como había ocurrido la noche anterior, cuando llegaron a la hierba. «Ven, hombre, ven», le dijo acortando las riendas bajo el belfo tembloroso. La joven se inclinó, sin dejar de sostenerlo, y con una mano cogió agua del río y la acercó a los ollares y le humedeció la boca. «Huélela —le dijo—. Huele el agua», y una pata delantera avanzó con ella, y luego la otra, hasta que el agua le mojó los cascos. Se detuvo con él en la corriente, los pies en las resbaladizas piedras sumergidas, y él alargó el cuello y, cuando aflojó la rienda, bajó la cabeza al olor y al murmullo y al tacto del agua, y ella oyó que empezaba a beber. Le puso la mano debajo del carrillo y notó que la tráquea se tensaba y sintió en la garganta el fuerte paso del agua que entraba, irresistible y potente como una corriente eléctrica, por su cuello y su mandíbula. Al poco volvió a decirle «Ven» y cruzaron juntos el río, el frío del agua en las rodillas, hasta que llegaron a los juncos y terminaron de vadearlo entre ellos para volver a tierra firme. «Ya lo ves», le dijo ella en voz alta, y lo condujo bajo las hayas hasta donde los árboles se espesaban y luego por la maleza, sus pies descalzos encogiéndose por el dolor, pero guiándolo sin vacilaciones. Primero el sendero del jardín de esa primera noche, pensó, y después la hierba y el agua, y ahora los árboles y lo que pisa bajo los cascos dicen: Nada se ha ido, caballo ciego, nada se ha alterado. Cuando llegaron al otro lado, ella volvió a detenerse en la linde y le acercó las ramas del espino a la cara, bajándolas suavemente y dejándolas subir suavemente como velos de un inexplicable sustituto de la vista. Esa noche lo llevó de vuelta por el marjal donde de día se veían los iris amarillos, y el caballo no vaciló, sino que buscó el camino con ella entre las azucenas fragantes e invisibles en la oscuridad.

Durante el día estaba en el establo con la yegua o una potrilla como compañía a dos compartimentos de distancia, almohazado y cepillado, y con el lecho bien cuidado debajo, y el gato entraba por la ventana y se frotaba contra su pata. Durante el día él era eso, el prisionero, el condenado a muerte en su celda al final de sus días, no de una especie que jugase a los naipes o se fumara un último cigarrillo con los guardias mientras esperaba, sino silencioso e inmóvil, una espera absoluta. Pero de noche el portón del establo se abría y se levantaba el pasador y él salía con ella, ciego y maravillado, al mundo infinito, un mundo lentamente reconstituido y recobrado; hasta que llegó la noche en que ella no cogió las riendas ni se las pasó por la cabeza para que se volviera y guiarlo fuera del establo a la oscuridad donde murmuraban los insectos.

Era la sexta o la séptima noche, y una vez embridado la joven pasó por delante, abrió la puerta de su cuadra y allí sola le dijo: «Vamos, guapo», con voz desenfadada, pero mientras esperaba en la absoluta oscuridad del establo, su corazón empezó a temblar. Tenía las manos bajas, pegadas al cuerpo, y los ojos estaban cerrados como puños en su cara; apenas se atrevía a oír los confundidos pasos de los cascos que buscaban la posición mientras el caballo se daba la vuelta sin percibir en realidad sonido alguno, pero como si pudiera oír lo que pasaría si vacilaba y no conseguía encontrar la estrecha salida. Le pareció que pasaban horas —fue menos de un minuto—, pero por fin el caballo salió de la cuadra y su ollares aparecieron olfateando el aire, buscándola, el ruido de sus cascos cambió del rumor del ladrillo amortiguado por la paja al golpear seco en la madera, y entonces le rozó el hombro con el belfo.

—La noche está negra como el betún —le dijo mientras lo sacaba del establo—. Veo tan poco como tú —añadió tiritando, como si sintiera frío.

El irlandés respondió enseguida, empezando con un solemne «Querida señorita Lombe», y ella le enseñó la carta a Candy.

—No puede venir debido a su brazo, por los vendajes —le dijo.

Candy había ido por la mañana en autobús a Pellton para comprarse dos novelitas de detectives en el Woolworth's de Fore Street, y se había sentado en el porche, en la butaca india de respaldo en forma de abanico, para leer Muerte por capricho en una paz suave, bien afeitada y provista (porque eso lo ayudaría a matar las horas de la tarde y parte de la noche, esa historia que no trataba en absoluto de personas, sino de las habituales falsificaciones: detective, familia, médico, cadáver). En una esquina de la mesa de ping-pong estaba la otra, Asesinato inminente, todavía limpia y maravillosamente sin leer (instrumento preparado para sumirse, mañana por la tarde y noche, en un nuevo estado de insensibilidad atemporal).

—Dice que le gustaría conocerte, pero que no puede venir —siguió la hija—. Aunque, mira, vuelve la página. —Y la volvió por él—. Mira lo que dice de los caballos.

Las rosas trepadoras, sus hojas y los nuevos capullos enmohecidos de forma uniforme crecían

precariamente a su alrededor, ascendiendo sin florecer por el emparrado oxidado. La tarde era gris y apacible, un día cálido y pesado como el hierro, los espinos y los arces inmóviles en el jardín. Las abejas solitarias que se dirigían zumbando a los negros coágulos de rosas que se abrían con esfuerzo resultaban tan incongruentes como si unos colibríes intentaran libar néctar de unas flores de granito. Candy dejó su novela de detectives abierta y boca abajo sobre la mesa de ping-pong y miró la carta que tenía en la mano.

—«He visto y he montado a menudo caballos con leucoma, con cataratas (muy comunes) y caballos ciegos de un ojo, y sé de un par de casos de caballos de caza que se quedaron totalmente ciegos debido a un accidente. Pero no los sacrificaron, sino que los pusieron a trabajar en el campo, donde…».

Candy dejó de leer en voz alta, pensando Si él viniese, lo recibiría en la estación, en Monkton o en Eastleigh, y si llegara en el último tren, el pub ya estaría abierto y entablaríamos conversación delante de una copa, y durante esa media hora hablaríamos como hombres. Solo durante esa media hora antes de volver aquí, a la casa, seríamos dos hombres que hablan juntos, hasta que él me viese por lo que realmente soy, el único defecto, el único error, tan fuera de lugar como los inútiles, los ociosos, los pusilánimes están fuera de lugar en un decorado de coces, galopes y cópulas; tan fuera de lugar como lo está el desgraciado sin blanca, una vez desenmascarado. Si él viene, al principio mi ropa (como la de otros hombres) y mis modales servirán para engañarlo, durante la primera media hora y la primera copa; pero verá la novela de detectives y las horas ociosas en que nadie acude a mí, ni subordinados ni iguales, en busca de autoridad o permiso, y para terminar verá el vaso vacío debajo de la butaca.

—Continúa —dijo la joven—. Lee el resto.

Y Candy, pensando en la novela de asesinatos y el vaso vacío como arma e insignia, siguió leyendo en voz alta:

—«No los sacrificaron, sino que los pusieron a trabajar en el campo, donde cumplieron muy bien. No sé nada sobre la retinitis».

La madre salió por la puerta del comedor al porche de piedra, la cesta con la palita colgando del brazo y el rastrillo y sus viejos guantes de jardinería en las manos. Se paró como si las rosas y no las palabras la hubiesen detenido y tocó las hojas afectadas por la roya con la punta de las tijeras de podar.

—«Supongo que es una dolencia poco habitual —siguió la voz de Candy—. Solo sé que la retina es la parte del ojo que nos duele cuando pasamos bruscamente de la oscuridad a la luz».

—¿Quién es? —dijo la madre en un tono despreocupado. Se quedó como una desconocida a su lado, bajo las rosas enfermas, mirándolos con los ojos perspicaces y curiosos del humano que encuentra, o intenta encontrar, la mirada fría y enigmática de los ojos grandes y vidriosos de su marido e hija. El padre levantó la vista, carraspeó y sonrió con un leve amago de audacia bajo el pulcro bigotito.

—Es el señor Sheehan —dijo animadamente—. El señor Sheehan, que ha dado señales de vida.

—¿Quién es el señor Sheehan? —preguntó la madre sonriendo con amargura a las hojas con manchas oscuras.

—Es irlandés —dijo Candy volviendo la hoja de la carta, como si el sello de su nacionalidad quizá apareciera allí, bien visible—. Un joven muy enérgico…

—Lo conocí en Florencia —dijo la chica. Se quedó inmóvil junto a la mesa de ping-pong, los ojos quietos, los labios quietos, las manos y los brazos desnudos, blancos y esbeltos, colgando sin moverse de las grises mangas del jersey.

Ahora no sé nada de ella, nada, pensó la madre amargamente. La miró buscando encontrar y atraer los ojos de su hija, pensando Ah, sí, aquí estoy tal como me ves, la mujer mayor que ya no tiene tanta memoria, la comandante del barco que habría naufragado si no me hubiese calzado las botas de hombre y me hubiese engalanado con todos los símbolos y atuendos de la masculinidad, una vieja ahora demasiado gorda para toda la parafernalia asumida de forma permanente que debería llevar un hombre, no una mujer.

—Eso es interesante, pero no tienes que mostrarte tan misteriosa al respecto —dijo en voz alta.

—No estoy misteriosa —dijo la joven, y muy a su pesar empezó a temblar, no solo los huesos y la carne, sino hasta que se le desmenuzó la mismísima médula. No se le puso la piel de gallina, pero sentía que su corazón, su misma sustancia, se estremecía dentro de ella, y le castañeteaban los dientes en la cabeza.

—Sí que lo estás —dijo la madre, y la mano que sostenía las tijeras también tembló—. Llevas un tiempo tramando algo; sabes muy bien que estás tramando algo que no quieres que yo sepa, Nan.

—Dice en la carta que los caballos ciegos pueden trabajar en el campo, y si un caballo ciego puede trabajar en el campo, entonces también puedo montarlo, puedo enseñarle —dijo la chica. Se quedó mirando a lo lejos, inmóvil y silenciosa, más allá de su madre y del jardín, más allá del día incluso, a ese objetivo irresistible, quizás a semanas o meses de distancia, percibiendo casi visualmente el plano de victoria sobre el que el caballo cabalgaría ciego, de vuelta a casa, aventajando a los purasangres de ojos nítidos, saltando los obstáculos más altos y las zanjas más amplias—. Sé que puedo enseñar al mío —dijo temblando ante la visión todavía imperfecta de la verdad—. Puedo sacarlo un poco cada día, cada vez un poco más de tiempo…

La madre alargó el brazo, cogió la carta del irlandés de la mano de Candy y dijo:

—No permitiré que montes un caballo ciego y que os matéis los dos, tú y el pobre animal. Gracias a Dios, hay una forma más humana de acabar con esto.

—Brigand no es «esto» —dijo la chica—. Es «él». Deberías hablar de él en tales términos.

—Está castrado —dijo la madre—. No hace falta halagarlo dándole un sexo. —Volvió las tres páginas de la

carta de Sheehan y añadió—: Ha encontrado tiempo para escribirte un montón de disparates este joven caballero tuyo. —Y con esa voz extrañamente paciente y afligida a un tiempo, el pulgar en el cuero roto, desvaído y embarrado del guante que sostenía la carta, leyó las frases de la última página—: «Es más fácil cambiar bruscamente la receptividad que un animal tiene del mundo porque en su existencia bidimensional todo penetra desde el exterior. Para los animales, es un nuevo sol el que sale todas las mañanas y una nueva mañana se inicia con cada amanecer. Es solo el razonamiento humano el que insiste en que sale el mismo sol o mengua la misma luna. Eso es lo que Rostand no entendió de la psicología de Chantecler. El gallo no pensaba que despertaba al sol con su canto. Para él, el sol no se va a dormir, se va al pasado»*. Todo un intelectual, tu señor Sheehan —dijo la madre sin rencor, como si entendiera y aceptara el fin del relato—. «Por lo que de forma natural, y yo diría que con comparativa facilidad, puede darle a su caballo un nuevo mundo de acción ofreciéndole nuevos criterios para los movimientos que ocurren a su alrededor. Creo que es eso a lo que se refería usted, o quizá…» —La madre interrumpió bruscamente la lectura y le devolvió la carta a Candy, que seguía sentado en la butaca india—. Esto no va a llevarnos a ninguna parte.

—Vamos —dijo Candy, y sonrió a las dos con el mismo atisbo de coraje de antes—. En lo referente a lo que nos cuesta el caballo, si yo dejara mi buen tabaco y mis puros y empezara a fumar ese forraje para pipa que tanto me marea, compensaría los gastos de comida y agua del animal durante varios meses. —Su barbillita redondeada se alzó sobre el blando cuello de la camisa y la corbata de punto azul claro, mientras las manos se agarraban con fuerza a los reposabrazos de mimbre de la butaca—. No quiero que Nancy lo monte, no, eso no lo quiero. No quiero que Nancy vaya galopando sobre un caballo ciego, pero sí que podría quedárselo al menos este verano. Puede llevarlo a pasear arriba y abajo por el jardín, si eso es lo que tanto desea, Nan. Ese chico irlandés, el joven Sheehan, parece saber…

—Ah, esa incurable debilidad vuestra, esa debilidad falsa e incurable de los dos —dijo la madre en voz baja y amarga. Contempló las manos cortas e inútiles de su marido que colgaban de las mangas de su chaqueta de hacendado, las uñas redondeadas, limpias y blancas en los dedos infantiles que se agarraban a los reposabrazos de la butaca, y el vaso vacío, bien colocado detrás de la silla—. ¿Mantener a ese animal pudriéndose en su ceguera todo el verano? ¿Qué clase de sentimentalismo es ese? Por el bien de su salud, cualquier caballo tiene que ejercitarse, pero vosotros lo mantendríais ahí encerrado, saliendo a dar tan solo unos pasos por el jardín, ¡y eso le rompería el alma y el corazón! Si seguís así, vosotros dos —dijo aferrándose a su enfado—, tendré que sacrificar a ese caballo trastornado yo misma, con mis propias manos, porque soy la única aquí con la suficiente compasión para hacerlo.

Al décimo día hacía calor, un calor absoluto se cernía sobre el campo y la luna se veía con nitidez por la noche. En la cena, la señora Lombe dijo que dejarían los tusones toda la noche en los pastos más altos, y al pensar o soñar en eso la joven despertó, como solía despertarse ahora, poco después de medianoche; se despertaba de forma súbita una noche estival tras otra como si alguien entrase en la habitación a esa hora concreta y le tocase el brazo y le dijera que ya era el momento. Pensó de inmediato en los tusones que pacían en la hierba y se levantó, se puso las zapatillas y el jersey y se dirigió a la ventana abierta que daba al tejadillo del porche. Si los potrillos están fuera, Brigand también tiene derecho a subir ahí a pacer con ellos y hablarles desde el otro lado del cercado, o incluso llegar a… Incluso estar suelto con ellos, la idea aún no pensada, no pronunciada, estaba tomando forma; no con los potros, llegó casi a establecer como una intención mientras cruzaba el jardín y los parterres en dirección al establo. Los potros juegan como gatos salvajes, pero las potrillas son más tranquilas, pensó sin acabar de decidirse, abriendo la puerta de la cuadra.

Salieron al jardín y esta vez subieron por el camino que llevaba al criadero. El caballo esperó mientras ella abría la pálida cerca pintada y luego la siguió cuando pronunció su nombre. Los edificios principales estaban más adelante, en una elevación, blancos a la luz de la luna: el establo de las yeguas de cría daba al sur, hacia los pastos; los graneros y los dormitorios de los hombres al norte, y, más cerca, a la derecha del camino, la casita del mozo de la yeguada, blanca bajo el techado de paja. Nancy pensó Antes creía que los jinetes y los mozos de cuadra nunca se casaban, como si no fueran hombres o al menos no hombres completos, solo partes de hombre cortadas para encajar en un caballo, pero ese mozo está casado y ahora duerme con su mujer detrás de esas ventanas. Antes creía no que fuesen menos que hombres, sino algo más, como inmortales, jinetes y mozos y cazadores y veterinarios, pero digan lo que digan ahora yo sé más que ellos. Montaré mi caballo, quizá no esta noche ni mañana, pero al final lo montaré. Salieron de las sombras de los abetos y las hayas, salieron de la oscuridad exactamente definida y penetraron en el campo abierto blanqueado por la luna como si fuese la luz del día. Los edificios y la cabaña eran blancos como la leche, y los campos, los pastos moteados por la luna y los setos de endrino estaban envueltos en la quietud cuando ellos se acercaron, la chica y el caballo, pisando la hierba para que esta amortiguara sus pasos, los volviera silenciosos, mientras pasaban ante las ventanas cerradas y salían de nuevo a campo abierto, como dos supervivientes que atraviesan una tierra desvaída, azotada por la peste.

Cerca de los edificios estaban los pequeños cercados donde se llevaba a las yeguas después de parir y también los potreros de las yeguas de cría, más largos y amplios, con la casa situada entre ellos y el norte. Más allá (incluso de niña había notado en aquel terreno abierto los estados de la juventud y su frenesí) se extendían los potreros de los tusones, hectáreas que se perdían de vista en el huerto de árboles frutales. Más abajo, invisible, inaudible, casi fuera del alcance de la luna, corría el río. Los potreros más próximos a los edificios estaban vacíos a la luz de la amplia noche, porque las yeguas y sus potrillos estaban encerrados hasta

que el rocío desapareciera de la hierba por la mañana: dentro de las paredes todavía eran uno, yegua y potrillo; yegua y potrillo todavía compartían en su cuadra el mismo aire fragante a forraje y paja. Durante un poco más de tiempo la yegua y su potrillo seguirían cuerpo contra cuerpo y saldrían por la mañana con sus patas muy juntas; la madre dormía ahora con la cabeza baja y la cría con las patas dobladas sobre el cuerpo y el morro descansando, vulnerable, sobre el pisoteado heno. Todavía no había llegado el momento del destete y el potrillo aún alardeaba de su vientre resplandeciente sostenido sobre zancos, todavía mostraba una actitud orgullosa y rebelde, todavía se nutría con leche de su madre, bebían del mismo cubo de madera y lamían la misma piedra de sal. Pero el momento llegaría, crecería hasta el máximo dolor antes de menguar como en la época del cortejo: los separarían a uno del otro, potro de su madre y madre de su potro, y durante dos días no comerían y solo correrían toda la longitud del potrero buscándose, llamándose, mientras el dolor se apagaba lentamente hasta morir del todo en sus carnes. Durante dos días más no mirarían nada que no fuese el recuerdo del otro hasta que esos rasgos también se desvanecieran, pero cuando el potro bajara la cabeza para volver a comer hierba, una parte de esa arrogancia audaz y fiera ya habría desaparecido para siempre.

La joven y el caballo pasaron junto a las puertas pintadas de blanco y los postes y las barreras que demarcaban los potreros y siguieron subiendo por el camino que discurría entre estos. Y a medida que avanzaban, los potros se fueron acercando a la barreras para relinchar, primero al oír los cascos y luego al ver al caballo de caza a la luz de la luna, y este levantó la cabeza y la volvió hacia aquellas voces agudas. Aquí no, dijo la joven, y tiró de la rienda para que el caballo siguiera avanzando; estos son los machos y son demasiado brutos jugando, te harían daño, pero las voces nítidas y alocadas siguieron llamándolo para que se uniera a ellos. Era mejor a un kilómetro del último gran potrero, allí donde soltaban a las potrillas en noches como aquella, y a lo largo de todo el camino los potros se acercaron a la barrera y los llamaron, corriendo ligeros en parejas por la hierba iluminada por la luna. Solo en la distancia disminuía la potencia de la luna, en los lejanos laberintos de abetos, mirtos y pinos que se alzaban en la ladera occidental, contra el viento. Al principio no vieron a las potrillas, perdidas entre los frondosos tréboles al fondo del prado o dormidas de pie en las tres hectáreas de terreno, con el cuello curvado sobre el de las otras. La joven se subió a la cancilla del cercado y se sentó allí, en aquella noche cálida de apariencia extranjera, con las zapatillas colgando de los pies y el jersey de manga corta desabrochado.

—Ven —dijo, y por un instante el caballo vaciló mientras ella lo acercaba con la rienda, sabiendo, pese a no verla (quizá porque ahora mi voz viene de arriba y no suena a su lado), que había una barrera allí—. Ven —dijo, y él se acercó con cuidado hasta que todo el pecho se detuvo contra la barrera.

La cara larga y absolutamente silenciosa, absolutamente paciente a su lado, el belfo largo y sensible dispuesto a sonreír si se le concediese el don del humor o del capricho, el copete húmedo, a punto de ondularse en aquel aire suave impregnado de rocío. Al poco las potrillas empezaron a acercarse bajo la luz de la luna, primero una y luego otra, ahora en parejas, ahora en tríos, avanzando como ciervos con la cabeza alta y las delicadas orejas adelantadas, hasta que por fin las nueve llegaron cautelosas hasta la barrera, el morro alzado sin timidez para captar el olor y la sustancia de las carnes equina y humana.

Ninguno de los hombres que dormían en las dependencias ni el mozo de la yeguada que dormía en su cabaña los oyeron, pero Apby despertó de pronto recordando los pasos de un caballo que cruzaba la hierba sin galopar, que simplemente andaba tranquilamente por la hierba, junto al camino. Él (que había querido ser jockey, pero solo había corrido en ferias rurales) soñaba con las gorras de colores, las rayadas camisas de raso, los estrechos banderines que volaban en las gradas, y en la rápida pista de los sueños, incluso entre el clamor de los vítores, oyó los pasos amortiguados del caballo bajo la ventana. Cuando por fin se levantó de la cama y abrió los postigos no había ningún caballo a la vista, pero se puso el pantalón y bajó por la escalera de mano al almacén donde se mezclaba el grano, abrió la puerta y salió. Se quedó un rato esperando por si volvía a oírlo y lo oyó, cada vez más lejano, cada vez más débil, como dos manos dando palmas cada vez más despacio, más lejos, más suavemente, hasta que el sonido cesó por completo y él dijo: Hay un caballo suelto en los últimos potreros, y echó a andar hacia allí.

*P. D. Ouspensky, Tertium organum, Knopf, edición revisada, 1922.

5

Pero al menos guardó el secreto, no se lo contó ni a los otros mozos ni a los amos porque callándose solucionaba el problema que había surgido entre él y la chica por la edad del caballo. Ella estaba sentada en lo alto de la cancilla cuando él apareció en el camino; las potrillas galopaban alocadamente el potrero, todas juntas, primero una a la cabeza y luego otra. Y Nancy empezó a hablarle sin volver la cabeza, como si hubiese esperado que él apareciera o como si se lo dijese a cualquiera que pasara por allí y se detuviera a su lado para mirar los animales que galopaban enloquecidos a la luz de la luna.

—Ese es mi caballo, está ahí dentro con ellas. —Tenía los puños apretados y se golpeaba con el izquierdo la rodilla mientras los contemplaba, entrando y saliendo de un recodo del cercado y corriendo libremente por el terreno—. Mi caballo está galopando con ellas, mira, está con las tres últimas, mi caballo ciego galopa…

Las potrillas pasaron resoplando junto a la barrera, los cuellos y los hombros inclinados, las crines al viento, y siguieron pendiente abajo, donde el agua aparecía y desaparecía de la vista; luego subieron por el lado opuesto del campo acercándose como una ráfaga de viento, y el caballo de caza las acompañaba, el cuerpo alto, firme y huesudo estirándose y cimbreándose con ellas mientras galopaban por la hierba.

—Le he quitado la brida y he abierto la cancilla —dijo ella, el puño bien apretado golpeando la rodilla mientras los veía alejarse—. Le he dado una oportunidad y él ha ido directamente a su encuentro. He ganado —añadió sin volver la cabeza para mirarlo—. Los he ganado a todos, incluso a ti, Apby. He ganado.

Patizambo y aparentemente empequeñecido por la posición elevada de ella, Apby siguió apoyado en la cancilla con los brazos cruzados sobre el último barrote y la barbilla encima, con una insolencia casi ajena a las clases sociales, en un lugar y a una hora en que no tenían ningún derecho a estar allí.

—No, no ha ganado, no ha ganado absolutamente nada —dijo inclinándose de manera informal pero insolente por debajo de ella. A continuación quizá se sacaría un cigarrillo del bolsillo del pantalón, lo encendería con una cerilla y fumaría allí tan campante, sin una disculpa ni otras deferencias, y lo dejaría colgando del labio mientras seguía diciendo a la luz de la luna—: No ha ganado porque no le está dando nada a ese caballo, esa no es vida para un caballo adulto, pacer y corretear con las potrillas, corriendo como quizá cien caballos ciegos correrían con los de su especie. Eso no le lleva a ninguna parte —dijo, y ella lo miró de repente como a un desconocido porque no llevaba su sucia gorra a cuadros marrones y blancos y tenía el pelo aplastado por el sueño; vio la cara menuda de perfil delicado del hacedor de caballos, la cara de huesos finos del administrador de su carne, el inevitable custodio de sus intimidades. Ella pensó Quizá a nadie de huesos grandes se le den bien los caballos, solo sean buenos estos medio hombres, mientras él decía—: ¿Qué ha ganado usted si no ha encontrado un propósito para él? Esto está bien y demás, pero no quiere decir que le haya encontrado un propósito.

—Pero ahora ya no hay necesidad de matarlo —dijo ella—. Nadie en el mundo sacrificaría un caballo que puede correr así. Nadie que…

—¿Qué es lo que usted le está ofreciendo? —dijo el mozo de cuadra, la barbilla apoyada en sus brazos sobre el listón mientras contemplaba los caballos que galopaban colina arriba—. No le está ofreciendo mucho dejándolo salir a pacer el poco tiempo que puede. He conocido a unos cuantos caballos y digo que este preferiría estar muerto que en un establo, saliendo de año en año, que es lo que haría. —Las potrillas se acercaron de frente a la barrera, luego modificaron su trayectoria y viraron como una bandada de pájaros, y al hacerlo casi rozaron el cercado, y a la joven se le levantó el pelo de la nuca por el aire que levantaron al pasar, y volvió a caer cuando se alejaron—. La hierba no es siempre un hogar de feliz descanso —dijo Apby—. Está el mes de junio, que es el mejor aquí, y después de junio las moscas empiezan a enloquecer a los caballos, y a partir de mediados de septiembre la hierba tiene menos sabor que el papel.

—Porque lo queréis muerto —dijo ella, la vista clavada al frente—. Todos lo queréis muerto.

El mozo apartó los brazos del listón y rebuscó en el bolsillo hasta encontrar el cigarrillo, que sacó y alisó entre los dedos antes de llevárselo a la boca y encender la cerilla, la chispa luminosa como el fuego de lo que podría ser la misma vida en sus manos ahuecadas un instante mientras la cabeza baja, la boca torcida, se acercaban, y la pequeña mandíbula sorbía con ansia el aire.

—Todo es un sistema, para ti y para el resto —dijo la chica fijándose en cómo sacudía la cerilla para apagarla y tirarla a la hierba—. Tantas cuadras, tanto espacio, tantos hombres trabajando, tanto…

—Dele un trabajo al caballo y yo seré el primero en cuidarlo —dijo él mientras doblaba de nuevo los brazos sobre el listón, el cigarrillo colgando del labio arrogante—. Haga de él un caballo, ya que no puede hacer de él un semental —añadió, su humor ahora más grosero y libre, como si fuese otro mozo de cuadra y no una joven para quien trabajaba la que estaba sentada en lo alto de la cancilla—. Usted le da un trabajo al caballo y yo seré el primero en cuidar de él mañana, tarde y noche —dijo, y ella lo interrumpió:

—No permitiría que lo tocaras.

—Ensíllelo, le diría, ensíllelo —siguió diciendo el mozo. Le dio unas breves caladas al cigarrillo dejando que la ceniza creciera, dejando que ascendiera una fina columna de humo—. Ese caballo es tan raro que hasta puede que se deje ensillar. Ensíllelo y que le demuestre lo que puede hacer. Póngale una brida doble y haga la

prueba.

Ahora las potrillas, como si les hubiesen dado una señal, se apartaron súbitamente del cercado y se dispersaron sosegadamente; tranquilas como las yeguas y con la misma madura sabiduría, agitaron sus crines y bajaron la cabeza para pacer. Solo los flancos y los vientres palpitantes conservaron la huella de su salvaje e insensato abandono, y lentamente, paso tras largo paso, fueron apartándose mientras seguían comiendo. Por un momento, las yeguas se dispersaron en direcciones distintas; el caballo de caza se quedó aislado y rastreando con la cabeza alzada, buscando quizá la visión ahora que el movimiento comprensible había cesado, hasta que, de pronto, dejó de buscar. Tal vez fue el ruido de la respiración caliente y rápida de las potrillas o el chasquido de sus dientes en la hierba lo que llegó a sus oídos y apaciguó el pánico ambiguo de su corazón, pero la chica que lo observaba desde la cancilla vio que bajaba la cabeza fuerte y larga y empezaba a pacer como las otras y a moverse despacio como hacían las otras, paso tras prolongado paso, mientras pacía tranquilamente en la misteriosa luz nocturna.

Al cabo de dos días, Nancy escribió en su carta al señor Sheehan:

«Al principio no fue muy bien porque en cuanto me subía a su lomo el caballo se asustaba y temía avanzar por el camino. Si desmontaba y lo guiaba, él avanzaba solo o me seguía, pero cuando volvía a montarlo se repetía la misma situación. Tanteaba continuamente el suelo con la pata delantera antes de dar un paso o se detenía en seco, quizá porque creía que tenía delante un hoyo que no podía ver. Pero conseguí llevarlo por la larga vereda que bordea el río hasta un potrero donde no había caballos. Es donde sueltan los potros y mide más de tres hectáreas. Cuando Brigand recordaba que no podía ver se detenía bruscamente, lo que podría ser malo si fuese rápido, pero es posible que también acabe superándolo. Estoy enseñándole desplazamientos laterales porque he visto unos cuantos caballos antes que este, y no creo que sirva de mucho sacarlo únicamente a pacer», llegó la declaración de autoridad juvenil y plagio juvenil. «He notado que el potrero no siempre es para ellos un hogar de feliz descanso. Aquí solo tenemos el mes de junio y después las moscas empiezan a martirizarlos, y a partir de otoño la hierba les sabe a papel. Pero un caballo no se siente útil, ni para él ni para los demás, sin una función o un trabajo que hacer, y adiestrarlo para que obedezca puede darle una utilidad, para que a pesar de su ceguera pueda empezar una nueva vida».

De modo que la batalla había adquirido otro aspecto, los bandos se habían alterado un poco. En el lado de la muerte estaba la sumamente eficaz cohorte de la extinción: la madre, los veterinarios, el mozo de la yeguada, la costumbre; y en el otro, el irlandés que le escribía mientras se curaba el brazo en Londres, y Apby, su fiel servidor. Entre esas dos federaciones, Candy vagaba cual víctima de la amnesia, confuso en cuanto al significado del asunto, el nombre olvidado, y solo experimentaba una sensación apremiante, sumida en la perplejidad y desdibujada, pero presente. Al atardecer se detuvo ante la ventana del comedor y tamborileó los versos con los dedos en el antiguo cristal salpicado de lluvia: «Oh, Nancy, Nancy, tu padre que te venera teme que las circunstancias lo requieran. O Si alguna vez se te metiera en la cabeza montar un caballo que debiera… O Si alguna vez montaras ese caballo ciego…, aciago, agotado, agostado, estragado». Sus dedos tamborileaban en el cristal siguiendo el ritmo de lo que inventaba, buscando un camino, si lo había, para establecer una tregua entre voluntad y voluntad sin que él tuviese que hacer ninguna declaración ni tomar decisión alguna. Porque aquello debía tener un final, ahora estaba casi convencido, que solo contemplaba una alternativa entre dos muertes: o bien la muerte provocada del caballo de caza o la muerte de la joven si lo montaba, y la amenaza del caballo parecía inminente, el peligro del inhumano poder equino parecía dispuesto a abatir a los intrépidos y audaces y cocear su vida hasta extinguirla. Se quedó tamborileando en la ventana y contemplando el atardecer, el suave atardecer de junio en el que resonaban los desafiantes animales de cuello grande, patas monstruosas y cabezas huesudas que en su locura se abalanzaban contra los árboles (hombres muertos porque sus caballos se habían lanzado intencionadamente, como último recurso, contra las ramas bajas o los mismos troncos, para derribar a sus jinetes); podía verlos, sus piernas destrozadas contra barreras que habían saltado en corto y la caída monumental, gigantescos como ballenas, sobre los cuerpos frágiles e indefensos de los jóvenes que los montaban; los había visto en carreras de obstáculos, en carreras campo a través, en partidas de caza, los mutiladores, los asesinos, atacando a izquierda y derecha y por debajo en su locura, histéricos homicidas de duros cascos que al caer se rompían la espalda en una masa de retorcido tonelaje, se partían los cuellos al desplomarse en las vallas sobre los jóvenes todavía incrédulos, todavía intrépidos, monstruos moribundos matando al morir.

—Tum-ti-ti-tum, tum-ti-ti-tum, ta-ta —tarareó en voz alta mientras el miedo físico empezaba a revolverle el alma. Tamborileó en la ventana con las yemas de los dedos y pensó La mejor historia de caballos que he oído es la del regimiento de caballería que galopaba veloz, de cuatro en fondo, por la calle del pueblo, elegantes jóvenes uniformados que espoleaban sus monturas para mostrar a la población, en particular a las mujeres, su pericia como jinetes. Ah, pero la calle era estrecha, muchachos, y ah, la vanidad, esa corriente fluctuante que desvía el torrente sanguíneo en nuestros corazones, azotaba a los caballos más allá de su capacidad de resistencia: parecía que los ojos reventarían en sus cabezas, la lengua espumearía en sus mandíbulas y sus pulmones estallarían en jirones sobre el andamiaje de sus pechos cuando un percherón y una calesa torcieron por una bocacalle y se dirigieron tranquilamente hacia ellos, despacio porque era verano y el cochero, con los pies sobre el salpicadero, iba medio dormido. Los caballos, recordad, solo tenían quince centímetros de espacio a cada lado mientras galopaban calle arriba, los cuellos extendidos al máximo, las patas estiradas hacia el arma con la que cometerían la matanza; ah, asesinos, depravados, malvados todos,

mirad el percherón avanzando de forma lenta e intermitente como en esas primeras películas del cine, sus cascos parecen oscilar de lado a lado cual pañuelos que se mecen al viento mientras tira de la calesa o la calesa lo empuja calle abajo, mirad las anteojeras a los lados de su cara, si podéis recordar algo tan lejano en el tiempo, y las riendas que cuelgan sueltas porque el cochero ha olvidado, justo antes de encontrarse con la muerte, la brevedad de nuestro tiempo adjudicado, y ved el último detalle, los cómicos pies del cochero apoyados en lo alto del salpicadero. Hacia este vehículo familiar (si se vive en una época de calesas tiradas por caballos), insignificante (si no se admite su integración en el tiempo) e indefenso, avanzaba la caballería, desarmada salvo por la velocidad y el calor y la ferocidad, mientras que las varas del carro, como lanzas bajas portadas por unos guerreros africanos, ya estaban preparadas, apuntando al objetivo.

Malditos caballos, que Dios los maldiga en el nombre de la juventud, dijo Candy, y se apartó de la ventana al ver a su mujer a través de la doble puerta tejiendo junto a la muda radio. Hubo seis caballos menos después de aquella debacle, se dijo complacido Un hombre menos, pues el cochero pereció con las piernas asomando por lo alto del salpicadero, como las patas estiradas de un pájaro muerto, por no despertar a tiempo para elegir, aunque de haber podido, ¿qué habría hecho si solo unos pocos metros lo separaban de la horda galopante? Pero seis caballos menos, dos atravesados por las varas de la calesa, sus corazones ensartados, y cuatro con los hombros rotos y los cuellos pisoteados hasta la muerte en un pánico precipitado, seis menos que ya no se desbocarían ni cocearían ni saldrían en estampida, y los oficiales solo malheridos, solo desfigurados. Su mujer tejía lana rosa y tenía una toalla sobre la falda para que la delicada lana no se manchase, y él pensó «malheridos», qué mágica, qué sonora y agradable, «desfigurados» o «malheridos», las inesperadas prórrogas de la muerte. Candy avanzó hacia su mujer entre las gastadas islas de las alfombras con las manos en los bolsillos de la chaqueta y los pulgares asomando, pulcros por la manicura. ¿Tejiendo qué?, se preguntó divertido. Por el amor de Dios, ¿tejiendo qué? En parte era humor y en parte ternura, y en parte la absoluta, aunque apenas reconocida, percepción de que la ilusión no era el tiempo en sí, sino creer que el tiempo transcurría: ella podía estar sentada veinte años atrás tejiendo algo para una Nancy que aún no había nacido, el mismo atardecer, la misma cena, el mismo crepúsculo al otro lado de las ventanas donde la lluvia se había secado hacía tiempo. Y al mismo tiempo yo empezar lo que sería mi carrera artística, la paternidad accesoria y no la piedra angular de mi vida, imaginando claramente entonces los rasgos ahora apagados y marchitos de lo que tendrían que haber sido honor y triunfos un año simultáneo tras otro.

—Nan, quizá deberías confesarme algo —dijo él acercándose a la última isla donde ella había encallado, y señaló con el pulgar la pálida lana y las agujas de tejer que tenía entre las manos.

Ella oyó la voz en parte guasona, en parte tierna, y levantó rápidamente la vista para mirar la pequeña figura galante con la chaqueta de hacendado y la boquita sonriente bajo el pulcro bigotito, y por una vez no respondió como podría haber hecho. Lo que hizo fue bajar la vista a sus labores y por primera vez le dijo:

—Me habría gustado tener un hijo.

Para ser lo que no soy ni nunca he sido, pensó él de inmediato; para hacer las cosas duras, brutales y masculinas que nunca he hecho ni a una tierra ni a una mujer ni a un animal; no un hijo que lleve mi sangre, sino la suya y la del mayor Husen, pensó, resentido incluso por la sangre paterna en ella; la yeguada, el cortejo y el apareamiento, hacerse cargo de eso, de los partos, de las muertes, el ciclo que se completa y vuelve a las cópulas. Posó la mano sobre el hombro de ella sin pensar en qué palabras usar para decirlo, sino simplemente diciendo:

—Tal vez sean las personas de las que nos rodeamos o nos rodean quienes nos convierten en algo que nunca habríamos sido. Si hubieses tenido un hijo, no habrías tenido que ser tan…, tan… valiente. Quizá esa no sea la palabra, pero quiero decir…

—No soy valiente —dijo ella, la cabeza baja, las manos tejiendo veloces.

—Sí; como yo soy un cobarde, tú has tenido que ser valiente —dijo él—. Descubriste que tenías que ser valiente hace mucho tiempo, demasiado, y ahora ya no sabes tener miedo. Pero voy a cambiar, ya me lo has oído decir antes, esta vez será distinto. Voy a intentar comprometerme más, ser más activo y ponerte las cosas más fáciles. Me gustaría que tuvieras miedo y acudieses a mí asustada, no todos los días, pero sí algunos.

—Tengo miedo —dijo ella, la cabeza baja, los ojos en la labor.

Durante el segundo en que no la miró, él creyó, con la misma absoluta percepción de antes, que el tiempo no transcurría, que pese a las divisiones concebidas por el hombre no retrocedía ni avanzaba, y oyó la voz de ella como la de su joven amor y su joven esposa diciendo:

—Tengo miedo. Tengo miedo por Nan.

La joven trabajaba todas las noches dos horas, a veces más, con el caballo, ahora más rápido porque ya estaban al final de la segunda semana: el medio apoyo durante el primer cuarto de hora en el potrero donde descansaba la hierba cortada y luego el giro sobre el centro como el más simple de los tres giros en equitación. «El apoyo —rezaba el manual que leía en la hamaca— consiste en hacer que el caballo, mientras mantiene todo el cuerpo, desde el morro hasta la grupa, paralelo a los lados del cercado, se desplace lateralmente cruzando las patas delanteras y las traseras. El ejercicio solo debe realizarse cuando el caballo camina bien con la brida. Aplicando una presión fuerte de una pierna un poco atrasada, el caballo se moverá en la dirección requerida. Las dos patas de un mismo lado deben cruzarse con las otras dos (por delante, no por detrás) y entretanto el caballo debe seguir avanzando. Dicho avance se hará, por tanto, en un ángulo de

cuarenta y cinco grados respecto a los bordes del camino o del cercado».

El segundo cuarto de hora lo dedicaba al giro sobre el centro, una maniobra que el caballo hace de forma natural, sin instrucción: la rodilla interior del jinete es el eje, la zona delantera del caballo gira hacia dentro, los cuartos traseros hacia fuera. Hasta el último día de la semana no intentó el círculo en dos pistas, sobre el tercio anterior y el posterior, y luego «una fuerte presión de la pierna interior, que debe estar algo atrasada, y ejercer fuerza en la mano de la rienda», decía el manual. «El caballo debe dar un círculo completo con la cabeza mirando al centro y las patas traseras pasando a lo largo de la circunferencia». O para el círculo del tercio posterior, leyó a la luz tenue y cálida de la soñolienta tarde, con la hamaca moviéndose apenas, sin mecerse, solo desplazándose ligeramente, «una fuerte presión de la pierna exterior delante de la cincha y la rienda exterior, con la mano en el cuello empujando al caballo», y ahora Candy cruzó el jardín deprisa, sobre silenciosas suelas de goma, vestido de blanco como si fuera a jugar al tenis aunque llevaba años sin siquiera pensar en el tenis, pero se había vuelto a cambiar de ropa, más fresca, para matar una hora de la tarde. Se sentó sin hacer ruido, sin pronunciar palabra, en la silla de lona junto a la mesa de latón donde estaba el vaso medio vacío de limonada, y ella levantó la vista del libro para mirarlo antes de que él hablara, y vio la pequeña cara estupefacta que sobresalía del cuello abierto del polo, el color escurrido hasta en la boca. Aunque se había afeitado bien durante el almuerzo, o eso debería, la piel asomaba enfermiza, como si fuese cuero cabelludo, entre unos pelos oscuros e inesperados.

—Penson —dijo tragando saliva, sin mirarla. Sus codos desnudos se apoyaron en los reposabrazos de madera y cruzó los dedos. Ella dejó el libro, cerrado, y se incorporó en la hamaca, y la tela trenzada fue cambiando de forma con su movimiento hasta adaptarse a la forma de su trasero—. A Penson le ha pasado algo —añadió mientras sus ojos se desplazaban de un lado a otro, atrapados en sus cuencas como canicas en un bolsillo—. Anoche casi lo mata un caballo. He visto a su mujer en Pellton, me la he cruzado por la calle cuando salía del hospital. —Su mirada huía de la visión de lo ocurrido, y la joven se sentó frente a él en la hamaca, casi inmóvil, sus piernas desnudas asomando, blancas y esbeltas, por la falda, mientras los pies, surcados de venas azules y estrechos en las sandalias desabrochadas, se mecían justo encima del gastado círculo de tierra que había bajo la hamaca y los árboles, allí donde los pies se mecían siempre—. Cerca de Buxton, creo que me ha dicho. Lo llamaron para que viese un caballo —siguió diciendo, los ojos moviéndose veloces— y los malditos granjeros no sujetaron bien al animal. Era un caballo grande, de tiro, de herraduras muy pesadas, y coceó al pobre Penson en toda la cara. Una punta del talón directamente en el ojo y la otra en el paladar, me ha dicho su mujer, y en cuanto esa mala bestia lo hubo derribado, los peones echaron a correr. Dejaron a Penson allí tirado en el establo, pidiendo ayuda, hasta que por fin un par de ellos recuperó la cordura y volvió para sacarlo de allí…

—Unos tipos muy listos —dijo la joven meciéndose en la hamaca.

—Pero para entonces el caballo le había pisoteado el brazo derecho hasta arrancárselo, y dice su mujer que fue Penson quien tuvo que indicarles lo que debían hacer. «Llamad al médico más cercano para que pare la hemorragia», les dijo —y los ojos de Candy huyeron aterrorizados de aquella visión—, pero el médico le echó un vistazo y dijo que no se atrevía a tocarle el cráneo por miedo a matarlo. «Bien, pues lléveme al Royal Hospital de Pellton cuanto antes», dijo Penson, y su mujer dice que el médico lo trasladó esos treinta kilómetros en media hora. —A Candy le temblaba hasta el aliento, pero continuó—: Penson le dijo al cirujano que le inyectase anestesia local, pero que no lo durmiera del todo porque era una operación que siempre había querido ver. Trepanación, creo que la llaman, solo que esa vez, me ha dicho su mujer, con la diferencia de que no tuvieron que serrarle parte del cráneo porque la coz ya se lo había arrancado, de manera que el cirujano solo tuvo que sacar los trocitos de la frente. Penson hizo que colocaran un espejo para que pudiera verlo, y Penson, ¡el propio Penson, por Dios!, se dedicó a hacer sugerencias.

Sacó la lengua y se la pasó por el labio, pero no consiguió humedecerlo, y ella, observándolo desde la hamaca, pensó No es por Penson que está tan alterado, sino por algo que podría pasarle a otra persona, quizá a mí o quizá a él mismo, algo más personal que el miedo a la violencia teórica porque se trata de una muestra, no solo un ejemplo de lo que le ha pasado a otra persona, sino de lo que podría pasarle a él o a mí, o quizá solo a mí.

—Tres horas en la mesa de operaciones —siguió Candy— y Penson le dijo al cirujano o el cirujano le dijo a Penson, no lo recuerdo bien, que la complicación podría ser una meningitis. Se lo dijo anoche y a las cuatro de esta madrugada reconocían los síntomas. El pronóstico es muy malo —dijo, los ojos todavía huyendo—. La señora Penson dice que no le han dado esperanzas. Si sobrevive será un milagro más, como que haya tenido el valor de permanecer consciente en la mesa de operaciones diciéndole al cirujano lo que tenía que hacer.

—¿Y el caballo? —dijo la joven. Cogió el vaso mediado de limonada y tomó un sorbo, pero como ya estaba demasiado caliente y ácida, hizo una mueca nada más probarla y volvió a dejarlo en la mesa.

—¿El caballo? —preguntó Candy, que por primera vez fijó la mirada en ella.

—¿Qué le pasaba al caballo? ¿Por qué llamaron a Penson para que lo viera? —dijo Nancy meciéndose un poco en la hamaca, las sandalias sueltas que le colgaban de los pies rozando apenas el círculo de tierra pelada —. Supongo que con tanta estupidez el caballo habrá empeorado, porque tendrán miedo de que lo visite otro veterinario. No fue culpa del caballo. Lo manejaron mal.

De modo que ahora, no dijo Candy, los dedos entrelazados con desesperación, ahora tememos por ti, tu madre y yo tenemos miedo, antes ya lo teníamos y ahora lo sabemos con certeza: no debes volver a la cuadra

de ese caballo ciego, no debes cepillarlo ni alimentarlo. No habló, sino que permaneció pálido y perplejo ante ella, los ojos atrapados en su cara. Que Apby o cualquier otro lo haga por ti, pero tú no puedes meterte ahí dentro, no debes, te prohíbo que vuelvas a hacerlo. No puedes entrar en ese espacio reducido tres veces al día y hacer todo lo que has estado haciendo por él. Eso tiene que acabar. No me importa que muera un hombre, que un veterinario muera de fiebre cerebral, que la raza entera de caballos aniquile a la raza humana, pero tú, mi hija de muñecas delicadas y ojos arrobados, tú debes librarte de morir asesinada por una violencia calculada y perversa, por una maldad deliberada e implacable; tú debes permanecer inmaculada como los lirios permanecen puros junto al agua, fragante como las flores de la fruta, y como ellas sin magulladuras, rasguños ni manchas. Él no habló, sino que permaneció sentado frente a ella con su polo abierto al cuello y sus pantalones de tenis de loneta blanca, mirándola con su cara pálida, escuchándola.

—Ella me ha dicho que tenía quince días para pensarlo y lo he pensado —dijo Nancy meciéndose en la hamaca—. Hoy se cumplen las dos semanas y no he cambiado de opinión, o sea, pienso exactamente lo mismo que antes y no permitiré que sacrifiquen a Brigand. Y no lo hago por obstinación, sino porque las cosas no son como antes, ¿comprendes lo que te estoy diciendo, Candy? Dentro de poco podré enseñártelo, pero ahora aún es pronto. Necesito un poco más de tiempo. Y de eso quiero hablarte. Quiero que le digas a mi madre que necesito más tiempo para demostrárselo, quizá con otras dos semanas sea suficiente. Tú estás de mi parte, Candy, y tienes que decirle a mi madre que me dé un poco más de tiempo.

—¿Más tiempo para qué? —dijo él, los ojos deteniéndose, impotentes, en la cara de su hija.

—Para demostrarles que no tienen que acabar con él —dijo ella. La hamaca se mecía de forma suave, rítmica, imperceptible como la respiración—. Con un poco más de tiempo podré demostrarles lo que ha pasado, y entonces ellos verán que no hace falta matarlo. No quiero enseñártelo ahora, quiero que sea perfecto antes de mostrártelo. —La hamaca la acercaba suavemente a él y la alejaba con la misma suavidad—. No me alegro de que Penson esté herido —dijo, los extraños ojos aletargados mirando inmóviles al vacío—. No me alegro de que esté herido, pero si está en el hospital no podrá sacrificar a Brigand. Por lo que quiero que le pidas a ella que me dé más tiempo, solo diez días más, lo bastante para…

—Penson tiene un ayudante. Habrá alguien que lo remplace. No cuentes con eso.

Pero Candy sabía exactamente lo que iba a hacer: al cabo de un rato se levantaría de la silla de lona, cruzaría el jardín y empezaría a decírselo a su mujer, allí donde estuviera, con las manos en los bolsillos, dirigiéndole, para disculparse y desafiarla a un tiempo, esa sonrisa que nada aplacaba. Aunque las mismas palabras que solicitaban la prórroga del caballo incluyesen también una extensión del riesgo de muerte humana, él iría donde su mujer luchaba contra las recalcitrantes rosas o contra cualquier otra manifestación insurgente de vida a la que estuviese escarmentando y se lo preguntaría, sonriendo, aunque de forma avergonzada y servil.

—Pero escúchame, Nancy, ¿y si vuelves a irte en septiembre? —añadió para demorarlo un poco más—. ¿Qué pasaría con ese caballo ciego? ¿Qué sentido tendría dejarlo ahí metido si tú no estás aquí?

—Para entonces él ya tendrá su utilidad, tendrá su propia vida. Ya lo verás.

Candy pensó de pronto Necesito una copa, eso es lo que me hace falta, una copa, y se levantó mirando el reloj de su cálido brazo. Unido a ella, pensó, por ese «Tú estás de mi parte», obligado y comprometido con ella, a mentir por ella, a rogar, a conspirar. Bajó la vista a las piernas desnudas de su hija, a los tobillos y las sandalias desabrochadas sobre el empeine surcado de venas azuladas, y pensó ¿Y si ese caballo te mata de una coz en su pequeña cuadra, y si hace eso?, y dijo en voz alta, mirándola con tristeza y timidez, como si fuera a pedirle un favor en lugar de simplemente intentar salvarla de la muerte:

—Pero quiero una cosa, Nancy. Quiero que me digas que no irás a cepillar y alimentar a ese caballo. Si le pido a tu madre que permita que se quede dos semanas más, mantente alejada de sus cascos. Que sea Apby quien lo limpie y lo saque a pasear. —Se la quedó mirando con expresión insegura, casi humilde, deseando esa copa y al mismo tiempo deseando que ella le prometiera obediencia de forma rápida y sumisa. No ser él quien la hiriese, quien la frustrase, ni siquiera quien despertase lo torvo o lo desafiante que había en ella (eso te lo dejo a ti, Nan, todo tuyo, le dijo mentalmente a su esposa; tú puedes quedarte con cada gota de su resistencia, no quiero nada para mí), ni ver, ahora ni nunca, el reproche en aquellos ojos soñadores—. Lo que quiero decir, Nancy, es que no quiero ver tu cara destrozada, no quiero verte morir en un hospital. Quiero que sigas siendo quien eres y que sigas con el aspecto que tienes. A ese irlandés —dijo, y esbozó la sonrisita— tampoco le gustaría verte cambiada.

Ella se quedó un rato meciéndose en la hamaca con expresión meditativa y los pies colgando, y luego respondió pronunciando las palabras despacio, para que no hubiese posibilidad de error:

—De acuerdo, Candy. Me parece justo. No cepillaré a Brigand ni le daré de comer. De ahora en adelante dejaré que se encargue Apby. Dejaré que Apby lo asee y lo alimente y lo saque a pasear todos los días. Cuando me vaya, mi caballo tendrá que estar habituado a otra persona, así que mejor que empiece ahora. Dejaré que Apby lo cepille y alimente porque tú me lo pides.

6

Primero el señor Sheehan escribió diciendo que su hermana se casaba, y luego escribió su tía: la Honorable Lady Mary Disalt les preguntaba si Nancy Lombe iría a Londres como invitada.

—Ya ves, quieren una doble boda —dijo Candy alegre y descarado en la mesa del desayuno.

—No le metas según qué ideas en la cabeza —dijo la madre. El tono fue ligero, pero miró a la chica de forma discretamente inquisitiva—. ¿Y qué te pondrás? ¿Qué es lo que tienes? —preguntó a la camisa deportiva, el jersey raído y los pantalones de montar demasiado prietos—. Tendremos que ir a Pellton a comprarte algo decente.

—¿Por qué no se pone el leopardo moteado con el encaje color crema? —dijo Candy, y la chica rompió a reír. Se llevó la taza de té a la boca como si quisiera esconder su risa atolondrada pero, una vez en la lengua, el té acabó salpicando todos los platos—. Que se pruebe su vestido tubo de oro viejo con corpiño de fustán —dijo Candy, y el té salpicó la mermelada y la tapa de plata de la bandeja—. O su traje verde esmeralda ribeteado de tul amarillo —siguió diciendo, y la joven gritó:

—¡Para, Candy, para! ¡Qué bobo eres!

—¿O el de terciopelo color pistacho con enagua de mapache? —dijo Candy—. Como decíamos en el colegio, ¿fue Daniel Boone o fue el mapache quien dio su nombre a ese tunante?

—¡Comadreja! —gritó la chica sonrojada por la risa—. ¡Estoy segura de que su gorro era de comadreja!

La madre volvió a leer la carta de la Honorable Lady Mary en silencio, sin terminarse el desayuno, porque ya se veía sentada en aquel estudio lejano y elegante donde se habían escrito las palabras, quizá con una almohadilla secante de cuero rojizo y sin duda en un Chippendale, con el murmullo de Londres penetrando por los gruesos cristales de las ventanas y las cortinas de terciopelo parcialmente corridas, leyendo: «Estaríamos encantados de que llegase el viernes por la noche, el 7 de julio. Naturalmente, iremos a buscarla a Waterloo para acompañarla hasta la casa». Así que solo tenemos diez días, pensó la madre, apenas tiempo para hacer nada; y este escaso margen se debe a que ese presuntuoso señor James Sheehan no se ha decidido hasta el último momento, no sabía si quería que Nancy Lombe asistiera o no hasta probablemente ayer por la mañana. Una boda tan respetable como esta se planifica con tiempo, y la celebración se organiza y se envían las invitaciones con seis semanas de antelación, seis semanas como mínimo, pero está tan claro como el agua que su alteza real no ha decidido hasta última hora que Nancy daba la talla, que Nancy Lombe, la jovencita a la que conoció una tarde del invierno pasado en Florencia en casa de la señora Paddington, estaría a la altura, y entonces ¿no podría escribir la querida tía Mary Disalt a esos hacendados de Pellton que tenían una bonita hija? Le habría costado convencerla porque la lista de invitados estaba cerrada desde hacía meses, pero al final la tía había accedido. Y al menos tenía la elegancia de añadir: «Les ruego disculpen la inevitable tardanza, pero mi sobrino ha retrasado su regreso del continente, por lo que ha sido prácticamente imposible hacer planes con él».

—Nos han escrito con tan poca antelación que lo más adecuado sería rechazar la invitación —dijo la madre, y se metió en la boca la punta de la tostada, bien untada de mantequilla danesa y mermelada de mora; pero todos sabían que la joven iría. Y la madre quizá más que nadie, pues sabía que los amigos, esas personas que encontramos y llamamos por ese nombre milagrosamente transformador, podían cambiar la opinión de una joven y también alterar su vida, sabía que este cambio podría ser la obertura de la conciliación definitiva, la forma de amortiguar por fin el ruido de los cascos, no de un caballo cualquiera ni de todos los caballos en general, sino los cascos de ese caballo ciego en su estéril e infatigable galopar hacia la muerte, mediante sus palabras y su silencio y la conmutación de sus acuerdos. La madre empezó a hablar de la ropa que tendrían que ir a comprar, y el galopar del caballo siguió, y la madre pensó En Londres conocerá gente y verá las cosas en su verdadera proporción, pero necesitará ropa para el trayecto y al menos dos vestidos, todo le queda pequeño, y los cascos del caballo siguieron galopando, infinita e irremediablemente, hacia el objetivo invisible. Sin siquiera pronunciar el nombre para sí misma, la madre decidió Tiene que hacerse tarde o temprano y puede hacerse sin escenas, lágrimas ni discusiones si ella no está en casa, y cuando vuelva tendrá que enfrentarse a los hechos consumados, ya estará todo hecho—. Tres vestidos, tendrán que ser tres —dijo a la cara convulsa y radiante de su hija.

Candy mecía los brazos, la chaqueta de cuadros sobre los hombros y el cuello, mientras bailaba un vals entre la mesa del desayuno y el aparador, con los ojos entornados y la cabeza echada hacia atrás cantando:

—¡No le cuentes a mi madre que desayuno ginebra, no dejes que mis viejos lo sepan! ¡No le cuentes a mi padre que vivo en pecado, porque entonces su vida habrá acabado-do-do-do!

—Por el amor de Dios, deja de cantar esa espantosa canción antes de que el servicio te oiga —dijo la madre mientras pensaba en los vestidos, tendrían que ser tres conjuntos completos, un atuendo nuevo para viajar y dos vestidos para llevar en la ciudad.

Candy empezó a bailar una giga con las manos en las caderas por el barnizado suelo del comedor.

—«Soy una de las ruinas que Cromwell derribó en su día —cantó—. Una de las ruinas que Cromwell derribó en su día. —Los pies ágiles, rápidos, siguiendo el ritmo—. Y eso nadie lo duda, todos los libros de

historia lo juran…».

—¿Eres tú el que irá a esa fiesta de Londres o es Nancy? —dijo la madre, y al verlo se echó a reír.

Pero ahora era la chica la que no reía. Tenía las manos bajas en el regazo y miraba lánguidamente, soñadora, algo que quizá estaba al otro lado de la ventana, o quizá solo oyese el mismo rápido repiqueteo de los cascos del caballo de caza en el camino o en los adoquines, o amortiguado por la hierba. Dijo:

—Iré solo un día. Solo para la boda. No me ausentaré tres días.

De manera que la discusión que nunca concluía se reanudó más allá de los pormenores de este asunto o de otros hasta la misma declaración ética: la voz de la madre forzada por la amargura y la desesperación y finalmente por la furia desde el otro lado de la mesa del desayuno y después en la mesa de la comida, antes de verse obligada a replegarse ante la promesa obstinada y extravagante, pero indisoluble, que la chica había hecho a su equívoco honor juvenil, a una lealtad auténtica, si bien exasperante. De modo que así se quedó, el ánimo sin resolver ni la voluntad quebrada, sino aplazada: la joven se marcharía el viernes por la tarde, pasaría la noche en Londres, solo una noche, y volvería al día siguiente, sábado, en el tren de la tarde, antes de cenar. Tras un primer momento de incertidumbre, Nancy supo que no había nada que temer; y cuando la voz de la madre volvió a planear, desesperanzada, sobre el atuendo del viaje y un único vestido en lugar de dos, la chica tumbada en la hamaca contó los días concedidos que aún le quedaban, pensando Puedo ir porque tengo hasta el lunes y porque Apby se hará cargo de darle comida y agua y quizá hacer que se ejercite un poco, quizá incluso eso. por una razón: porque solo podía ver claramente al señor Sheehan de perfil, sentado a su lado en el sofá de la señora Paddington en Florencia, inclinándose parar levantar la bandeja de los sándwiches y ofrecérsela, pero el resto de su cara había sucumbido. Recordaba la joven mano sin vello que asomaba de la manga marrón de la chaqueta de tweed, los rizos de un pelo difícil, demasiado largo para lo que dictaban las convenciones, y la oreja estrecha, sin lóbulo, cubierta por el espeso cabello ondulado de color castaño claro —o quizá lo aclarase la luz que lo alcanzaba en algunos puntos, o quizá estuviese quemado por el sol italiano—, pero no podía ver sus ojos. Por debajo del nivel cóncavo de la sien irradiaban de la comisura del ojo unas diminutas arrugas profundas (justo debajo del extremo de la ceja oscura y delicada), consecuencia de demasiadas risas provocadas por las ocurrencias (propias o ajenas), o quizá por entornar los ojos para protegerlos del mal tiempo. Pero siempre que él se volvía para pasar la bandeja de los sándwiches, el recuerdo le fallaba: la boca, la nariz, los ojos se iban y solo quedaba la frente surcada por largas arrugas, como las marcas de la marea en una playa, y el pico de viuda que daba forma de corazón a su rostro. Ahora que él le había escrito y que la tía había escrito, él seguía inclinado, de perfil, solo de perfil, sobre las páginas del libro, la mano juvenil, sin vello, siguiendo la línea a medida que ella leía:

«La “aproximación” son los tres últimos trancos que da el caballo antes de saltar. El problema es conseguir que el caballo eleve los corvejones a la distancia apropiada del obstáculo y que el salto se realice bajo el control del jinete. El jinete tiene que decidir el momento correcto durante esos tres últimos trancos, contando “un-dos-tres-arriba” y regulando de forma acorde el paso del caballo». Ella, que ya montaba y saltaba antes de cumplir los cinco años, estaba ahora estudiando la cuestión, y siguió leyendo: «Mantenga el caballo a un medio galope controlado hasta que se encuentre a diez metros del obstáculo. La longitud del tranco en un medio galope es de aproximadamente un metro ochenta. Cuando se encuentre a nueve metros y medio del obstáculo, incremente la longitud del tranco a los dos metros, luego a los dos metros y medio y finalmente a poco menos de tres metros. En este punto se encontrará a un metro ochenta del salto y entonces debe dar al caballo la indicación de…», y el señor Sheehan de perfil, inclinado sobre la página, reía con un lado de la boca, los ojos entornados por la risa y las pestañas, espesas y oscuras, proyectadas hacia delante, y la chica tumbada en la hamaca que oscilaba, que se mecía imperceptiblemente, pensó No sé si me gusta o no, no sé si realmente lo conozco.

Y entonces volvieron las lluvias, empezaron una tarde mientras ella leía el manual en la hamaca, con la sandalia colgando del pie, cerca del suelo. Al principio las nubes se congregaron detrás de la casa y luego se fue el sol, la mitad del mundo visible se sumió en un lóbrego amarillo y la otra en un azul intenso que presagiaba lluvia. Después empezaron a caer las primeras ráfagas plateadas, largas e inclinadas sobre la vegetación cual jabalinas lanzadas deliberadamente, pero aún lejos del refugio donde leía la joven. A continuación llegó el aguacero, que cayó toda la tarde copiosamente sobre el jardín y en los cristales de las ventanas durante la cena; tras las primeras cuchilladas rápidas de los relámpagos y los truenos, la lluvia siguió cayendo en el campo al atardecer, rauda e implacable, y luego amainó por la noche. Y seguía lloviendo silenciosamente cuando la joven despertó a la una de la madrugada. Al ir a acostarse había subido el impermeable, que estaba en el respaldo de la silla junto a los pantalones de montar, y se lo puso y se ató el pañuelo de goma en la cabeza antes de salir por la ventana. Mientras bajaba por la borboteante cañería con su pantalón de montar y sus zapatillas de lana a cuadros, se dijo Tendría que haberme acordado de subir las botas de agua, pero se las había olvidado anoche y ya había vuelto a olvidarse de ellas cuando llegó al establo. Iba pensando Solo quiero que esté ahí, ahí dentro, esperando, eso es todo lo que pido. No me importa estar calada hasta los huesos, me basta con que él lo haya comprendido y esté ahí. Y una vez dentro del establo lo vio apoyado detrás del farol que había colocado junto a la cuadra: Apby con su impermeable negro brillante por la lluvia, ensillando al caballo de caza.

—¡Has venido! —dijo ella.

Y él se tocó la visera de la gorra y respondió:

—Me dijo que estuviera aquí, señorita —antes de volver a inclinarse sobre la cincha.

—Pensaba que cuando vieses que llovía… —dijo ella, y mientras pasaba por la cola y la grupa del caballo y por detrás del mozo, el caballo ciego volvió la cabeza hacia el sonido de su voz y del cuerpo que se acercaba. Nancy se detuvo junto a la cabeza del animal, le pasó la mano mojada bajo el copete y añadió—: Me voy a Londres mañana. Por eso quería verte esta noche. Quería pedirte que sigas sin mí la noche y el día que esté en la ciudad. Es decir, quiero que ejercites a Brigand, continuando lo que yo he estado haciendo con él. Digamos que de la una a las dos y media de la madrugada, mañana por la noche, y cuando vuelva se lo enseñaré a ellos.

—Sí, señorita —dijo el mozo todavía inclinado, sin levantar la cabeza.

—Puedes seguir con la figura de ocho con cambio y el apoyo a medio galope —dijo, y pasó la mano por el pelo corto y áspero del hueso nasal del caballo—. Probaré el apoyo y el cambio esta noche, y si lo sigues haciendo durante mi ausencia, eso me salvará… —Iba a decir «la vida», y como eso se parecía tanto a «le salvará la vida» cruzó los dedos para esquivar la mala suerte y dejó de hablar. Mientras Apby se incorporaba, ella le dirigió una mirada cauta, tanteando el terreno antes de sacar el tema—: Oye, hay otro motivo para que quisiera verte esta noche. Quiero saltar con él. —Observó a Apby desde el otro extremo de la cuadra, mientras seguía acariciando al caballo debajo del copete—. Esta noche quiero saltar una valla.

Vestido con el impermeable resplandeciente, en parte iluminado por el farol y en parte en la oscuridad del establo, la gorra puesta y su sombra proyectada grotescamente en las vigas del techo, las manos en las caderas, las enanas piernas arqueadas, el mozo era un facsímil en miniatura de un hombre duro, indómito y musculoso.

—No puede hacerlo, señorita. No puede hacer saltar a un caballo ciego. No puede hacer más de lo que permite la naturaleza. Solo conseguirá que se rompa el hombro o se parta el cuello.

—Hace tres noches coloqué una barra baja en el potrero —dijo sin escucharlo, sonriendo a medias, bajando la mano lentamente hacia el carrillo del caballo—. Y saltó. Saltó una docena de veces ida y vuelta. Cuando vuelva le enseñaré saltos más amplios.

—No puede —dijo Apby en jarras sobre el lecho de paja con la luz brillando por el arco de sus piernas, enfundadas en polainas de cuero. Se había levantado la visera de la gorra, alzada desde el borde del forro, por encima de su breve frente arrugada—. Ha conseguido con un animal lisiado lo que nunca he oído que haya conseguido nadie más, pero ni usted ni nadie puede darle la vista ni el tiempo que necesita, a esa velocidad, para calcular la amplitud y la altura. Usted no puede hacerlo —repitió, y volvió a repetirlo mientras apagaba el farol y luego los seguía a ella y al caballo fuera del establo, a la noche lluviosa—. Usted no puede hacerlo. —Cerró el portón y se abrochó el cuello del impermeable hasta la barbilla mientras ella montaba ágilmente desde el suelo—. No puede decirle a ningún caballo, vivo o muerto: «Esto es así de alto esta vez y a la siguiente tendrá otra altura, así que prepárate». No, a menos que el caballo pueda ver. No, a menos que le presente el mismo salto siempre, digamos que a la altura de la rodilla, y que haga que pase por encima veinte veces, y ni siquiera así. Ni siquiera así. No puede hacerlo.

—La primera razón por la que te he dicho que quería que vinieras esta noche no es la única —dijo ella volviéndose en la silla—. Eso podría habértelo dicho igualmente mañana por la mañana o ayer por la tarde. Lo que yo quería es que estuvieses aquí para el salto. Quiero que te coloques en la marca situada a nueve metros y grites uno, dos, tres justo cuando la cruce, y así sabré lo lejos que estoy de la valla.

—No puede hacerlo —dijo Apby mientras seguía bajo la lluvia los pasos del caballo, que esta noche no subía por el camino del criadero sino por el trayecto más largo a los potreros, la vereda que pasaba junto al río—. No puede hacer que un caballo pierda la vista y no pague por ello, de una forma u otra tiene que pagar. No habría justicia en el mundo si un caballo ciego pudiera hacer lo mismo que un caballo sin ningún defecto ni tara. Usted no puede hacer lo que es imposible, porque si pudiera no habría fin…

Y sin oír las palabras exasperadas e incómodas, sino solo el sonido de sus quejas, la chica se volvió en la silla y siguió hablándole por encima del hombro, entre la lluvia incesante:

—Eso nos dirá a mí y a él, nos dirá a los dos, que llegamos a la aproximación, y entonces sabré cuándo indicarle la batida y hacerme cargo. Tú estarás en la marca de los nueve metros que he puesto esta mañana, no, a estas horas ya es ayer por la mañana, y gritarás uno, dos, tres…

—Y pensar —siguió la voz del mozo chapoteando detrás— que fui yo quien empezó esto, fui yo quien lo empezó esa noche en el potrero, cuando usted lo había sacado a pacer… Lo que yo tendría que hacer por el bien de todos, usted y el caballo incluidos, lo que tendría que hacer es contarle a la señora Lombe lo que pasa, sacarla de la cama aunque sea plena noche, o mañana por la mañana, y ella ya se encargaría de poner fin a esto. Si yo hiciera lo que hay que hacer en lugar de… —Se sacó una mano del bolsillo del impermeable y se enjugó la lluvia que le corría por las mejillas como un cómico finge borrarse la sonrisa, y luego empezó a correr torpemente entre el barro y la lluvia, hasta alcanzar la grupa que avanzaba rítmicamente. La superó y, al llegar a la altura del estribo y la empapada zapatilla de cuadros de la chica, mantuvo el paso y le dijo—: Si ahora fuese a la casa y se lo contara a la señora Lombe, ella no lo consentiría. Lo pararía enseguida, antes de que pasara algo peor, ¡saltar a lomos de un caballo ciego como un topo en una noche que hasta las ranas se quedarían en casa! Si yo fuera ahora a la casa y…

—Pero no irás —dijo la chica siguiendo adelante—. No irás porque tienes que colocarte en la marca de los nueve metros. Si no estás allí, entonces sí que puede ocurrir algo malo porque no podré juzgar con suficiente

precisión cuándo debo indicarle a Brigand que inicie el salto. He leído en el libro que quizá esa es la forma de conseguir que salte. No es algo que haría con cualquier caballo, en ese caso le dejaría el control y que él saltara cuando quisiera; quizá no es una maniobra elegante según el libro, pero es como siempre lo he hecho. El libro dice…

—¡Ah, el libro! —dijo Apby.

Quizá ella detuvo al caballo o él se detuvo solo, pero la voz de la joven y el movimiento del animal cesaron al mismo tiempo y el mozo levantó la vista y, entendiendo, siguió avanzando para abrir la cancilla del potrero. Ella oyó el chirriar de las bisagras y, mientras esperaba, Apby reanudó los mismos argumentos con un tono triste y enojado:

—Usted no puede hacerlo ni nadie podría hacerlo, ningún adiestrador podría ni ningún libro puede decirle cómo conseguir que un animal ciego, tonto, sin voluntad ni entendimiento…

Ella se inclinó hacia delante y dio unas palmaditas en el hombro del caballo, sobre el que la lluvia manaba como sudor.

—Entonces no me falles —dijo dejando a Apby atrás—. Te quedarás en la marca de los nueve metros que he hecho esta mañana. Te la enseñaré.

—Aunque si ese caballo se parte el cuello, tampoco lo veo mal. Así tendrán que sacrificarlo mañana, esté el señor Penson o no.

—Quédate aquí, Apby —dijo Nancy deteniendo al caballo en la hierba—. Quédate aquí. ¿Notas unos ladrillos en forma de cruz? Esa es la marca.

—No puede hacerlo —repitió Apby.

Y ella, desde la escasa distancia a la que ya se encontraba, a lomos del caballo, respondió:

—Lo he hecho. Salté sola con él una de las vallas bajas cuando había luna, diez, quince veces ida y vuelta. La única diferencia es que esta noche no vemos nada ninguno de los dos. Quédate ahí donde estás.

Llovía de una forma rápida y silenciosa, no caracoleando como en el tejado o las ventanas de una casa, sino golpeando la cara, las manos desnudas, en silencio, cayendo de forma constante, casi infinita, sobre la cabeza y los hombros y las piernas curvadas, con suavidad, como las alas de una polilla en los árboles, hasta que al cabo de un rato ya no hubo lluvia sino la presencia de agua acumulada, más predominante que la oscuridad o que cualquier presencia humana, un fluir vasto y veloz, un río invisible que atravesaba la noche al alcance de la mano. Apby se detuvo mientras el agua le goteaba por toda la cara, caía sin cesar de la visera que se había bajado, una gota tras otra que formaban riachuelos que llegaban a las comisuras de la boca y dentro de las orejas, hasta que, como si fuera un bañista, se metió los índices en las orejas y se las escurrió.

—Maldita lluvia.

Fue lo último que él le escuchó decir antes de oír al caballo que se acercaba, y poco después, quizá en su imaginación o en la realidad, Apby vio acercarse la borrosa forma al galope.

—Esa chica podría haber elegido cualquier otra noche para probarlo —dijo a media voz, como si le hablara a alguien que estuviera a su lado para reconfortarlo o para compartir el reproche.

Se pasó el dorso de la mano por el labio superior, bajo la nariz perlada de lluvia, y se enjugó las gotas, justo cuando el salpicar de los cascos del caballo, el movimiento racheado de su llegada se hicieron inminentes. Apby notó el movimiento del aire, la respiración, el palpitar, oyó incluso el crujir del cuero de la silla de montar y el tintineo de la embocadura como si alguien hubiese abierto una ventana o una puerta cerca de él para dejar entrar en una sala amplia, silenciosa y oscura esos ruidos que antes no oía, y cuando el animal pasó ante él, Apby retrocedió de un salto y pronunció las palabras:

—¡Uno, dos, tres! —gritó como un hombre avisa desesperado desde la orilla, entre la oscuridad y el viento, a los náufragos que se ahogan en un mar azotado por la tempestad.

El señor Sheehan, pensó ella por un instante, dijo esa vez en Florencia que no era bueno empezar a montar a edades tempranas porque los niños son demasiado audaces o demasiado asustadizos o las dos cosas a un tiempo, y los audaces se lastiman por montar demasiado rápido y se acobardan para lo que les queda de vida, y los asustadizos siguen temiendo a los caballos, o al peligro, o a la gente, o a sí mismos; en este caso es su espíritu, no su cuerpo, el lisiado. El señor Sheehan dijo: Inglaterra, país criador de caballos y también país de todos los inadaptados, los confundidos, los desconfiados, los reservados, los escapistas, ¿por qué?, ¿a qué se debe? Porque desde hace generaciones los han montado a lomos de un caballo y han salido malparados desde el principio, los labios prietos, los ojos impasibles y el corazón partido en dos por el miedo o la audacia, a los cinco años o incluso antes. Quitadles los caballos y tendréis una magnífica raza de hombres británicos, dijo el señor Sheehan, el ojo entornado en el perfil de su cara, quizá por la risa o para protegerse del vehemente clima irlandés, y entonces ella recordó fugazmente la primera vez que la derribó un caballo: habían galopado a lo alto de una colina y allí se encabritó sin motivo alguno, solo porque le «asustó un arbusto que se volvió inesperadamente y movió una rama», y la hizo caer rodando hasta abajo. Recuerdo que me puse enferma, enferma de miedo, pensó, quizá mientras pasaba por la marca de los nueve metros donde estaba Apby, y mi madre me hizo volver a montar en cuanto recobré la salud. «Si no vuelves a montar enseguida, te echarás a llorar y no querrás subirte de nuevo a lomos de un caballo», le había dicho su madre, y ahora la voz de Apby gritó: «¡Uno, dos, tres!», y ella apretó los dientes y pensó con un júbilo repentino y desaforado Mañana podré decirle al señor Sheehan que cuando estaba a nueve metros de la valla fui incrementando el tranco a los dos metros, a los dos metros y medio, y finalmente a los tres metros hasta encontrarme, por lo que podía juzgar en

la oscuridad, a un metro ochenta de la valla, y entonces le indiqué a mi caballo que saltara.

—Topo —le dijo rápidamente—. Veo tan poco como tú, pero vamos a saltar.

Liberó la cabeza y luego el lomo, y su peso se desplazó velozmente a las rodillas mientras estas apretaban el faldón de la silla. El tercio anterior de los pies se apoyó con ligereza en los estribos y sujetó al caballo con firmeza entre sus piernas. Enseguida notó que se alzaba potente pero con delicadeza debajo de ella, la boca suelta, el cuello flexible aunque se estirase hacia adelante, sin que ninguna sensación de acaloramiento ni entusiasmo lo confundiera, con la sangre tan templada como si todavía galopase tranquilo por el potrero. Justo cuando pasaron lo que, imaginaba, tenía que ser la barra del cercado, perdida y desdibujada en la oscuridad de la noche y del aguacero, ella pensó en el otro lado y en la hierba mojada donde él podía hundirse o resbalar al aterrizar, y volvió a decir:

—La lluvia, la maldita lluvia.

Se inclinó con él, el cuerpo que lo había seguido durante la batida y el vuelo se dobló sobre él en el descenso, y cuando las patas delanteras tocaron el suelo, las rodillas y los tobillos de ella notaron el impacto, pero las manos no se movieron en las riendas. Lo dejó seguir avanzando durante unos veinte metros más antes de detenerlo para que diese la vuelta, y allí, plantada en la lluvia y la oscuridad, mientras oía el vaivén de la respiración del caballo, gritó al mozo con voz resonante y nítida:

—¡Apby! ¡Apby, ven a abrirnos la cancela! —Su voz sonó vibrante y clara—. ¡Apby! —gritó como alguien ebrio de triunfo, tan ebrio que ni podía tenerse en pie—. ¡Date prisa, Apby! ¡Quiero volver a saltar!

7

El viernes por la tarde, justo después de comer, la chica partió hacia Londres con su traje nuevo y una pequeña maleta para una noche, y nada pasó en el campo hasta el sábado por la mañana. Fue entonces, cuando desde la ventana de la sala contemplaba el vacío florido y húmedo de un día más, que Candy los vio surgir de la nada, quizá desde la carretera principal, donde un coche de dos plazas podía haberse detenido cerca de la ladera: la espalda de un hombre que nunca había visto antes, vestido con pantalones de montar color caqui y camisa deportiva, y a su mujer, de azul oscuro moteado de blanco en toda la amplia falda y la blusa, con el sombrero de verano puesto, esa gorra marinera que cada año, a finales de mayo o principios de junio, según el tiempo, surgía de un escondrijo secreto. Los vio bajar por el camino, gesticulando al hablar, y pasar por el jardín de rocas donde las dedaleras moradas florecían nobles, si bien algo escuálidas, bajo la húmeda luz del sol, y después ante el viburno de la curva antes de perderse de vista. Por un momento le estuvo dando vueltas allí ante la ventana, y luego, sin la menor sensación de sorpresa, lo supo. Lo supo exactamente, como si se lo hubiesen dicho con palabras, y además también supo que era para esto que se habían estado preparando la quietud y el silencio del día y la noche anteriores. Por un error irremediable el sol había salido esa mañana, pero por lo demás el inconfundible escenario estaba montado.

Cuando se perdieron de vista, Candy fue al comedor y, aunque acababan de dar las diez, sacó la botella de whisky. Los vasos normales se guardaban en la despensa y él pensó con tristeza Lamentablemente no puedo salir a buscar un vaso, como tampoco puedo salir al establo e impedir que lo hagan. Se agachó para abrir la puerta del aparador y seleccionó uno de los pequeños vasos tallados de cerveza negra, lo dejó en la mesa, llenó tres cuartos con whisky, volvió a ponerle el tapón de cristal a la botella y se bebió el whisky de un trago. Pensó Lo harán de forma humana, actuarán con humanidad, y contempló casi en paz el fondo del vaso vacío. Si yo tuviera argumentos o razones que darles podría ir ahí fuera, o entrar en el establo como un hombre, dando unas palmaditas a la cartera a rebosar que llevaba en el bolsillo: Resulta que este es mi caballo, no el suyo, señora. Fui yo quien lo compró, fui yo quién lo pagó y quien lo adquirió con todas las garantías (aunque nunca me dieron el certificado, porque fui a tomarme dos copas), está sano de cuerpo y vista, es tranquilo para montar y bueno y con experiencia para cazar, conque guárdate la tiza, la pistola y al veterinario, quienquiera que sea, en tu viejo morral y vuelve al jardín. Lo harán con humanidad, pensó, y la sensación de paz lo recorrió milagrosamente, algo mejor que el mero alivio o la tregua, la absoluta conciliación mediante un acto consumado, irrefutable. Me quitan la responsabilidad de encima, pensó con amabilidad y paciencia, me quitan el asunto de las manos. No tengo autoridad ni jurisdicción, aunque me dirigiese ahora mismo a la puerta y saliera, no podría salvar a ese caballo, y la sensación de dicha, consecuencia de la falta de acción y de palabra, creció en su interior. No tengo autoridad, no tengo poder, porque ellos conocen su ámbito de trabajo y yo sigo sin tener ninguno, nunca lo he encontrado; mi esposa se ocupará de que se marque adecuadamente el blanco y el hombre con los pantalones de montar aplicará la muerte humanitaria para concluir este drama, esta tragedia menor pero magnificada hasta lo grotesco que se desvanecerá lenta e irremediablemente en el pasado. No es un desastre, sino la única solución lógica, pensó, y la voz llegó desde un plano lejano y desvaído de la memoria, y ahora la oyó, repitiéndose como se había repetido durante años a diario, a intervalos de quince minutos, por la radio: «La vida del rey está llegando sosegadamente a su fin».

Después de beberse un segundo vaso de whisky, Candy se llevó la mano al bolsillo posterior y sacó su petaca de cuero y plata. Desenroscó el tapón y ladeó la cabeza para quitar el corcho con los dientes antes de rellenarla con el contenido de la botella. No derramó ni una gota, pero como la boca de la petaca se había mojado, pasó la lengua por el borde antes de colocar el corcho, enroscar el tapón y volver a guardársela bajo la chaqueta. O bajar allí con decisión, pensó, y no dejarse avasallar por ninguno de ellos, el artista sin dinero, sin suerte, pero que pinta a solas, que sigue experimentando a solas con el estilo, el tema, el tratamiento, que trabaja solo y se hace un nombre que la gente oye en exposiciones y museos de la ciudad, que busca en catálogos y revistas, de modo que incluso una esposa o incluso el ayudante del veterinario tendrían que escucharlo. Miró la botella desapasionadamente y volvió a llenar el vaso tallado. Mientras yo estoy aquí bebiendo puede que Penson esté agonizando, enviado de una coz al reino de los cielos y aterrizado en el umbral, y sin embargo yo me presentaría ante mi creador diciendo: No tienen la menor prueba, maldita sea, contra ese caballo ciego del establo, no tienen nada salvo que no puede ver para enfrentarse al pelotón de fusilamiento. Tienes que morir, dijo de pronto, dejando el vaso. Caballo, te ha llegado la hora. Esta vez no es Penson ni yo, sino tú, caballo, no hombre; tú, observador de ojos vacuos que espía los secretos de la eternidad, tú, desertor de ojos velados. No le eres útil a nadie, dijo, pero estaba mirando su propio rostro en el espejo del aparador. Como aquella fue la culminación del asunto entre él y la misma fibra y sustancia de sus divagaciones, no empezó a pensar en Nancy hasta después del quinto vaso de whisky; y cuando pensó en ella puso por última vez el tapón de cristal en la botella y subió de inmediato, andando con cuidado pero sin el menor indicio de ebriedad, a su habitación, donde abrió el ultimo cajón de la cómoda. Sacó el revólver de debajo de los cárdigan primorosamente doblados, se aseguró de que el arma estaba cargada y luego se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Quedaban dos vasos más de líquido en la botella, y se los bebió con prisa.

—Así todo queda limpio y ordenado —dijo, pero cuando se agachó para recoger el tapón de cristal que se había caído al suelo, la cabeza le dio vueltas despacio, por lo que se sujetó a la mesa con una mano para incorporarse. Luego echó a andar, pulcro y elegante con su chaqueta de hacendado, el pañuelo de seda anudado al cuello, por el camino que humeaba levemente.

El portón corredero del establo estaba abierto detrás del viburno, y la señora Lombe y el joven con pantalón de montar estaban dentro. No en la cuadra del caballo de caza, sino que hablaban de pie, sobre el suelo de madera, mientras al otro lado de la cancela los cuartos del caballo brillaban a la luz. En cuanto oyó el primer paso de Candy en la madera, su mujer volvió la cabeza tocada con la gorra marinera y dijo:

—Este es el señor Lombe, señor Harrison. He llamado al señor Harrison para que esta mañana, mientras Nancy está en Londres, haga lo que se tiene que hacer.

Candy se detuvo en el umbral a contraluz, una figura desenvuelta con las manos en los bolsillos, el dorso de la muñeca y el pulgar izquierdo visibles, pero esta vez el derecho estaba oculto. Asintió con la cabeza, quizá como forma de saludo o como muestra de indiferencia, y se balanceó sobre las piernas abiertas, sobre sus limpias suelas de caucho crepé.

—¿Dónde está Apby? —preguntó—. ¿Está Apby al corriente de esto?

—Lo he enviado temprano al pueblo —dijo la mujer con una sonrisa rápida e indulgente, de clara impaciencia—. Pasará su día libre en Pellton. Le he dicho que ya me encargaría de darle de comer al caballo de caza. No se lo he contado a nadie. Solo quiero acabar con esto cuanto antes, lo más discretamente posible. No es una tarea agradable para ninguno de los implicados. He hecho que Richards se lleve la yegua al pueblo para que la hierren.

—¿Para que no haya ningún testigo, ni siquiera una yegua, o qué? —dijo Candy, y la forma en que ella lo miraba se alteró, mientras empezaba a desconfiar—. ¿Dónde pretendes hacerlo? —Desde ese primer paso en el umbral, Candy no se había movido ni sus ojos se habían despegado del rostro de su mujer, por lo que si le hubiesen preguntado no habría podido decir si el hombre que respondía al nombre de Harrison era alto o bajo, de qué color tenía el pelo ni cuál era su edad; solo recordaba los pantalones de montar color caqui y sus polainas en el sendero del jardín—. ¿Dónde se hará justicia? —añadió sarcástico.

—El señor Harrison es miembro de la asociación de caza local —respondió la señora Lombe pronunciando las palabras con un tono agradable y con precisión, como si fuese un niño pequeño y obstinado y no un hombre, su marido, quien estaba plantado a contraluz en el umbral—. Ha tenido la amabilidad de ofrecerse para hacerse cargo, es un experto. He quedado que a las once vendrán unos hombres para llevarse el cuerpo.

—¿Qué cuerpo? —dijo Candy, y entonces, con la misma seguridad que si hubiese percibido su aliento entre el aroma a caballo limpio, heno fresco y pienso, la mujer supo la amarga e inaceptable verdad: que estaba borracho, borracho a las diez de la mañana, y que no era la curiosidad lo que lo había llevado hasta allí, sino la actitud desafiante típica de la borrachera; no solo borracho, sino borracho antes del almuerzo, nada menos, y borracho delante de un desconocido.

—No seas idiota, Candy —dijo ella con una risa rápida, nerviosa, mirando al señor Harrison para invitarlo a reír, la única opción posible—. Será mejor que vuelvas a casa para que el señor Harrison pueda encargarse de este asunto.

Pero Candy empezó a cruzar el establo con una mirada inexpresiva, con un rostro inexpresivo, dirigiéndose despacio hacia ellos, sin tambalearse ni desviarse de la línea invisible que había trazado su intención, avanzando con calma y cuidado, como si los otros, ahora que él iba directo hacia su objetivo, ya no estuviesen allí. Ellos no se interpusieron en su camino y se apartaron cuando se acercó, cada uno a un lado, como una multitud se separa para dejar pasar un vehículo que no puede alterar su curso, y Candy pasó entre esas dos personas que lo miraban, el hombre con curiosidad y la mujer con asombro, para dirigirse a la cuadra donde estaba el caballo, cuya cabeza asomaba tranquila por la cancela. Candy se sacó la mano izquierda del bolsillo y la colocó sobre el cerrojo. El caballo levantó la cabeza y Candy vaciló un instante, pero entonces se volvió hacia las otras dos personas, desdibujadas a contraluz, que aguardaban en el portón abierto del establo.

—Me gustaría saber —dijo meciéndose imperceptiblemente—. Solo quería preguntar, antes de entrar ahí, como está el señor Penson, señor Har… Me gustaría saberlo.

El joven avanzó unos pasos hacia él. Joven, pensó Candy, al verlo ahora por primera vez, recortado en la luz amarillenta del exterior; joven solo porque las piernas parecían esbeltas en los pantalones y los hombros eran anchos y rectos, ya que no podía verle ni los rasgos de la cara ni el color del pelo.

—Le estaba diciendo a la señora Lombe —dijo el hombre con una voz curiosamente suave, de muchacha —, le estaba diciendo que ha muerto. Murió anoche.

—Así que ojo por ojo, caballo por hombre, esa es vuestra idea —dijo Candy con sarcasmo, pero enseguida notó el efecto del whisky, se mareó y tuvo que apoyarse en la cancela de madera—. Una vida por otra, eso es lo que pensáis…

Vio que la señora Lombe se acercaba, tocada con la vieja gorra marinera, y recordó No debo sacar la mano derecha del bolsillo hasta que esté listo. Puedo abrir la cancela con la mano izquierda, así, y entonces entró en la cuadra, se detuvo sobre el lecho de paja junto al caballo y cerró la cancela que lo separaba de su mujer y del hombre a quien ella llamaba señor Harrison.

—Es tan experto —dijo Candy apoyándose en la madera y apartándose del hombro del caballo en la cuadra— que probablemente pueda hacerlo sin trazar la línea de tiza, o incluso disparar con los ojos cerrados,

pero no lo hará. En cuanto él saque su revólver, yo sacaré el mío.

—Candy, sal —dijo la señora Lombe, pero la convicción se había evaporado de su voz. Candy se había situado lo más lejos posible del caballo; llevaba el pañuelo de seda color burdeos alrededor del cuello porque todavía no se había afeitado, y la nuca rozaba la áspera pared de la cuadra—. Por favor, sé razonable. Sal, por favor —dijo ella, pero ya no tenía poder. Se había levantado la gorra sobre la frente, para decirlo con dignidad:

—Saldré cuando Nancy vuelva. Mi chiquilla vendrá aquí y entenderá lo que intento hacer. Se turnará conmigo, todo el verano si es necesario, sin comer, sin dormir, sin beber —dijo, y al pronunciar estas últimas palabras sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas; y ay, santo cielo, pensó la mujer que estaba al otro lado de la cancela, ¿qué he hecho para estar aquí, delante de un extraño, y oír que Candy se pone sensiblero? ¿Qué he hecho para que esto tenga que pasar así? Líbrame de todo esto, Señor—. Y si intentas impedir la boda de Nancy, haré lo mismo —siguió Candy—. No permitiré que interfieras y le impidas hacer lo que quiere hacer, sea levantar un dedo, ir a un baile, tener un caballo propio o…

Ah, qué injusto, qué injusto, pensó la madre amargamente. ¿Quién le ha elegido la ropa para ir a Londres, quién le encontró un colegio el año pasado en Florencia? Pero eran tantos años de lo mismo que ahora solo le importaba por la presencia del desconocido.

—Esperaré aquí a mi pequeña —dijo Candy con la misma voz grave y errática, apenas desafiante—, y no puedes hacerme nada porque esta vez me he adelantado, por una vez lo he conseguido. Tú tienes el dinero, pero esta vez te he engañado, te he confundido, no puedes ordenarme que me vaya, no puedes mandarme, ni siquiera puedes sobornarme….

Ah, qué sórdido, pensó ella afligida mientras veía que aquella carita retorcida y sonrojada, atemporal y afeminada como la de un enano, se volvía de un lado a otro de la puerta por miedo a la muerte y miedo a la vida. Miró al señor Harrison, y sin importar que la palabra se pronunciara o solo se indicase, los dos se dirigieron juntos al portón del establo con aire digno y paciente, y al llegar al umbral el joven se apartó tímidamente a un lado para dejarla pasar.

—¡Podéis iros, me da lo mismo! —gritó Candy, pero el caballo ciego se movió, inquieto, y él bajó la voz—: Tranquilo —dijo, aunque al mirar el hombro gigantesco y la fuerte cabeza sintió vértigo. Se quedó apoyado en un lateral de la estrecha cuadra con las manos en los bolsillos, intentando no ver el enorme animal de ojos azulados y lechosos bajo las pestañas largas y espesas. Y entonces se sacó la mano izquierda del bolsillo de la chaqueta y palpó la petaca, se la apretó contra las costillas con la palma mientras los dedos forcejeaban para desenroscar el tapón. No movió la mano derecha, sino que retiró el corcho con los dientes y bebió, y mientras bebía el caballo movió la cabeza gacha sobre la paja y sus ollares amplios, suaves y temblorosos buscaron su presencia hasta llegar a la punta de sus zapatos, que tocó con los labios; la monstruosa y vacua succión de un caracol ascendió por los tobillos y los pantalones hasta la chaqueta, y cuando el hombre bajó con cuidado el brazo que sostenía la petaca ya no se atrevió a moverse más y se quedó pegado a la pared de la cuadra esperando, con la petaca en la mano extendida. El caballo levantó despacio la cabeza, buscando, las orejas hacia atrás, las vibrisas temblando con la respiración, y cuando los ciegos labios subieron de los hombros a la cara de Candy, este soltó un grito de terror.

—¡Por Dios! —chilló, y el caballo apartó la cabeza, asustado, volviéndose en el cubículo hasta que sus cuartos traseros quedaron temblando delante del hombre y su larga cola negra se movía de lado a lado, rozándole el extremo de los corvejones—. No puedo, no puedo —murmuró Candy, y empezó a gimotear mientras se apretaba contra los tablones de la pared—. Tengo miedo, estoy en mi derecho a tener miedo.

Pero ahora que el caballo había dejado de moverse, consiguió tapar la petaca con su temblorosa mano izquierda y guardársela en el bolsillo posterior. Luego permaneció allí inmóvil durante más un cuarto de hora, las manos ocultas en los bolsillos, su sueño de valentía y perseverancia aumentando vagamente y desvaneciéndose vagamente, y en el instante previo a desaparecer volviendo a amplificarse de forma más intensa, clara y vertiginosa. Pasado ese breve lapso, la señora Lombe y el cazador se acercaron al portón y volvieron a entrar en el establo.

—El señor Harrison y yo hemos estado hablando —empezó a decir ella con una voz mesurada y agradable que rezumaba lógica—. El señor Harrison cree que podría ser muy peligroso que te quedases ahí dentro con ese caballo. Le he explicado que el caballo no está habituado a ti, y dice que precisamente ahí está el peligro. Son los desconocidos quienes los perturban cuando ocurre algo fuera de lo habitual. —Candy siguió con la parte baja de la espalda pegada a los tablones y su ciega mirada fija en la grupa del caballo y en la larga cola negra que se mecía de forma intermitente, y no respondió—. Si estás montando esta absurda escena por Nancy —siguió la señora Lombe—, te aseguro que al volver a casa ella preferirá encontrar muerto a su caballo enfermo antes que a su padre en el hospital…

—Señor Lombe —dijo el cazador con su lastimera voz de muchacha—, no hace falta pensar a largo plazo para…

Ya no fue la oposición pasiva de Candy lo que los detuvo, sino que de pronto se puso a cantar. Alzó la cabeza para apoyar la parte posterior en el tabique de la cuadra y su garganta se liberó del pañuelo de seda mientras canturreaba en voz baja, desafinando, fragmentos de canciones que recordaba, letras rescatadas del caos del terror, la bebida y la desesperación.

—«Desde el autobús donde yo iba encaramado, vi al rey de Inglaterra llegando muy ufano —berreó, y el

caballo movió las orejas—. Y aunque los sajones una vez nos vencieron, tralará tralarí, yo aclamé, mi Señor, yo aclamé con el resto…».

La señora Lombe se acercó un poco y pronunció su nombre; él la miró fugazmente y continuó:

—«Soy una de las ruinas que Cromwell derribó en su día, soy una de las ruinas que Cromwell derribó en su día, ¡oh tralará! Fuera de ese pub que se llama Cromwell Arms, y anoche…».

Cuando los que venían a llevarse el cuerpo del caballo aparecieron poco después de las once, la señora Lombe se asomó con dignidad al portón y les dijo que se marcharan, ofreciendo pagarles el doble si tenían la amabilidad de volver por la tarde. Candy había estado cantando: «¿Recordáis al joven Peter O'Loughlin? ¡Pues bien, ahora está al mando! Me lo encontré en la ciudad un día y, Dios lo bendiga, con solo mover la mano, la calle contenía…», pero cuando oyó a los hombres hablar fuera y vio que su mujer salía, orgullosa y discreta como una dama, para darles indicaciones, volvió la cabeza hacia el portón abierto y gritó: «No le cuentes a mi madre que vivo en pecado, no permitas que mis padres…»

Cerraron el establo y lo dejaron allí. Durante toda la hora del almuerzo se quedó inmóvil en la cuadra con la espalda apoyada en el tabique de madera, y a las dos se había terminado el whisky. El caballo bajó la cabeza y empezó a comerse el lecho de paja porque no le daban agua ni comida desde la mañana. Eran casi las tres cuando volvieron los que iban a llevarse el cadáver; Candy oyó sus caballos y sus voces fuera, al sol, y entonces el señor Harrison abrió el portón del establo y entró con la señora Lombe a paso rápido. Se detuvieron a escasa distancia de la cuadra.

—Debes de estar hambriento —dijo ella adelantándose un paso al cazador—. He dicho que te dejen en el porche unos sándwiches de rosbif y cerveza, así que si me acompañas…

—No —dijo Candy mirando al caballo—. No, estoy bien. No vas a engañarme. —Apoyado en el lateral de la cuadra, tenía el habla espesa—. Estoy esperando a mi hijita, estoy esperando, estoy en el bando de la civilización. Este caballo no es un caballo, tiene tanto de caballo como cualquiera de nosotros; este caballo representa las fuerzas del bien contra las fuerzas de la destrucción, este caballo soy yo, tan yo como artista y extranjero, tan paria como yo, es una anomalía y es amor, representa el amor y se opone…, se opone a esto…, esta construcción imperial y esta supresión de lo nativo, lo que dijiste la otra noche de que Gandhi era tan feo, delgado y dentudo, y con esas encías, hablando de él como hablarías de un caballo, dijiste que era tan aberrante que no te importaban sus ideas y no creías que con esa pinta él pudiese tener ninguna…, pues bien, este caballo es la oposición a todo eso. Representa el amor. Ahora lo hemos dejado claro. Este caballo está mal y por tanto va contra todo lo que para ti está bien y para el mundo está bien y para el señor Harr… El caballo soy yo, y es Nancy, creo, o es Nancy y yo marchándonos a otro país donde todos los que hablan inglés sean extranjeros, no solo yo. Él es mi caballo, si es que sigue siendo un caballo, y lo compré con tu dinero, sí, de acuerdo, de acuerdo, tu dinero, pero a la vez compré algo más en la misma adquisición, querida, algo que todavía no has visto pero que está presente y me mantiene en el establo y en esta cuadra hasta que salgas de aquí y no hay que dar más explicaciones al respecto —farfulló, casi gritando, mientras seguía con las manos en los bolsillos, mirando la grupa del caballo.

La señora Lombe hizo una señal imperceptible al cazador o pronunció una palabra inaudible, y de inmediato él dio un paso al frente.

—Señor Lombe —dijo con su voz aniñada y encantadora—, ¿por qué no sale con nosotros y permite que los acontecimientos sigan su curso?

Candy volvió la cabeza y los miró, quizá para cerciorarse de que había oído bien, y luego se echó a reír. Con la espalda pegada a los tablones de la cuadra, una risa silenciosa y grotesca le sacudió todo el cuerpo.

—¿Permitir que los acontecimientos qué? —resolló entre risas—. ¿Permitir que hagan qué? —Apoyó los hombros, la boca entreabierta, desternillándose—. Permitir que los acontecimientos…

La señora Lombe hizo la señal acordada al joven, que volvió a hablar:

—Señor Lombe, no queremos llegar a ese extremo, pero si no sale tendremos que pedir a los hombres que acaban de llegar que entren a ayudarnos. Este caballo ha sido condenado por dos cirujanos veterinarios y uno de ellos ha fallecido, muerto en el cumplimiento de su deber… —Y la risa de Candy sofocó la voz del cazador, a quien el sonrojo le subió por el cuello de muchacha y se extendió por la mandíbula. Pasados unos instantes continuó, ya con la vista baja—: Fallecido porque se colocó detrás de un caballo como usted está ahora, señor Lombe, en una cuadra de reducidas dimensiones con un animal enfermo e impredecible. —Y Candy se apoyó, muerto de risa, en el tabique—. Le he dicho que el veterinario murió en cumplimiento de su deber —dijo el cazador, cuya voz aguda tembló mientras la alzaba para ser oído—, mientras que usted, señor Lombe, está impidiendo que cumpla el mío y me está haciendo desperdiciar el sábado…

La risa de Candy se elevó hasta transformarse en sonoras carcajadas, que interrumpió de pronto, debido al asombro y a la incredulidad.

—¿Su sábad…? ¿Señor Har…? ¿Su…? —empezó a decir, y volvieron las convulsiones provocadas por la risa—. Por favor, pooor favor, ¡no me haga reír! Por favor, señor Har… —Volvió a echar hacia atrás la cabeza, pequeña y pulcra, y la risa le brotó por los ojos y por la extraña mueca de la boca—. ¡Pooor favor, se lo ruego!

La señora Lombe dio media vuelta, se dirigió al portón del establo y lo abrió. Cuando volvió, la acompañaban los encargados de llevarse el cadáver, tres corpulentos hombres de campo que entraron escoltándola y se detuvieron, incómodos, junto a ella.

—¿Serían tan amables…? —les dijo con calma, pero se sentía hundida por la tristeza y la humildad, Se ha

tenido que llegar a esto, se ha tenido que llegar a esto—. ¿Serían tan amables de ayudar a salir al caballero, para que deje de correr peligro?

Los tres hombres siguieron inmóviles, sin saber qué hacer; los brazos al descubierto en sus camisas de manga corta sin cuello, los zapatos buenos y casi elegantes, como suele ser el calzado de los trabajadores de Devonshire. Se miraron inseguros y luego a la señora Lombe, con su gorra marinera, buscando incómodos, demasiado apresados en su dilema para fingir cualquier otra emoción, el inequívoco bando de la respetabilidad. Y entonces el cazador hizo el gesto ante ellos: con la cara y el brazo derecho fuera de la vista de Candy, por si él volvía la cabeza para mirar, levantó la mano como si sostuviera un vaso y lo levantó para beber una, dos y tres veces. Pronunció la palabra con la boca, pero no con la voz: borracho. Una vez comunicada la verdad inaudible, aquello pasó a convertirse en una broma compartida y los tres hombres sonrieron, no de forma amplia ni servil, sino solo para indicar reconocimiento y, tras mirarse una vez más como confirmación, se hicieron cargo del asunto.

Primero se adelantó la señora Lombe, con el cazador a su lado pero algo atrasado, quizá por precaución natural y habitual, con los tres hombres siguiéndolos de cerca. Al principio Candy no los vio avanzar por los tablones del establo; siguió apoyado en el tabique de madera con la mirada fija en la grupa inmóvil del caballo, como si la sometiese y dominara tan solo con la vista. Apoyado en los maderos con los puños apretados, había entrado en otra fase más violenta de miedo. Si despego la vista de esos cuartos traseros, de esa catapulta de muerte, estoy acabado, pensaba, acabado, moriré con la imagen de Penson tendido en el suelo, su razón y su recuerdo supurando del cráneo por el lecho de la cuadra. Sus ojos, sumidos en el estupor y la desesperación, vieron en la grupa bruñida del caballo la marca, tan viva que parecía reciente, de la herradura, la misma que habrían encontrado en la cara de Penson, con un extremo clavado en el ojo y el otro en las vértebras del paladar. Pero cuando notó el propósito de quienes se acercaban, sacó por primera vez la mano derecha del bolsillo y vieron la pistola.

—No toquéis esa cancela —dijo Candy con la vista fija en la grupa del caballo—. No la toquéis.

No disparó hasta que la señora Lombe acercó la mano al cerrojo, viendo o quizá solo adivinando la mano que se levantaba hacia la cancela, y entonces, sin despegar la vista del caballo, les disparó a ciegas, una detonación que resonó en todo el establo. Los tres hombres y el cazador se agacharon, pero la señora Lombe no se inmutó y su mirada, nítida y severa, observó al caballo ciego, que giraba aterrorizado en su cuadra, las patas delanteras algo levantadas, la cola arqueada azotando la cara de Candy y luego la cabeza, fuerte y brutal, meciéndose ante el cráneo de Candy en una desquiciada búsqueda de visión.

—Sal, Candy —susurró ella, pero nadie la oyó. Los hombres ya estaban fuera y el cazador se alisaba el pelo —. Sal, Candy. Sal.

Él siguió pegado al tabique, la pistola humeante colgando de su mano caída, la cabeza apretada contra la madera, la cara pequeña y de aspecto juvenil, los ojos cerrados en una actitud de espera resignada y terrible. Era así como él se sentía, como si su cuerpo formara ahora parte de la madera y esperara liberarse no de las ruedas rápidas e iluminadas del terror mediante el abrir de la puerta o la aparición de Nancy, sino la liberación, mientras se tambaleaba y ahogaba en el miedo, que trae el fin definitivo e irrevocable. Pero cuando volvió a oír la voz del cazador más allá de la marea en la que su cuerpo naufragaba y perecía diciendo: «Déjeme entrar, señor Lombe, déjeme entrar. Esto tiene que acabar. No podemos seguir así. Déjeme entrar», Candy volvió a levantar su revólver una y otra vez, pero en esta ocasión con los ojos cerrados para no ver su propia muerte violenta, y disparó al otro lado del establo. Y esta vez el caballo se encabritó, se levantó sobre los cuartos traseros, se revolvió enloquecido y al girar coceó salvajemente la cancela de madera. La mano de la señora Lombe cayó de pronto sobre el brazo del señor Harrison y sus dedos se cerraron angustiados en la carne del cazador mientras contemplaban al caballo que giraba y se revolvía de un lado a otro, frenético y desesperado, mientras el hombrecillo seguía pegado al tabique, las manos bajas, la cabeza alta, de momento intacto y quizá inmune gracias a su pasiva, suspendida, casi ridícula pose de martirio.

Se quedaron mirando un rato a Candy, apretujado contra la madera del tabique con los ojos cerrados, la mano derecha baja sujetando la pistola, y vieron que el caballo volvía a apaciguarse y empezaba a andar inquieto de un lado a otro de su cuadra, moviendo la cabeza, andando nervioso y rápido de aquí para allá sobre el lecho de paja, meciendo la cabeza erguida, mientras sus ollares temblorosos tanteaban el aire buscando señales de advertencia. Entonces la señora Lombe y el cazador, como si la palabra inaudible hubiese vuelto a pronunciarse, retomaron sus posiciones en el portón abierto del establo. Apenas hablaron, solo aquí y allá unas palabras sobre el tiempo, y a las cuatro y veinte la señora Lombe dijo en voz baja:

—Ahí está Nancy. Ahí viene mi hija.

Y salió a recibirla, todavía sin ideas ni palabras preparadas, ni tampoco un nombre para la emoción que le embargaba el corazón.

Topónimos*

Joan Mellen

Lleva el pelo blanco ondulado y peinado hacia arriba con elegancia, apartado de la cara, inmaculado, impecable. Sus labios color escarlata recuerdan a las bellezas de los años veinte de Greenwich Village y París. Los grandes pendientes blancos con forma de flor nos dicen quién es. Sale de su estudio cuajado de libros, espartano y pulcro como ella, aunque abundan las fotografías de su tercer marido, el difunto barón Von und zu Franckenstein, un hombre apuesto, alto y rubio de expresión tímida y vulnerable. Entre ellas descansa un retrato enmarcado de Samuel Beckett. También hay fotografías de una joven Apple, su hija fallecida.

Se dirige al ascensor, pues va a la cafetería a almorzar. Dos mujeres se le unen, pero no la saludan ni, le han hecho saber, quieren compartir mesa con ella. Hoy no las necesita porque tiene un invitado, un editor que está a punto de reeditar la tercera de sus catorce novelas, Gentlemen, I address you privately, publicada en 1933. El apasionado amor físico que ocupa el centro de la historia se desarrolla entre dos hombres, y lo trata con naturalidad y dignidad, sin inhibición ni condescendencia.

—¿Por qué tantos viejos se vuelven insoportables? —pregunta Kay Boyle a su acompañante, Noel Young, que ya tiene cierta edad, aunque sea veinte años más joven que ella.

Las otras mujeres de The Redwoods, un conjunto residencial para personas mayores ubicado en Mill Valley, California, tienen motivos para estar molestas con la famosa escritora que vive entre ellas. Porque Kay Boyle se ha ganado un admirador, el doctor Tom Stone, recientemente jubilado, que acude con frecuencia a almorzar o cenar con ella. Y aunque el doctor Stone atendía también a esas otras mujeres, ahora vuelve para ver solo a Kay Boyle.

—Tienes que pasar de los ochenta y haber escrito treinta libros —dice ella sarcástica. Las indignidades de la vejez nunca le han hecho olvidar quién es.

Ahora es una mujer frágil y sus manos están tan deformadas por la artritis que le resulta doloroso escribir. Tiene ochenta y ocho años, y aunque sigue llevando un peinado impecable, sus característicos pendientes blancos y los labios pintados de escarlata, también se ha encogido y vacila cuando está de pie; ya no es la figura alta, arrogante y morena de ojos azules que rezumaba dramatismo y autoridad, «la escritora Kay Boyle», cuya madre, nacida en 1874 en la pradera de Kansas, soñó que sería famosa desde que su Katherine tenía seis años. Tras ser la superviviente de muchas muertes y enfermedades —la segunda de sus seis hijos, Apple, falleció dos años atrás—. ella sigue siendo rotundamente Kay Boyle.

En octubre de 1990 otra operación, de cirugía abdominal, la debilita. Ha sobrevivido a prácticamente todas las dolencias de la especie humana: meningitis cerebral, trastornos de la vesícula biliar, neumonía, diverticulitis, cáncer de mama en dos ocasiones, una histerectomía, rotura de huesos en la vejez, angina, artritis incapacitante, sordera creciente, ceguera incipiente y todas las debilidades de su edad. Oye mal y le resulta difícil leer algo que no sea el periódico. Pero ha decidido volver a su estudio después de salir del hospital. Aguantará un poco más, le dice a su hijo Ian, que la visita a diario.

Quedan galeradas por corregir y revisiones pendientes, porque no está satisfecha con Gentlemen, I address you privately. Debe expurgar sus «excesos de juventud». Para empezar, hay demasiados adjetivos. El texto de la solapa también sucumbirá a su lápiz azul. «Había robado algunas pertenencias» suena rarísimo. Desde su cama, Kay dicta a un ayudante; esa frase debe cambiarse por «lo buscaban por robo».

Es 1991 y luego 1992. Resignada, le dice a Ian y a Kathe, una de sus hijas francesas, que está preparada para morir: «Esto dura demasiado».

Kay Boyle se encuentra entre los mejores autores estadounidenses de relatos de su siglo, y también fue poeta, novelista, escritora de memorias, corresponsal y activista política. Nacida en Saint Paul, Minnesota, en 1902 —seis años después que el más célebre hijo de la ciudad, Francis Scott Fitzgerald—, en una familia de clase media-alta, creció en Filadelfia, Atlantic City, Washington y Bryn Mawr. Su madre, una mujer culta, la consideraba un genio, un prodigio que sin duda llegaría lejos. Cuando su juventud se acercaba a su fin en Cincinnati, donde se habían refugiado los Boyle tras perder su fortuna, Kay decidió romper con el pasado. Se trasladó a Nueva York y nunca miró atrás.

A los veintiún años, cuando desembarcó en Francia, ya era una poeta con obra publicada. Había trabajado como ayudante de la poeta revolucionaria anarquista Lola Ridge y de Harold Loeb, editor neoyorquino de la breve pero soberbia revista literaria Broom. Casada con un ingeniero francés llamado Richard Brault, recaló en Bretaña, donde empezó su crónica autobiográfica en prosa y verso que seguiría durante toda su vida. Recorrió Les Brosses, Pleudihen, las Côtes du Nord, Le Havre, la región de La Chartreuse, Harfleur, Cannes, Grasse y Annot, con un paréntesis en Stoke-on-Trent, Inglaterra, antes de emprender el camino a París… justo a tiempo.

En drama e intensidad su vida rivaliza con su obra, mientras que su obra refleja la vida no solo en verdades emocionales, sino también con su argumento. La propia Kay Boyle se convirtió en la figura central

de la mayoría de sus novelas. «He puesto solo mi talento en mi obra —declaró Oscar Wilde, mentor de Harry y Caresse Crosby, amigos parisinos de Boyle—. He puesto todo mi genio en mi vida». Cuando estaba a mediados de la veintena, Kay Boyle lo habría suscrito.

El año 1926 la encuentra en el sur Francia, adonde escapó del aburrido Brault para convertirse en la amante del apuesto Ernest Walsh, el poeta y editor irlandés-americano de This Quartet. Se conocieron porque Walsh había buscado para su revista, además de los textos de Pound, Joyce y Hemingway, los poemas y relatos de Kay Boyle, que a la sazón tenía veinticuatro años.

Kay y el salvaje, atractivo y agonizante poeta irlandés están en Grasse en marzo. Él ya se encuentra en la fase final de su tisis. En mayo se trasladan a Mougins y en junio a una aldea de montaña llamada Annot, donde residirán en julio y agosto. El hombre al que cincuenta años después Boyle todavía llamará «el amor de mi vida» muere en octubre en Montecarlo. Unos meses después ella da a luz a su hija Sharon, la primera de los seis que tendrá.

En 1927, empobrecida y sola, Kay Boyle exige que This Quartet sobreviva. «Lo ha impulsado una feroz integridad y debe seguir adelante», afirma la joven de veinticinco años, como si pudiera conseguirlo solo con su voluntad. Palabras como «feroz integridad» y «valor» acuñan tanto su vida como su arte. Ya ha conseguido discernir lo que se pregunta el David Copperfield de Dickens: «Si he de ser yo el héroe de mi propia vida o si otro cualquiera habrá de remplazarme». Boyle no es una actriz secundaria, se ha convertido en la heroína de su propia vida.

Cuando Kay Boyle llega a París en 1928, Eugene Jolas ya ha publicado su obra en la revista transition. Al instante se transforma en la chica dorada de los expatriados; entre sus nuevos amigos se encuentran no solo Harry y Caresse Crosby, sino James Joyce, Marcel Duchamp, Brancusi, Picabia, Hart Crane y Robert McAlmon. Si no amiga, sí es conocida de Gertrude Stein, cuyo Tender buttons resonará en toda su juventud. Durante gran parte de ese año caerá en las redes del autoproclamado gurú Raymond Duncan, hermano de Isadora. Escapará de su comuna en una huida dramática.

Los topónimos se multiplican, ahora son nombres de calles parisinas: 17 Rue Louis-David, 58 Rue Notre-Dame-des-Champs, Rue de Courcelles, Rue d'Alésia. En Le Moulin du Soleil, cerca de París, que Harry y Caresse Crosby han comprado a Armand, conde de Rochefoucauld, las cañerías se congelan en invierno y todos beben brandy 1811. La Black Sun Press de Harry publicará el primer libro de Boyle, titulado Short stories. Crosby traza una cronología literaria: «Safo Jane Austen Kay Boyle». Antes de cumplir los treinta, Boyle ha inventado una nueva forma de relato que se convierte en la seña de identidad de una de las revistas estadounidenses más importantes de la segunda mitad del siglo xx.

Kay Boyle era una gran belleza: alta y angulosa, elegante, siempre la perseguida, nunca la perseguidora. Solo dos hombres a los que amó no la correspondieron, uno debido a que sus preferencias lo impedían y el otro por creer erróneamente que ella ya se encontraba en el umbral de la vejez al rozar los sesenta años. Muchos artistas y escritores de su generación se prendaron de ella y no la olvidaron: Archibald MacLeish, William Shirer, James T. Farrell y Nelson Algren. «Kay —escribe Farrell en 1958, casi treinta años después de que se conocieran—: eres amable / y te he amado / durante años / […] debes saber, chéri Kay, / que llevo amándote desde 1931…». Correspondido y no correspondido, el amor se multiplica.

Como amante del brillante Laurence Vail, extravagante pintor y autor surrealista, exmarido de Peggy Guggenheim, vuelve a quedarse embarazada antes de casarse. Kay perfecciona su oficio en Sainte-Aulde, cerca de París, y de nuevo en el sur de Francia, en Villa Coustille (Col-de-Villefranche). Autora de cada vez más relatos, poemas y novelas, como esposa de Vail vivió en Viena, donde fue testigo del auge del fascismo y escribió al respecto: fue su gran tema de los años treinta. Desde la nevada Kitzbühel en el Tirol, los Vail huyen a Devon para descansar un año en Inglaterra.

Boyle siempre dramatizó los lugares improbables e inhóspitos donde realizaba su oficio de escritora. Recordaba «una habitación en un destartalado hotel parisino del Barrio Latino que daba a un patio desordenado donde las palomas se quejaban todo el día y los borrachos lloraban toda la noche». Su «remoto rincón en una terraza del sur de Francia» resultó ser un sitio «donde acudían los inválidos franceses para ver el Mediterráneo que resplandecía en alguna parte, ahí abajo». Su habitación en Austria era «austera como la celda de un monje, en una cabaña alpina a tres mil metros sobre el nivel del mar, con la amplia avenida de un glaciar pasando por fuera, en un silencio absoluto». Escribía allá donde estuviera.

En el verano de 1936 un chalé en Mégève, Alta Saboya, se convierte en el hogar de los Vail. Ella cría a los hijos de Vail, Sindbad y a menudo Pegeen, además de a los cuatro propios. La invasión alemana trae nuevos topónimos: Cassis-sur-Mer, Marsella y luego Lisboa, puerto de salida al país que llevaba dieciocho años sin ver. Enamorada de un refugiado, el barón austríaco Joseph von und zu Franckenstein, un antifascista casi ocho años más joven que había sido el tutor de sus hijos, Kay concibe un plan para que él pueda escapar. Es Jane Eyre a la inversa, la mujer artista como heroína en una historia de amor real que rivaliza con Casablanca en dramatismo e intensidad.

La estancia de Kay Boyle en Europa parece haber llegado a su fin. Había publicado cuatro novelas, tres novelas cortas y tres colecciones de relatos, un volumen de poesía, unas memorias y una novela de suspense (ambas como negra literaria), tres traducciones y un libro infantil, además de un buen número de entradas para el anuario 365 days. Era una de los mejores artistas estadounidenses que habían residido en Europa.

Con el permiso de Gertrude Stein, en 1941 Kay Boyle fue considerada una de las escritoras más relevantes

de su generación. Katherine Anne Porter dijo que se encontraba «entre los autores más potentes» que habían surgido a la sombra de Stein y Joyce. «La sucesora de Hemingway», declaró Mary Colum. Y entonces una serie de desgracias, injusticias y tragedias forjaron el fracaso de su coraje artístico.

En 1941 los lugares donde puede ejercer su oficio son menos glamurosos. Colorado es el escenario de su tercer matrimonio, con el barón austríaco que pronto se convertirá en un héroe de guerra. Sola en Estados Unidos, se encierra en el cuarto de baño con su máquina de escribir mientras sus dos nuevos bebés duermen. Ahora, más que nunca, debe trabajar por dinero. Tras un breve interludio neoyorquino, durante la guerra, Europa la llama de nuevo.

Kay Boyle vuelve a Europa en 1946 como corresponsal para The New Yorker. En Francia se aloja en el Hôtel de France et Choiseul de París, el Château de Nesles, Rozay-en-Brie y en Le Vésinet; está en Alemania —Marburgo, Frankfurt, Bad Godesberg— cuando el macartismo extiende sus tentáculos al extranjero y Cohn y Schine, el infame tándem de la maldad, llegan a su puerta. Catalogados como traidores, Kay y Joseph vuelven cansados a casa, él desmoralizado, ella dispuesta a luchar.

Se refugia en Connecticut, en una cabaña en West Redding, luego en Rowayton y después en una casa dentro de los terrenos de un colegio femenino en una ensenada del estrecho de Long Island. Todas las mañanas Boyle corre a una habitación alquilada para escribir. Su hija menor, Faith, hermosa, altiva e inteligente, muy parecida a su madre de joven, la recuerda en los años cincuenta como «una reina en el exilio».

Algo le pasa a su obra, a la reputación de Kay Boyle, mientras ella sigue representando su vida en un escenario cosmopolita, el escenario de la historia mundial. El público no entiende sus personajes, europeos en paisajes desconocidos que se enfrentan a las implacables exigencias de la historia en una época abrumadora y turbulenta. Sufren la vida bajo el fascismo; se parten el corazón en la Resistencia francesa; deben sobrevivir a las traiciones de la Guerra Civil española. Son personajes sobre los que pocos en Estados Unidos desean leer. En la cumbre de sus indudables logros como escritora, Kay Boyle empieza a convertirse en una… desconocida.

Una vez más cambia el topónimo. Traicionado por el país de adopción al que ha entregado su corazón, Joseph Franckenstein enferma y muere. En los años sesenta una sexagenaria Kay Boyle reaparece en San Francisco. Se instala en Haight-Ashbury, en una recargada casa victoriana que recuerda el siglo contra el que su madre se rebeló de forma tan vehemente.

Convertida en activista política, vuelve a ser una figura de leyenda, mitológica, cuando se dedica a luchar por los derechos civiles y en contra de la guerra de Vietnam, a favor de los derechos estudiantiles y contra las injusticias en Estados Unidos, Irán y la Unión Soviética. Los años sesenta coinciden con sus sesenta años, pues su vida corre paralela a la del siglo xx. La intensidad de sus creencias y la lealtad incondicional a sus compromisos hacen que durante las tres décadas siguientes Kay Boyle redefina el significado de «una mujer de edad».

Nuevos topónimos marcan su itinerario: Hollins y Boston y Roxbury, y la Ruta Ho Chi Minh. La encarcelan en la prisión de Santa Rita. Se traslada a Oregón, a Washington y finalmente a Oakland, donde a los ochenta años se sienta a escribir a una sencilla mesa de cocina pintada de blanco, un escritorio tan útil como cualquiera que haya utilizado. Con sus característicos pendientes blancos de plástico tallado, su espalda erguida por la indignación, una gran belleza en la novena década de su vida, ella sigue adelante.

Enemiga de compadecerse de sí misma, totalmente dedicada a su arte, es ahora la autora de cuarenta y cinco libros. Poco antes de cumplir los noventa años se instala en Mill Valley, condado de Marin, California, donde en un complejo residencial para ancianos organiza lo que será su última contribución a Amnistía Internacional. Sensible y romántica, ha sobrevivido a la enfermedad, la muerte y la traición sin derramar una lágrima.

Para esta decidida escritora autobiográfica, su obra ha sido la historia de su vida. La vida a la que dedicó su genio le proporcionó amplios y excelentes escenarios para la literatura. Pero hubo escollos literarios, zonas turbulentas a las que prestó poca atención. Para Kay Boyle, como para Oscar Wilde, a veces la vida imitaba tanto al arte que parecía que la vivía como un ensayo para la siguiente ficción. La verdad residía en la obra; en la vida atendía a criterios menores. También hubo ocasiones en que en su obra abundaron los manierismos, la pose; parecía que en sus relatos, y sobre todo en sus novelas, se autojustificaba, como si estos sufrieran por ser apologías de su vida.

Con el paso de los años, Kay Boyle se sintió cada vez más comprometida con valores superiores a la perfección de su oficio. En este aspecto, a diferencia de Wilde, concluyó que el artista debe ser una fuerza para el bien social y político. Con una mentalidad luchadora, convertida ya en una heroína épica, se abrió camino para que su estilo transmitiera su militancia. Feroz en la defensa de sus convicciones, fue creciéndose en la indignación pese a que el paso del tiempo la debilitaba. Tanto en su obra como en su vida, Kay Boyle siempre estuvo dispuesta a arriesgarse y nunca vaciló. Intrépida desde sus primeros años de juventud, cuando le plantó cara a su abuelo Puss, un hombre arraigado en la respetabilidad burguesa, nunca se sintió intimidada por las convenciones. Ciudadana del planeta, vivió la historia del siglo sin arredrarse. «¿No es Vail un apellido judío?», dicen que preguntó Ezra Pound sobre los orígenes de su marido. Por mucho que le gustara Pound, Kay Boyle lo dejó atrás.

«Mi estimado compañero, haga lo que sienta», le recomendó Bertrand Russell en una ocasión al parlamentario R. H. S. Crossman, que no sabía si abandonar a su esposa para casarse con la mujer que amaba.

Kay Boyle no necesitó la aprobación de nadie cuando dejó a su primer marido, Richard Brault, para seguir a Ernest Walsh, ni tampoco cuando dejó a Laurence Vail para empezar una nueva vida con su barón austríaco. «¡Eres igual que mamá!», le decían sus hijas mayores, todavía enfadadas veinte años después de la ruptura del matrimonio Vail, a la joven Faith Franckenstein, que vivía a su manera, siguiendo el modelo, según ella, de su madre. En su familia, Kay Boyle se convirtió no en «la abuela», sino en una institución, una figura central.

Como la comadre de Bath de Chaucer, Kay Boyle vivió el mundo «a su tiempo». Eligió una vida plena y auténtica antes de que el feminismo le diese un nombre. Nunca permitió que la etiquetaran como una «mujer que escribía». Desde los veinte años, aprendiendo de su mentora Lola Ridge, defendió «la liberación de todas las personas, tanto mujeres como hombres». Boyle tuvo muchas vidas: una vida americana, una vida francesa, una vida parisina, una vida austríaca, una vida estadounidense durante la guerra, una vida alemana, una vida californiana, y todos estos lugares son topónimos de su ficción.

Curiosamente, quienes se han dedicado a reavivar las reputaciones silenciadas de escritoras estadounidenses la han ignorado. En un artículo sobre los inicios del siglo xx publicado en The New York Times Magazine, Mary Gordon intenta subvertir el canon «abrumadoramente masculino» invocando los nombres familiares de Edith Wharton, Willa Cather, Flannery O'Connor, Katherine Anne Porter y Eudora Welty. Kay Boyle fue demasiado internacional, poco dada a las definiciones fáciles para ser útil. Enmarcó las relaciones entre hombres y mujeres entre los redobles de la historia y la política. Puede que Harry Crosby la relacionara con Jane Austen, pero nunca consiguieron domesticarla. Evitó el feminismo de su tiempo por considerarlo demasiado estrecho de miras para alguien familiarizado desde su juventud con socialistas y sufragistas.

Los años pulieron el carácter de esta mujer de tantas contradicciones. Fría y pálida, con su pelo blanco vivo de indignación, fue arrogante y autocrítica a la vez, sincera pero dada a la exageración y a mitificar. Fue una escritora que diseccionó exquisitamente el sufrimiento y los fracasos del amor, pero nunca tendió a la introspección ni en su vida ni en su arte. Humilde y también vanidosa, fue una política radical que iba a la tumultuosa Universidad Estatal de San Francisco con un traje parisino, un buen maletín de piel y una pluma estilográfica. Deseable para los hombres, una conquistadora del corazón masculino, fue también una puritana sexual. Mujer de gran coraje moral y físico, transmitió a sus hijos muchos miedos: al agua, a las montañas, a esos caballos que de forma tan desafiante galopan en sus páginas de ficción.

«Mi vida puede conocerse a través de mi obra», dijo para librarse de un aspirante a biógrafo. Rica en amor, en obra, en compromiso, la vida de Kay Boyle ha sido una crónica personal del siglo que abarcó, una historia de nuestro tiempo.

*Una versión de este texto se publicó originalmente como prólogo a la biografía escrita por Joan Mellen, Kay Boyle. Author of herself, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1994. (N. del E.).

Este libro se terminó de imprimir en mayo de 2022, ochenta y siete años después de comenzar a escribirse en Devonshire. Entre ese 1935 y su publicación en 1940, Kay Boyle visitó a los Joyce en Suiza, se instaló en los Alpes franceses, recibió un premio O. Henry, publicó cuatro libros, frecuentó a Nancy Cunard, James Laughlin, Mary Reynolds, Marcel Duchamp, Djuna Barnes, Anaïs Nin y Ezra Pound, tuvo a su cuarto hijo y conoció a su cuarta y última pareja estable, el barón Von Franckenstein.